Oración en alabanza de las mujeres.
Oración Fúnebre por Aurelia Petrucci

Edición crítica y traducción de
Mercedes Arriaga Flórez

Dykinson, S.L.

Colección

MenForWomen. Voces Masculinas en la Querella de las Mujeres

Vicente González Martín
Mercedes Arriaga Flórez
Daniele Cerrato

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia
Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela
Irena Prosenc, Universidad de Lubiana
Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid
Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia
Alessandro Ferraro, Universidad de Génova
Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Monica Farnetti, Universidad de Sassari
Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid
Roberto Trovato, Universidad de Génova
Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía
Julia Benavent, Universidad de Valencia
Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles
Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma 'Tor Vergata'
Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

Mercedes Arriaga Flórez (ed.)

ORACIÓN EN ALABANZA DE LAS MUJERES

ORACIÓN FÚNEBRE POR AURELIA PETRUCCI

Alessandro Piccolomini

Dykinson, S.L.
2024

Oración en alabanza de las mujeres.
Oración fúnebre por Aurelia Petrucci.
Mercedes Arriaga Flórez (Ed. y Trad.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO "Menforwomen. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres".

Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.
El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, edición crítica bilingüe y traducción: Mercedes Arriaga Flórez

© Del texto: Alessandro Piccolomini
© De la presente edición: Dykinson S.L.
© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: https://www.dykinson.com/
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-956-9

ORACIÓN EN ALABANZA DE LAS MUJERES

ORACIÓN FUNEBRE POR AURELIA PETRUCCI

Alessandro PICCOLOMINI

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
MERCEDES ARRIAGA FLÓREZ

SOBRE LA AUTORA

Mercedes Arriaga Flórez es catedrática de Filología Italiana en la Universidad de Sevilla. Fundadora y directora del grupo de investigación Escritoras y Escrituras. Coordinadora del programa de Doctorado en Estudios Filológicos de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla. Directora de la Revista Internacional de Literaturas y Culturas, de la Universidad de Sevilla. Es la investigadora principal del proyecto MenforWomen. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres. Ha sido presidenta de AUDEM, Asociación universitaria de Estudios de Mujeres. En la actualidad es la presidenta de la Sociedad de los Italianistas Españoles (SEI).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA
LAS ORACIONES DE PICCOLOMINI: MUJERES, CUIDADANÍA Y RETÓRICA EN LA ITALIA RENACENTISTA 9

1. Alessandro Piccolomini 9
2. La Academia de los Intronati y la Querella de las Mujeres...11
3. Las Oraciones y las ciudadanas de Siena 16
4. Referencias bibliográficas 37

OBRA
ORAZIONE IN LODE DELLE DONNE 43

ORACIÓN EN ALBANZA DE LAS MUJERES 55

ORAZIONE FUNEBRE NELLA MORTE DI MADONNA AURELIA PETRUCCI 67

ORACIÓN FÚNEBRE POR LA MUERTE DE AURELIA PETRUCCI 93

LAS ORACIONES DE PICCOLOMINI: MUJERES, CUIDADANÍA Y RETÓRICA EN LA ITALIA RENACENTISTA

Mercedes ARRIAGA FLÓREZ
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

1. ALESSANDRO PICCOLOMINI

Alessandro Piccolomini nace en Siena en 1508. Su formación como humanista está en manos de Carlo Pini, su profesor de matemáticas y astronomía, y Niccolò Cerretani, que lo instruye en filosofía. En 1524, año de la muerte de su padre, es nombrado arcipreste de Siena. Junto con otros intelectuales, (Antonio Vignali, apodado el Arsiccio, Mariano Sozzini el Giovane, el Sgualcito y Figliucci, obispo de Vinci, el Ombroso), funda en 1531 la Academia de los *Intronati* (adoptando el nombre de el *Stordito,* "Atolondrado"), cuyo lema lleva ímplicito el programa que se propone: "Orare, studere, gaudere, neminem laedere, nemini credere, de mundo non curare".

La idea de los fundadores era consagrarse a la lectura, al ejercicio y estudio de las letras clásicas, griegas y latinas, pero también a las escritas en lengua toscana. Bargali sostiene que en la Academia de los *Intronati* se reunían "singulari ingegni, e tutto con leggiadra prontezza, e gustosa acutezza", se invitaba a escritores que visitaban la ciudad y se impartían lecciones en torno a obras de Dante, Petrarca, o de autores clásicos como Ovidio, Catulo, Marcial (Bargagli, 1569). Los miembros tenían libertad para el estudio de las materias antiguas o modernas y se comprometían a la difusión "de las humanidades, leyes, música, poesía, aritmética, y universalmente de todas las disciplinas y artes liberales y gentiles" (Davico Bonino, 1978: II, 444). Los académicos colaboraban en la escritura de obras colectivas, como los denominados sonetos corales, en obras de teatro como *Il Sacrificio, Gli Ingannati* y *L'Ortensio,* o en traducciones de textos clásicos de Aristóteles, Ovidio, Eschilo, Senofonte y Virgilio.

En 1538, Piccolomini se traslada a Padua para perfeccionar sus estudios humanísticos en la Universidad, donde sigue las lecciones de matemáticas y astronomía de Federico Delfino y las de retórica de Vincenzo de Maggi. Ese mismo año, entra a formar parte, de la Academia de los *Infiammati*, de la que es nombrado "Príncipe" durante abril y septiembre de 1541 (Baldi, 1991). Esta Academia se caracteriza por la defensa del italiano como lengua de cultura, no solo literaria, sino también científica. En este círculo entabla amistad con otros escritores como Speroni Sperone, Pietro Aretino, Marcoantonio Cinuzi, Claudio Tolommei y Benedetto Varchi (Tomasi, 2016), algunos de ellos con tendencias filóginas también.

Tras unos años en Bolonia, vuelve a su ciudad natal en 1540 para cocupar el cargo de prelado de la Iglesia de San Giorgio. En este periodo publica sus obras más relevantes, el *Dialogo della bella creanza della donne* (1539), texto conocido como *La Rafaela* (Moreno 2014) por el nombre de su protagonista, que obtiene un gran éxito de público y conoce sucesivas ediciones en el tiempo. *L'amor constante* (1540), una comedia teatral, *Il sesto libro dell'Eneide di Virgilio*, traducción en italiano del texto de Virgilio, y algunos tratados filosófico-científicos como: *Trattati delle meteore e dell'iride*, *el Economica di Senofonte*, *La sfera del mondo e le stelle fisse* (1541), *Versione del XIII libro delle Metamorfosi*, *L'Institutione* (1542), *L'Oratione fúnebre di Aurelia Petrucci* (1542) y *L'Orazione in lode delle donne* (1545)

En 1545 es nombrado profesor de filosofía moral en la Universidad de Siena y se empeña en impulsar la Academia de los *Intronati*, recibiendo el título y encargo de Archintronato (Cerreta, 1960). En 1546 marcha a Roma para servir en la Corte y en la Curia papal, donde escribe *Instrumento della filosofía* (1551), dedicado al cardenal Francisco de Mendoza. Ese mismo año publica *La prima parte della filosofia naturale*, en la que intenta la reconciliación entre las teorías de Platón y Aristóteles en la línea de Marsilio Ficino y donde reafirma la validez del italiano come lengua de la divulgación científica. Muere en Siena en 1579.

2. La Academia de los *Intronati* y la Querella de las Mujeres

A partir de 1520, la actividad cultural de Siena se acrecienta, también por las actividades que organiza la Academia de los *Intronati* que sigue las líneas maestras de Pietro Bembo en el uso de la lengua toscana tanto en literatura como en ciencia, para llegar a un público más amplio. Siguiendo presupuestos petrarquistas y neoplatónicos del género laudatorio, los miembros de la Academia, en su mayor parte pertenecientes a la aristocracia local, convierten a las mujeres de Siena, muchas veces parientes o amigas, en interlocutoras y protagonistas de sus textos. Su admiración hacia ellas se traduce textualmente en idealización, iconización y divinización.

Los *Intronati* siguen planteamientos cortesanos y neoplatónicos, en contraposición a la Academia de los *Rozzi*, cuyos miembros pertenecen a la burguesía y a clases sociales más bajas, que mantienen una actitud más tradicional y misógina (Mauriello, 1971). Por lo tanto, la Querella de las Mujeres, se convierte en Siena en una cuestión de prestigio y de enfrentamiento social-cultural entre dos grupos de hombres: los que defienden las capacidades intelectuales de las mujeres y las incluyen en las actividades literarias que organizan y los que las niegan y las relegan a un ámbito exclusivamente familiar y doméstico. Obviamente, ninguno de los dos pone en discusión el papel que les compete como esposas y madres dentro de la familia.

La Academia de los *Intronati* se presenta como una excepción dentro del panorama de la Academias del Renacimiento por su actitud de apertura hacia las mujeres (Cox, 2016), que participan especialmente en las representaciones teatrales o las veladas organizadas, sobre todo en el periodo de carnaval, en las que estaban invitadas a participar como hermanas, hijas, esposas o cuñadas de académicos[1]. Muchas de estas mujeres protagonizan

[1] "Fu infatti all'insegna della condivisione del tempo dedicato al gioco di spirito, allo scherzo, al Carnevale, alla conversazione, ai trattenimenti e alle «congreghe» o adunanze accademiche, che la società senese, anche all'indomani dell'esperienza di città libera, attuò una proficua e concreta

debates filosóficos o espirituales, en los que se presentan como filósofas que defienden su propia dignidad o utilizan las ideas de Erasmo para argumentar su validez intelectual o la igualdad entre los sexos[2].

Las mujeres tienen una importancia capital en la vida cultural, social, religiosa e incluso política y militar de la ciudad de Siena (Eisenbichler, 2012). Scipione Bargagli ofrece un testimonio en *Delle lodi dell'Academie* (1569), que describe su participación en las actividades de la Academia como un incentivo para los hombres que la componen:

> Es la gracia divina y el favor celestial que llueven de las mujeres hermosas, encantadoras y valientes a toda hora: medio muy apto para mantener a los jóvenes agraciados y virtuosos continuamente alegres y dispuestos para empresas felices y honorables[3] (Bargagli, 1594: 21-22).

Ugurgieri Azzolini, escribe un capítulo enteramente dedicado a las *Donne senesi illustri e degne di memoria*, que forma parte del más amplio *Pompe sanesi o vero Relatione delli huomini e donne illustri di Siena e suo stato* (1649. Entre las ciento ocho mujeres ilustres que figuran en su libro, destacan las que pertenecen a la aristocracia local: Ugurgieri, entre otras, Eufrasia y Honesta Venturi, Cinzia y Urania d'Elci, Porzia y Emilia Pecci. Pero también figuran un grupo de poetisas contemporáneas a Piccolomini, como: Onorata Tancredi, Atalanta Donati, Aurelia Petrucci (1511-1542), Laudomia Forteguerri (1515-155?), Virginia Martini Salvi (1510-1571), Frasia Venturi y Francesca Scotti esposa de Sozzino Saracini. Este grupo se completa con los nombres de Frasia Marzi, Virginia di Achille Salvi, Camilla Petroni de' Piccolomini y Girolama Piccolomini de los Biringucci, poetas reconocidas y apreciadas en la Academia de

---

osmosi fra dame e cavalieri seppur inviluppati nelle schermaglie amorose e nelle servitù topiche di astrazioni letterarie" (Paoli, 2012: 88).

[2] De este ambiente forman parte también muchos escritores filóginos, entre ellos Lodovico Domenichi que en la *Nobiltà delle donne* escribe: "Nondimeno Iddio non è parziale, né accettatore di persone, perché in Christo non c'è differenza di sesso, ma la nuova creatura" (Domenichi, 1549, p. 118).

[3] La traducción de este pasaje y sucesivos son de la autora de esta edición.

los Intronati (Eisenbichler, 2003). Scipione Bargagli, en su *Dialogo de' giuochi* (1563), menciona también a Porzia degli Agazzari[4].

La lista de Ugurgiere reproduce en parte la compuesta por Febo Tolomei y Tommaso Docci, meimbros de la Academia, en la quinta paradoja de los *Dieci paradosse degli Accademici Intronati* (1564), en donde se nombra a:

> la bellissima Madonna Camilla Mandoli, com'è la stupenda Madonna Frasia Bandini, com'è anche l'altra Madonna Frasia Venturi, non men savia che per bellezza riguardevole; come ancora conosciamo le miracolose sorelle Madonna Iulia e Madonna Aurelia Petrucci, la perfettissima Madonna Frasia Marzi; com'è la graziosissima Madonna Laodomia Forteguerri, tanto dal nostro Stordito meritevolmente celebrata e come sono molte altre che a questa città lode infinita con le loro rare virtù e non più vedute bellezze procacciano. Ma dove aveva lasciato io la nobilissima e divina Madonna Margarita Salvi, Contessa d'Elci?" (Martín Clavijo, 2024: 121-122).

A estas mujeres fueron dedicados numerosos textos y traducciones cuyos autores eran miembros de la Academia[5]. Marcello Landucci, conocido como el *Bizzarro* (el

---

[4] "Le donne erano sempre o al centro o nei paraggi delle attività degli Accademici Intronati di Siena – e questo non solo perché gli accademici ne lodavano la bellezza, il fascino, l'eleganza, e il brio, ma anche perché le coinvolgevano nelle loro discussioni, dedicavano loro le traduzioni in italiano che facevano di opere latine e greche, le usavano come personaggi nei dialoghi che componevano, e passavano le serate, le famose "veglie" senesi, a divertirsi con loro in giochi intellettuali e linguistici" (Eisenbichler, 2003: 103).

[5] *Los seis primeros libros de L'Eneide*, publicados en Venecia en 1540, estaban dedicados: el primero a Madonna Aurelia Tolomei de' Borghesi, el segundo a Giulia Gonzaga, el tercero a Giulia Petrucci Borghesi hermana de Aurelia, el cuarto a Aurelia Petrucci, el quinto a Girolama Carli Piccolomini y el sexto a Frasia Venturi. Piccolomini fue el traductor del libro dedicado a Frasia Venturi[5], a quien dedica también la traducción de la *Economica de Jenofonte* (1540), en las página final de ese volumen, hay una nota en la que se recuerda el debate que se produjo en "la litteratissima Academia de virtuosi [...] in quai più d'estrema bellezza e somma virtù dotate le donne" (Piccolomini, 1540)

“Extravagante”), describe una velada en la que se comenta un soneto de Madonna Atalanta Donati y los miembros académicos se dirigen a ella como *Archintronata*, título que tradicionalmente se otorgaba a un miembro masculino. Como señala Cox, el diálogo de Landucci “ofrece una confirmación más del estatus cultural generalmente excepcional de las mujeres de Siena en las últimas décadas de la República” (Cox, 2012: 335). Landucci también se manifiesta en favor de la excelencia femenina en *Dieci paradosse degli Accademici Intronati* (1564), obra coral en la que participan también Felice Figliucci y Scipione Bargagli: “no sólo las mujeres superan en ingenio, sino que aún muy por delante de cualquier hombre culto” (Martín Clavijo, 2024: 150).

Marcantonio Carli Piccolomini publica la biografía de Eufrasia Marzi, en donde ensalza sus cualidades espirituales y físicas, desde una visión neoplatónica que relaciona la belleza con la bondad y los efectos que produce en quien la contempla. También escribe el Dialogo, *Se è da credersi che una donna*, cuyas protagonistas, Laodomia Forteguerri, Girolama Carli de los Piccolomini y Eufrasia Marzi, a quien está dedicado [6], protagonizan una “doméstica conversación” en la que los hombres están excluidos.

Alessandro Piccolomini mantiene a lo largo de su vida relaciones de amistad con mujeres ilustres y poetas de la ciudad de Siena. A Laudomia Forteguerri dedica varios de sus libros: *Dialogo de la bella creanza de le donne* (1539), *De la institutione di tutta la vita de l’huomo nato nobile* (1542), y dos tratados filosófico-científicos: *De la sfera del mondo* y *De le stelle fisse* (1540). Estas dedicatorias ejemplifican su intención de dirigirse a un público potencialmente femenino interesado en temas literarios o filosóficos, utilizando la lengua vernácula para la ciencia o la filosofía moral[7]. Además, nuestro autor pretende

[6] Imita la estructura discursiva del Cortigiano, donde los interlocutores son sujetos históricos contemporáneos, que aprecen con sus nombres verdaderos y por lo tanto conocidos. Virginia Cox (2013) denomina este tipo de diálogos como "casi documentario", porque se presentan como trasnscripciones de conversaciones sucedidas realmente.

[7] En la dedicatoria que Piccolomi dirige a Laudomia Forteguerri en su tratado *La sfera del mondo,* se propone con su libro remediar a la falta de educación de las mujeres: “Trovandosi in questa Primavera passata, la S.V. un giorno con

consagrar a Laudomia Forteguerri como una gran poeta también fuera de su ciudad natal. En 1541, en la Academia de los *Infiammati* de Padua, hace una lectura erudita en la que comenta su soneto: *Ora ten' vai superbo, or corri altiero*, dedicado a Margarita de Austria[8]. Alabando las dotes de la poeta para la filosofía y la astronomía, Piccolomini rinde homenaje público a las poetas de su tiempo, fenómeno nuevo en el mundo literario, concediéndoles la atención y el espacio que habitualmente se reservaba a los clásicos, tanto antiguos como modernos. Esta defensa tiene como objetivo demostrar que la cultura, tanto poética como científica, no está reservada a una élite de hombres y latinistas[9] (Piéjus, 2007). Piccolomini adopta una clara posición

---

altre nobilissime Donne in un giardino a sollazo, et essendo tutte insieme, ne le più calde bore del giorno, quasi in un Coro celeste et angelico ridutte sotto un Lauro in corona, bellissimi et molto dotti e filosofici ragionamenti accader tra voi. Dove doppo che varii et ingegnosi discorsi furon' havuti hor da questa hor da quella, cadute finalmente in proposito de le cose Divine, corne di cose simili a voi, da poi che per gran peza si fu ragionato e de la bellezza e splcndor dei corpi celcsti, e del maraviglioso ordine, che senza un minimo fallo tra lor del continue s'osserva, e d'altre cose simili a queste, intesi che la S.V. disse che oltra'l dispiacer ch'ella ha sempre havuto, che per esser nata Donna, non le sia stato conceduto di poter donare gli anni suoi a qualche pregiato studio et honorata Scientia, per questo ciô le dolea più che per altro, ch'ella non havea possuto pascer l'animo suo de le cose d'Astrologia, a le quali la si sentia più che ad altro inclinata" (Piccolomini, 1540).

[8] Margarita d'Austria (1522-1586), hija del emperador Carlos V, duquesa de Parma y Piacenza. La lectura se edita sin el consentimiento del autor en 1541 en Bolonia por Marcantonio Grossi y Giovanni Bonardi. *Lettura del S. Alessandro Piccolomini infiammato fatta nell'Accademia degli Infiammati. MDXXXXI*, Bologna, Bartolomeo Bonardo e Marcantonio Grossi.

[9] Alessandro Piccolomini defiende el uso de la lengua toscana en muchas de sus obras: *De la institutione di tutta la vita de l'homo*: "L'una di portar quelle dottrine, che io toglievo a trattare, nella lingua nostra, capacissima a giuditio mio d'ogni scientia; et l'altra di snodare, et d'aprire, et alluminar le materie di modo che divenga cos. facile, et cos. aperta la lor intelligentia, che qualunque non sia al tutto rozo, et inhabile d'intelletto, la possa capire, al manco per la maggior parte» (Piccolomini, 1543: 4-5). Su voluntad de ampliar la cultura también a las mujeres queda patente en otros fragmentos de sus obras: "Le donne parimente, ne la virt. de le quali vuole Aristotele che il mezo del felice stato de le citt. risegga, non essendo costume in Italia di far loro apprender' altra lingua, che quella che d. le nutrici imparano; restan per questo prive, et ignude senza lor colpa di quelli habiti, che fa le potrien felici: n. possan leggendo imparare di quanta forza sieno le virt. che lor convengano, et con

filógina, concediendo a las poetas de su tierra natal un espacio de relieve entre los representantes del petrarquismo, lo que implica también a un público literario formado por mujeres, que en lengua toscana alcanza la misma dignidad que en lengua latina (Cox, 2012).

La producción poética de Alessandro Piccolomini constituye una prueba de su predisposición hacia el publico femenino. Sus *Cento Sonetti* están dedicados a Vittoria, Colonna, sobrina de la famosa poetisa del mismo nombre, pero también se menciona a otras dos poetas: Laudomia Forteguerri y Onorata Tancredi, que junto con Aurelia Petrucci y Porzia Pecci son dedicatarias de sonetos. Los sonetos trazan retratos de estas damas caracterizadas no solo por su belleza sino, y sobre todo, como mujeres cultas, emblemas de Siena, interesadas en la lectura de todo tipo de textos, tanto de entretenimiento como científicos (Arriaga, Moreno, 2023). Entre las *Rime estravaganti*, presentes en el volumen, se encuentra una serie de sonetos epistolares dedicados también a las nobles sienesas que habían respondido al soneto *Giunto Alessandro a la famosa tomba (XXXVI)* (Piccolomini, 2015: 280).

3. Las Oraciones y las ciudadanas de Siena

La fecha de la composición de la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci*[10] es incierta, aunque se podría afirmar que el periodo más probable es el anterior al *Dialogo della bella creanza delle*

---

quali operazioni, esercitazioni, et offitij si possin perfette rendere: essendo ogni buona notitia nel ventre chiusa de la Filosofia" (Piccolomini, 1551: 45).

[10] En Siena, durante el Renacimiento, las Oraciones se convierten en un tipo de composiciones de moda, sobre todo en el ámbito político en el que la práctica de este género se generaliza entre los escritores que se dedican a la "cuestiones públicas". Piccolomini había escrito el *Discorso fatto in tempo di repubblica*, en un momento histórico en el que la ciudad de Siena corría el riesgo de perder su independencia. En 1543 escribe l'*Orazione de la conservatione de la salute de la città di Siena*, en la que expresa su convicción de que las discordias entre los barrios retrasan el desarrollo de la ciudad, aunque: "si limita a delle generiche esortazioni alla pace e alla concordia interna, evitando accuratamente di prendere posizione contro i nemici di Siena" (Mauriello, 1971: 27). En 1559 escribe *Orazione della pace agli Intronati*, en la que defendía la política de Cosme I de Medici.

donne (Piéjus, 1993), es decir, antes de 1539, aunque se publique en 1542. En cambio, la publicación de la *Oración en alabanza de las mujeres* se produce en 1545 en Venecia, en la imprenta de Gabriele Giolito[11], editor de tendencias filóginas que promueve la literatura escrita en italiano, en cuyas prensas ven la luz la mayor parte de los tratados y publicaciones relacionados con la Querella de las mujeres (Dialeti, 2004)[12]. Esta Oración tuvo un éxito inmediato, quizá también debido a la reconocida fama de Piccolomini tras la publicación de otras obras anteriores: *El dialogo della bella creanza delle donne* (1539), *Amor costante* (1540) e *Instituzione* (1542). Giolito publica en un único volumen dos obras diferentes: la *De nobilitate et praecellentia foeminei*, de Heinrich Cornelius Agrippa, y la *Orazione in lode delle donne detta in Siena agli Intronati*, de Alessandro Piccolomini, que ocupa las últimas ocho páginas. En una segunda edición el título cambia ligeramente: *Della nobiltà e eccellenza delle donne, della lingua francese nella italiana tradotto. Con una orazione di M. Alessandro Piccolomini in lode delle medesime*. La traducción italiana de *De nobilitate* se debe a Francesco Coccio (Bongi, 1890: 77), contrariamente a lo que hacía creer el libro publicado por Giolito, que la atribuía a Piccolomini.

Ambas Oraciones se contextualizan en el debate de la Querella de las Mujeres que se desarrolla en el Renacimiento en torno a su naturaleza y sus capacidades y forman parte de esa producción

---

[11] Marie-Francois Piejus sostiene que Piccolomini escribe la Oración con anterioridad al *Dialogo della bella creanza delle donne*, y fecha su composición a finales de 1538.

[12] Para la imprenta de Gabriele Giolito trabajan algunos de los escritores polígrafos y filóginos del Renacimiento: Lodovico Domenichi, Giuseppe Betussi y Lodovico Dolce. De sus prensas salen un gran número de diálogos y tratados en defensa de las mujeres: *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus* (1544), de Cornelio Agrippa en la edición de Francesco Coccio, las *Rime diverse d'alcune nobilissime, et virtuosissime donne* (1544) de Lodovico Domenichi, el *Dialogo della institution delle donne* (1545) de Lodovico Dolce, il *Tempio della fama in lode d'alcune gentil donne veneziane* (1548), de Girolamo Parabosco, *La nobiltà delle donne* (1549) de Lodovico Domenichi, la traducción y adaptación que realiza Lodovico Dolce, *De institutione*, de Juan Luis Vives, publicada con el título de *Dialogo della Institutione delle donne* (1553). Gabriele Giolito también publica la obra de algunas escritoras como *Rime della signora Laura Terracina* (1548).

académica que promueve y ensalza las virtudes femeninas (Cerreta, 1960: 39). Los dos textos forman parte de un cuadro de referencia más amplio que comprende alrededor de cuarenta obras escritas en defensa de la dignidad de la mujer, sin tener en cuenta traducciones y reediciones (Fahy, 1956). Sus fechas de publicación coinciden con la de otras obras similares, como el *Dialogo delle bellezze delle donne* (1542), de Agnolo Firenzuola, el *Dialogo della dignità delle donne* (1542), de Sperone Speroni, *Della vera tranquillità dell'animo* (1544), de Isabella Sforza-Ortensio Lando, o *Della istituzione delle donne* (1545), de Lodovico Dolce.

Ambos textos tienen como tema en común el amor, aunque en la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* está presente en su acepción de *philia*, mientras que en la *Oración en alabanza de las mujeres* como *eros*. Ambos conceptos llegan a Piccolomini a través de Platón y Aristoteles. Este último está directamente implicado cuando se habla de "la amistad perfecta", que se establece entre Aurelia y sus amigas, puesto que se produce solo entre personas semejantes en virtud. En este tipo de amistad son imprescindibles la igualdad y la semejanza. Se trata de una amistad basada en el carácter de Aurelia, en su modo de ser, no en determinados atributos. Siguiendo a Aristóteles, la amistad para Piccolomini, se encuentra enraizada en el carácter moral de las personas buenas y virtuosas como ella y, por extensión, está presente también en sus conciudadanas.

> Y porque, aunque era amada por todos, y no menos porque la amistad perfecta suele limitarse a unas pocas personas tenía, entre cierto número de las más singulares damas de nuestra ciudad, un cierto pequeño número tan perfecto, tan excelente y digno de su amistad, que no podía imaginar nada más raro, con quien se encontraba tan íntima y perfectamente unida en amistad, que parecía como si una sola alma las mantuviera a todas juntas.

El concepto de *amicitia* está también presente en ambos textos. En la *Oración de alabanza a las mujeres*, Piccolomini empersona el papel de "amigo" del sexo femenino y, por ello, subraya desde las primeras líneas el carácter desinteresado de su texto:

> le ruego a Dios que con su ayuda se me ocurran palabras dignas de ser entendidas por las mujeres, si es que alguna vez se las narrasen, y que en todas las cosas que diga se reconozcan la verdad y el afecto, y que mis palabras estén lejos de cualquier tipo de adulación, lejos de la necesidad de halagarlas.

En la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci*, en cambio, se trata de las amistades personales, pero también, podríamos decir, ciudadanas de Aurelia, que convierten Siena en una "ciudad de amigos", que comparten todo, y en ese momento preciso, el dolor por la pérdida de una mujer excepcional. Según Jakob Burckhardt (1986), la estructura política de las ciudades-Estados (como Siena) tiende a homogeneizar las clases, favoreciendo la igualdad entre personas:

> ¿Qué diremos, pues, de la amistad y benevolencia de esta mujer? Te diré la verdad, Ciudad Magnífica, que no recuerdo, ni creo que tú recuerdes quién fue jamás en esta ciudad hombre o mujer más universalmente amada por toda clase de gentes.

En ambos textos, Piccolomini resalta la amistad entre mujeres, tema poco frecuente, y lo hace en el contexto ampliado de demostrar que Aurelia, mujer excelsa, no es un caso aislado en su ciudad, sino que forma parte de un grupo de mujeres también excepcionales de las que también en la *Oración en alabanza de las mujeres* se resaltan virtudes y cualidades, que son, justamente, las que proporcionan fama a la ciudad:

> Oh *Intronati*, y sobre todo hagámoslo nosotros, que vivimos continuamente entre mujeres, de las que sólo diré, pues no se me ocurre otra cosa, que no son inferiores a ninguna otra en nobleza, prudencia, altura de ánimo y cualquier otra virtud. De entre las cuales es posible seleccionar un grupo tan noble y perfecto que con nada más podría Dios mostrarnos su poder y grandeza que por haber creado tal número de mujeres, cada una de las cuales y

> todas juntas hacen que nuestra ciudad sea tan gloriosa y hermosa como la vemos

Si las relaciones de amistad están presididas por la igualdad y la reciprocidad, la desigualdad en el amor es el tema que atraviesa la *Oración en alabanza de las mujeres*, en la que Piccolomini, precisamente, pretende corregir y equilibrar las relaciones efímeras que los jóvenes *Intronati* establecen, basadas en el placer y la pasión, por lo tanto, destinadas a fracasar, proponiendo en alternativa la fórmula de la amistad como eros. Siguiendo las ideas de Platón, las relaciones desiguales producen enemistad entre los sexos, como expone también Piccolomini cuando habla de las emociones negativas que las relaciones amorosas de los jóvenes *Intornati* procuran:

> *Intronati*, quiero responder a aquel que entre vosotros, por no haber recibido de alguna mujer lo que codiciosamente deseaba, la odia en vez de mostrarle más sentimiento, y sus constantes ofensas le llevan a menudo a decir que las mujeres son la ruina y aun la muerte de tantos jóvenes

La Oración en alabanza de las mujeres está dirigida a los miembros de la Academia de los *Intronati*, mientras que la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* se dirige al Pueblo de Siena. Es indudable que la ciudad, concebida platónicamente como lugar en el que es posible la consecución de la felicidad, actúa no solo como telón de fondo en ambas composiciones, sino como protagonista. Es significativo que el cierre de la Oración fúnebre esté dedicado a Aurelia en cuanto ejemplo para la ciudadanía: “los que vengan, encendidos por este recuerdo, se convertirán, por la imitación de esta mujer, en distinguidos ciudadanos de vuestra ciudad”.

Piccolomini pretende resaltar, ante todo, que Siena es la *domus* de las virtudes civiles y sus mujeres, y en especial Aurelia Petrucci, son miembros activos y participativos en la ciudad, iconos y representan sus valores, en la que se produce una nueva convivencia social, en la que el diálogo y el uso de la palabra son fundamentales. En ese sentido Piccolomini resalta la figura de Aurelia Petrucci como protagonista de conversaciones

mantenidas con unos y con otros, incluso en su lecho de muerte, en el que dispensaba consuelo y consejos a quienes la rodeaban, acomodando su discurso a casa ocasión e interlocutor:

> En los ambientes domésticos hablaba familiarmente, en las diversiones honorables y recreaciones de la mente, de forma dulce e ingeniosamente, en las ocasiones importantes seriamente, y en suma, según su inclinación, siempre se adaptaba a la hora de hablar. Tampoco creáis que, con una educación tan perfecta como era su habla, hacía uso de ella en vano la mayor parte del tiempo, unas veces interviniendo en las cuestiones de nuevos parientes, otras en medio de desdenes y discusiones, ya de parientes, ya de sus amigos, ya de otros, dondequiera que encontraba ocasión conveniente para reconducirlos a buena voluntad.

Las Oraciones se acercan a la literatura utópica renacentista que, inspirándose en la *República de Platón*, presenta una serie de obras, como *Utopia* (1516), de Thomas Moro y en Italia *Il mondo savio e pazzo* (1552), de Francesco Doni, *La città felice* (1553), de Francesco Patrizi, *La Repubblica immaginaria* (1580), de Lodovico Agostini y *La città del Sole* (1602), de Tommasso Campanella.

Sobre todo en la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci*, Siena se representa como una *civis* ideal, en la que sus ciudadanos y ciudadanas pueden alcanzar la máxima felicidad y, en especial, se traza el retrato de Aurelia como diosa protectora, capaz de dispensar este sentimiento a su lugar natal:

> Por tanto, no puedo menos de sentir que en medio de tanta pena que hoy siento por su muerte, no me alegre de que ella, antes de morir, viese claramente tan hermosa, tan milagrosa y tan nueva y bien fundada felicidad de su ciudad, para la conservación de cuyo feliz estado no hay duda de que ella, convertida ahora un ángel del cielo, será vuestra intercesora a los ojos de Dios grandísimo.

Manetti (1396-1459) en su *Dignitate et extellentia Hominis* (1452) apunta que la felicidad se ha vuelto una consecuencia del progreso técnico-social, con la creación en particular, de las ciudades, donde la conservación de la especie humana depende de la cooperación de todos. Pomponazzi (1516) utiliza el mismo argumento, sosteniendo que la colaboración y la organización posibilita el común provecho.

> ¿Quién con su presencia de Venus majestuosa hizo felices a los que la miraban? Aurelia. ¿Y quién al fin constituía gran parte de la felicidad de su ciudad? Nada menos que la propia Aurelia.

Por otra parte, en la *Oración en alabanza a las Mujeres*, el concepto de felicidad aparece ligado al amor platónico y a la contemplación de la belleza, que proporciona la *beatitudo*:

> de modo que felices y estimados pasarán sus años; felicidad que en la tierra se sitúa en la contemplación de las mujeres, mientras que en el cielo se sitúa en la visión de Dios. Por eso, en vano se afana quien intenta encontrar la felicidad duradera por otros medios. Sin las mujeres no habría felicidad ni satisfacción en esta vida, que sería burda y carente de bondad.

Ambas Oraciones insisten en los lazos sentimentales y amorosos que unen a quienes habitan la ciudad: "¿dónde está ahora vuestra Aurelia, dónde está la dulce amiga tan querida por vosotros, y a quien tanto amasteis?". Piccolomini se expresa con un lenguaje que se apela a las emociones: desde la tristeza y el dolor por la pérdida, hasta la felicidad y la plenitud que se alcanza en la presencia de Dios. Si estos estados de ánimo armonizan lo terrenal y lo espiritual, lo contingente y lo transcendente, su visualización se produce a través de imágenes fuertemente encarnadas: las lágimas, el corazón, la vista, el oído, que ocnfiguran la ciudad también como una comunidad de afectos.

Muchas de las cualidades que Piccolomini señala en Siena como ciudad, y en Aurelia como primera ciudadana, se

encuentran posteriormente en Campanella: liberalidad, magnimidad, fortaleza, castidad, justicia, beneficencia, gratitud y misericordia. A ellas se unen, además, un nuevo código de comportamiento: saber vivir en sociedad.

> ¿Qué podemos decir de su magnificencia y liberalidad? ¿Quién es tan nuevo en nuestra ciudad que no puede creer lo magníficamente que vestía según el rango de toda gran dama, vivía, salía, se quedaba en casa, montaba, vivía en una villa, organizaba (si era necesario) banquetes y, en definitiva, ¿Hizo todo lo que le correspondía, demostrando ser muy liberal, muy cortés y muy benévola?

Parte de estas cualidades están presentes también en las mujeres de Siena que se describen en la *Oración en alabanza de las Mujeres,* señaladas como seres capaces de autogestionar la propia libertad, paralelamente, sus maridos son hombres capaces de concederla. No es solo una cuestión privada y familiar sino social y política, que se corresponde con los valores de la ciudad de Siena en los que la libertad figura como principal. La espresión del espíritu individual se corresponde aquí con una especie de patriotismo:

> Y digan lo que digan esas pérfidas lenguas, que las mujeres se abstienen de pecar por miedo, respondo que es muy falso, pues cuando vemos a una mujer a la que su marido ha concedido libertad, cuanto más puede hacer lo que le plazca más sabia, casta y perfecta demuestra ser.

Aurelia Petrucci (1511-1542), fue la única mujer miembro también de la Academia de los *Intronat*i en la década de 1530 (Cox 2012: 144). A demostración de surelevancia en la vida cultural de Siena figuran las numerosas obras a ella dirigidas: Bartolomeo Carli Piccolomini le dedica el libro IV de la traducción de la *Eneida* (1536), Antonio Vignali escribe el *Dulpisto, dialogo alla nobilissima signora Aurelia Petrucci* (1540) y Mariano Lenzi la tradución italiana de los *Diálogos de amor,* de León Ebreo (1541). Alessandro Piccolomini, reslata su carisma y su liderazgo en el grupo de poetas de la ciudad:

> Aunque era amada por todos, y no menos porque la amistad perfecta suele limitarse a unas pocas personas tenía, entre cierto número de las más singulares damas de nuestra ciudad, un cierto pequeño número tan perfecto, tan excelente y digno de su amistad, que no podía imaginar nada más raro, con quien se encontraba tan íntima y perfectamente unida en amistad, que parecía como si una sola alma las mantuviera a todas juntas.

La biografía que de Aurelia Petrucci traza en 1620 Agostino della Chiesa en su *Theatro delle donne letterate* (Romano, La Mantia, 2024), es la única en la que se nombra que mantenía relaciones literarias con otras poetas de su tiempo, poniendo de manifiesto su protagonismo en el círculo cultural formado por mujeres en Siena[13]. Se evidencia, ademásm su naturaleza casi sobrenatural, convertida en objeto de culto y meta de peregrinaje:

> Aurelia Petruccia, noble sienesa, fue sin duda una dama de gran intelecto y muy docta en toda clase de ciencias, por lo que fue muy estimada en su tiempo, no tanto por las raras bellezas que la benigna naturaleza le concedió con creces, sino por su variada erudición y la gracia de su estilo. A menudo era visitada con hermosas cartas de grandes personajes y virtuosos extranjeros, y muchos de países lejanos venían a Siena sólo para verla y asegurarse de que la verdad de sus efectos correspondía a la fama de sus virtudes que se había extendido por todas las ciudades de Italia. Murió en 1542 y fue enterrada en la iglesia de Sant'Agostino de su tierra natal con el siguiente (Della Chiesa, 1620: 72).

Aurelia Petrucci era hija de Borghese Pandolfo Petrucci y nieta de Pandolfo Petrucci, ambos gobernadores de la República de Siena (Eisenbichler, 2003). Por su posición familiar y social,

[13] Las poetisas de Siena: Laudomia Forteguerri, Onorata Tancredi, Caterina Landucci, Porzia Pecci y Aurelia Petrucci, forman un grupo que dominó el escenario literario entre los años 1530-1570 (Eisenbichler, 2012).

estaba al corriente de la política de la ciudad y sus sonetos reflejan las visicitudes ciudadanas en torno al gobierno y las discordias internas[14].

En la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* se anticipa el concepto de igualdad entre ciudadanos y ciudadanas que se expone en *La città del Sole* (1602), de Campanella, en el contexto de una cultura renacentista que revaloriza la belleza y el placer, promoviendo una sociedad relacional y civilizada que se basa en las reuniones sociales, en las que predominan los diálogos y conversaciones agradables, ámbitos en los que las mujeres desempeñan un papel fundamental como mediadoras.

> Pueblo de Siena, considero no sin maduro consejo que, en aquellas primero bien guiadas ciudades de Grecia y luego en la más poderosa Roma, se instituyó solemnemente y se confirmó por costumbre cada día que aquellas personas, tanto hombres como mujeres que, bien por grandes hazañas, profunda prudencia o inmensa virtud sobresalían en sus ciudades, debían ser honrados en la muerte no sólo con estatuas, insignias, estandartes, pirámides y otros signos semejantes de gloria, sino que el día del funeral y con la mayor pompa fúnebre, celebrados y alabados con Oraciones públicas.

En el caso de Aurelia, pronunciar una oración en su honor, significa resaltar sus cualidades como oradora, en las que se insiste en diferentes pasajes, pero también contribuir a crear una imagen de ella como líder y primera ciudadana, siguiendo la estrategia que Platón señala en su *República,* cuando sostiene que sería ideal que los filósofos fueran los que gobernaran. Piccolomini sugiere expresamente que Aurelia hubiera podido ser

[14] Como poeta figura con dos sonetos también en la antología de Lodovico Domenichi *Rime diverse d'alcune donne* (1559). Su poema *Dove sta il tuo valor, Patria mai cara?,* figura en primera posición en la antología que Bulifon publica, *Rime di cinquanta illustri poetesse* (1695): Dove stà il tuo valor, Patria mia cara; / Poichè il giogo servil misera scordi,/ E solo nutri in sen pensier discordi / Prodiga del tuo mal, del ben avara?

una óptima gobernante, debido a su capacidad retórica, es decir, filosófica[15].

> La elocuencia de esta mujer no carecía, sin embargo, de tal belleza; y tanto como aumenta el arte y el ingenio del hombre, así el primer fundamento importante de esta elocuencia procede de la naturaleza. Aurelia Petrucci era naturalmente muy elocuente, como todo el mundo sabe, pues es muy evidente que hablaba con tal vehemencia, dulzura, expresión y disposición de sus palabras, que era una gran maravilla oírla: ni recuerdo haber conocido a nadie que se le resistiera al escucharla.

Para Platón, lo filosófico representa también la perfección y el estado aristocrático, del que Aurelia es una digna representante, mientras que la tiranía representa la imperfección. La participación popular de toda la ciudadanía, recogida en torno a su funeral, refuerzan esta imagen de una Siena idealizada y unida, en la que todos son copartícipes.

Platón señala también en su *República* que en las personas que gobiernan nace un gran amor por las practicas de justicia, por la templanza, la prudencia y la moderación, cualidades que precisamente Piccolomini resalta en Aurelia:

> Ahora bien, unió estrictamente todas estas y otras virtudes con el vínculo de la prudencia, reina y cabeza de toda operación virtuosa, de modo que nunca hizo nada (por mínimo que fuera) que no fuera aconsejado por la razón superior, conduciendo felizmente con elección sincera, consejos excelentes y juicio muy franco sus operaciones virtuosas de vez en cuando, que parecían tanto más claras y

[15] En consonancia con cuanto Picolomini defendía en *L'instrumento della filosofía* (1560): "Le donne, che in Italia non imparano altra lingua se non quella appresa dalle nutrici, attraverso i volgarizzamenti delle opere filosofiche possono trarre dalla filosofia, così come gli uomini quegli insegnamenti utili a perfezionare la loro natura ed aspirare a quella perfezione che arrecano le scienze, le discipline e la filosofia «che è lavera madre della felice vita nostra" (Piccolomini, 1560: 4).

> límpidas puesto que siempre estaban adornadas por la fuente más preciosa de la honestidad

La prudencia, como se ha visto, es también una característica que Piccolomini atribuye a la naturaleza femenina y, por lo tanto, no duda en extender a todas las mujeres y especialmente a las sienesas, como expresa en la *Oración de alabanza a las mujeres*: "Esto me hace pensar en otra cosa pues, así como las mujeres superan a los hombres en prudencia"

La templanza según Platón es la cualidad del político, está relacionada con el autocontrol que Aurelia personifica: "temperatissima e moderatissima in ogni attion sua". Su presencia en el círculo familiar o ciudadno apacigubaa y resuelvía tensiones, restableciendo el orden en el mundo y en las personas que están a su alrededor. El campo de acción de su templanza es su entorno, y por lo tanto su condición de ilustre ciudadana viene reforzada en el texto, no solo por ser hija de sus padres, sino por poseer esas virtudes y saber aplicarlas.

Por otra parte, Piccolomini presenta a Aurelia como dueña de su destino, un *arqué* que conduce y guía a otros ciudadanos. Su muerte reúne a toda la comunidad y Piccolomini es muy meticuloso en nombrar a los diferentes grupos que componen, la ciudad proporcionando la idea de una comunidad de personas desconocidas entre sí, pero que a través de Aurelia-Templanza adquieren lazos casi familiares entre ellas:

> Lloren las bellas mentes, aflíjanse los ignorantes, quéjense los pobres, alborótense las mujeres, los hombres, los jóvenes y los viejos y, en suma, llore su ciudad.

(…)

> ¿Con quién conferiréis ahora vuestros más prudentes conceptos? ¿Con quién os recrearéis de los disgustos que el mundo proporciona a veces a los que viven? ¿Con quién tomaréis consejo de vuestros pensamientos? ¿Dónde encontraréis tal amiga? Oh vosotros, los heridos, ¡buena razón tenéis para llorar siempre! Esta singular mujer fue amada, Pueblo de Siena por todos los que, presentes o por fama, oyeron hablar de ella.

Como demuestra la misma Aurelia, las mujeres de Siena participan activamente en las redes sociales y familiares y en los modelos de gestión de la propiedad, elementos esenciales para la distribución del poder y la formación de identidades políticas, por lo tanto Piccolomini considera que las mujeres poseen las virtudes de inteligencia, cuerpo y carácter necesarias para ejercer la ciudadanía, aunque no pudieran ocupar cargos públicos, como establecía la *Lex Feminae*, contra la cual se muestra contrario, como expresa en la *Oración fúnebre*:

> Solo quiero decir que, considerando el discurso y la prudencia de esta mujer, no puedo juzgar si aquella institución de que las mujeres no debían inmiscuirse en los asuntos públicos fue, mientras vivió Aurelia, causa de mayor provecho o perjuicio para vuestra ciudad; ya que esta República, a causa de esta ley, se vio privada de la bondad y el juicio de tal mujer[16].

El elogio fúnebre de Aurelia sigue el modelo del *funus* aristocrático, que en Roma tenía lugar en el espacio público del Foro en presencia de toda la comunidad de ciudadanos y que, en este caso, cuenta con la presencia de todo el pueblo de Siena y especialmente los parientes y amigos más cercanos de la difunta. Este panegírico público hace de la *laudatio*, en el que siguiendo el modelo clásico se celebran las virtudes de la difunta, un vehículo de propaganda política: el elogio destinado a Aurelia hace valer su prestigio y el de su familia en primer término, pero al mismo tiempo, el de la ciudad de Siena, convocada y personificada en la Oración fúnebre, no solo como presencia humanizada que participa en el duelo por su muerte:

---

[16] Una opinión similar la manifiesta Agostino Strozzi en su *En defensa de las mujeres* (1501): "El sabio Platón en *De repubblica*, hablando del gobierno de la ciudad, estipula y ordena que se ocupen por igual los hombres y las mujeres de los cuidados y tareas de la república, tanto de los oficios, como de los tribunales o los puestos y defensas militares, y que de forma equitativa hagan todo lo necesario por el beneficio y el bienestar de la ciudad" (Ramírez Almazán y Vargas Martínez, 2024: 43).

> Se trata de aquella que tan ampliamente honró a vuestra ciudad durante su vida; aquella que parecía mantener alegres vuestras murallas incluso en vida, y cuya muerte ahora parece haberlas bañado en lágrimas.

Sino también como entidad dotada de palabra y, por lo tanto, como voz que acompaña y refuerza el discurso que está pronunciando el mismo Piccolomini, en el que interpela directamente la *polis* con vocativos como “magnífica ciudad”, “ciudad antiquísima” y con posesivos como “nuestra” y “vuestra”, a través de los cuales se dirige a sus ciudadanos entre los que se cuenta él mismo. El dialogo ficticio que mantiene con Siena comprende las preguntas y las repuestas que la ciudad personificada proporciona:

> que si esta ciudad hubiera podido en aquel momento levantar el ánimo y pronunciar palabras, ¿qué creéis que hubiera dicho? Creedme, no habría dicho otra cosa, excepto: "Por lo tanto, desdichada de mí, ¿no seré yo la Siena más desafortunada que me pueda considerar desde hoy? ¿voy a estar privada de ese ornamento principesco que me hizo honorable entre las primeras ciudades de Italia?

Aurelia y su ciudad vivieron en simbiosis, como pretende subrayar Piccolomini: “Los buenos la amaban, los culpables la admiraban, el pueblo la reverenciaba, y hasta las calles y los palacios parecían regocijarse en su presencia”.

La *virtus* que había sido inaugurada por los humanistas como una cualidad no solo masculina, sino como un medio indispensable para alcanzar la fama, también es posible para las mujeres ilustres como Aurelia, que posee estas cualidades viriles, no solo en su descripción física: “non molle o caduca, ma d’un non so che d’aer virile e magnanimo circondata”, sino también en sus cualidades intrínsecas: “O! che magnanimità, o! che virilità e santità si conobbe il giorno in questa donna per fin all’ultimo momento del viver suo”. Esta fama no recae solo en ella como persona “donna rarissima nei nostri tempi”, ni se circunscribe solamente al tiempo de su vida, sino que se extiende

en el recuerdo que sirve de lustro a su ciudad natal, Siena, comparada con las grandes ciudades de la antigüedad:

> En Atenas, Esparta, Roma y otras grandes ciudades, muchas personas ilustres fueron alabadas en oraciones fúnebres públicas, y en nuestros tiempos muchas en Italia, y algunas especialmente en esta ciudad vuestra, Siena, que no puedo nombrar.

El ejercicio de la ciudadanía implica también un alto grado de subjetividad en el que cada uno, tanto hombres como mujeres, se autorrepresentan y definen su posición en la comunidad en la que viven en relación con los demás (Costa, 2002), o son representados por otros, en este caso por Piccolomini, que en sus Oraciones proporciona no solo validez intelectual, sino sobre todo política a las mujeres, primero, al dirigirse expresamente a ellas y, segundo, al comparar sus acciones y actitudes en relación a las de los hombres, poniendo de manifiesto los privilegios de los que estos últimos gozan, como sucede especialmente en la *Oración de Alabanza de las mujeres*:

> En cambio, diré que donde una y otra vez vemos que las mujeres permanecen inflexibles contra toda persuasión para no violar la fe y el amor que sienten por sus maridos y no disgustarlos, ningún hombre se preocupa por el disgusto de su esposa, por cualquier otra mujer, lo que demuestra claramente que no la ama, ya que el significado del amor es complacer en todo a quienes uno ama.

En este texto Piccolomini compara y equipara el "gobierno menor" de la casa, ámbito femenino, con el "gobierno mayor" de la ciudad, dominio masculino, siguiendo las ideas de Aonio Paleario *en Dell´economia overo del governo della casa* (1555), que defiende la idoneidad de las mujeres para ser administradoras de bienes y de inmuebles[17]. Así Piccolomini afirma:

---

[17] "Conviensi al re, prenze o signore, per elezione, o poco tempo o molto avanti fatta da' suoi cittadini, sostenere il peso che la città viva ordinatamente, così conviensi alla gentile donna, eletta dal marito come attissima a questa bisogna,

> A esta teoría corresponden los resultados (además de que tenemos prueba de ello en muchos ejemplos de mujeres que con gran habilidad y madurez han gobernado y gobiernan estados y principados), que se reflejan en su capacidad para administrar las propiedades de sus maridos (que en comparación con la conquista necesita mucha más virtud, como bien explicó Agustín a Alejandro Magno que, habiendo conquistado el mundo, se preocupó de cómo controlarlo serenamente), en los que vemos que las mujeres son más valiosas que los hombres. Tanto más claramente se reconocería su prudencia y valía si se observaran los palacios de los señores donde no hay mujeres y las casas que son administradas por ellas. ¿Y quién no sabe que si los hombres no saben gobernar una casa, peor aún sabrán gobernar una república? ¿Y quién dudará que las mujeres no administran una ciudad o un imperio con mayor juicio y acierto? Ciertamente nadie, si, una vez concedidas (como debe ser), empleasen el mismo vigor que se les dio para obedecer.

En ambas composiciones está presente un fuerte valor didáctico: en la *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* se coloca como cierre, mientras en la *Oración de alabanza a las mujeres* funciona como *incipit*. En la primera, Aurelia se constituye como *exemplum* para toda la colectividad, para la admiración y la imitación en primer lugar de sus descendientes, pero también del público más amplio compuesto por las mujeres de Siena:

> Por tanto, si, como debéis, procuráis que así sea, cuanto más generosa y duradera sea la cosa que hagáis, tanto más

---

pigliare il carico che la sua casa con ordine si governi, ma quanto il luogo regio è più glorioso, cotanto quest'altro più agevole e sicuro, laonde varie opinioni sono cadute nelle menti degli uomini" (Paleario,1983 [1555]: 39). Según Jose García Fernández también Paleario es "favorable a la eliminación de estereotipos y a la deconstrucción de identidades masculinas coercitivas, el mensaje igualitario de Paleario hace de este intelectual un modelo cultural y un testimonio filológico de magnitudes colosales" (García Fernández, 2024: 17).

> tiempo seréis recordados como amantes de tantas partes hermosas y tan divinas, y los que vengan, encendidos por este recuerdo, se convertirán, por la imitación de esta mujer, en distinguidos ciudadanos de vuestra ciudad.

En la *Oración de Alabanza de las mujeres*, es el mismo Piccolomini el que se propone, se autocelebra y acredita como ejemplo de paladín de las mujeres ante los miembros más jóvenes de la Academia de los *Intronati*[18], a quienes pretende encaminar con sus palabras:

> Para mostraros el recto camino para ascender al Cielo, que en este momento considero perdido y que se sitúa en el respeto y veneración que debemos a las mujeres, que deben ser consideradas como un don que Dios nos ha dado como testimonio de la verdadera belleza y beatitud.

Piccolomini utiliza términos provenientes de la Divina Comedia como "el recto camino", para mostrar las afiliaciones y antecedentes literarios de este texto, que sigue las indicaciones de Dante en la *Vita Nuova*, pero también de Platón en el *Fedro*, que habla de seguir el "camino recto" del amor guiados por alguien. En este caso Piccolomini se ofrece como guía colocándose en el grupo de los defensores de las mujeres y, por lo tanto, alejándose de las teorías aristotélicas sobre la inferioridad femenina, a las que contrapone otros argumentos:

> Si la mujer no es tan fuerte y robusta, puesto que está más cerca del temperamento del frío y no del calor, por tener menos calor que el hombre, es porque Dios la creó bella, suave y delicada, a semejanza de su belleza, para que,

[18] Paralelamente a cuanto escribe Bargagli a los jóvenes de la Academia, a quienes insta a obtener ante todo el favor de las mujeres: "Dos cosas principalmente son necesarias, jóvenes *Intronati*, para acrecentar y no hacer desfigurar el nombre de los *Intronati* del pasado: la primera es procurarse la protección de quien gobierna, la segunda es conseguir el beneplácito de las mujeres más principales" (Bargagli, 1572: 26).

> embelesados con ella, los hombres la sirvieran, adoraran y obedecieran

Su interpretación en torno al temperamento de las mujeres sigue la de otros autores filóginos como Bartolomeo Goggio en *De laudibus mulierum* (1487), Mario Equicola en su tratado *De mulieribus* (1501)[19], Galeazzo Flavio Capra en su libro *Dell'eccellenza e dignità della donna* (1525)[20], o también Ortensio Lando[21] en sus *Paradojas*, que se muestran en desacuerdo sobre la interpretación de la naturaleza más fría de las mujeres, para Aristóteles motivo de inferioridad intelectual, sosteniendo que la frialdad del cuerpo femenino proporciona mayor inteligencia.

> ¿Qué diremos de su elevada sabiduría y prudencia? ¿Las consideraremos mayores que las de los hombres? Pues diremos, si queremos hablar razonablemente, que por un afán demasiado grande los hombres se dejan dominar pronto por la ira, en contra de lo que exigiría la prudencia, y a veces se vuelven tan locos que no pueden hacer nada sabia y aconsejadamente. Por el contrario, las mujeres poseen tal temperamento que pueden encontrar una solución para todo, por la frialdad que las hace menos instintivas y más reflexivas en el razonamiento, y por el ingenio que es más propio de la virtud intelectual.

---

[19] Existe edición crítica moderna y traducción española (Rodríguez Mesa, 2024).

[20] "Né lascieremo a dire de la mollicia e delicatezza de la carne, manifesto segnale (come vogliono i filosofanti) de la sottigliezza de l'ingegno[…] quelli che sono più teneri e molli di carne sono de miglioreingegno dotati e conseguentemente le femine hanno l'ingegno più agevole ad imparare ciò che vogliono" (Capra, 1521: 94). Existe una edición moderna y traducción española (Hernández y Rios, 2024).

[21] En la *Paradoja XXV* titulada: *Que la mujer es de mayor excelencia que el hombre*: "Quien no crea que las mujeres son de mayor excelencia que los hombres, que se aparte de tan necia opinión y se acerque al docto Aristóteles, que confiesa que son más ingeniosas que los hombres, diciendo que aquellos cuya carne es más blanda están dotados de mayor inteligencia (nadie duda de que la carne de las mujeres es más blanda y delicada) (González de Sande, 2024: 89).

La excelencia y la superioridad femenina constituyen un *topos* presente en muchos autores filóginos, pero precisamente por ello, como sostiene Sandra Plastina, demuestra una nueva atención y sensibilidad hacia la posición de las mujeres en la sociedad (Plastina, 2015). Piccolomini traza un nuevo tipo de masculinidad de la que los *Intronati* se deben hacer promotores:

> *Intronati*, y si hoy trato de demostrarte que las mujeres son mucho más excelentes que los hombres en todas las cosas virtuosas, no sólo no debéis desdeñaros pensando que os ofendo, sino que, por el contrario, debéis alegraros al considerar que os exalto tanto más cuanto que os comparo con algo a lo que no podéis igualaros, del mismo modo que se podría comparar a un caballero con el Emperador, diciendo que tiene menos autoridad y estima. Así pues, *Intronati*, añadid a vuestra dignidad el hecho de que ahora os haga sentir menos noble que las mujeres[22].

La *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* se encuentra más cercana al género de los catálogos de mujeres ilustres, aunque también la *Oración en alabanza de las mujeres* utiliza el mismo tono laudatorio que idealiza y consagra a las mujeres como deidades, pero en ella se recorta un espacio de autocelebración de una nueva masculinidad, de la que Piccolomini y otros autores filóginos, se sienten representantes, en contra de los que acusan en falso a las mujeres (Arriaga, 2022).

Las dos Oraciones guardan similitudes con otros textos filóginos que se publican en esos mismos años, con los que comparte los mismos razonamientos en torno a la superioridad de las mujeres y la exhortación a otros hombres para que abandonen sus posiciones misóginas. Ortensio Lando en 1545

[22] Con términos similares se expresa Ortensio Lando en sus *Paradojas*: “Los hombres no son verdaderamente iguales a las mujeres, ni en virtudes morales ni naturales. Digan lo que quieran los calumniadores, murmuren los detractores, y vayan a su antojo por todas partes cantando sobre la avaricia femenina, que, si quieren sin rencor penetrar en la verdad, verán que los hombres, por avaricia, se convierten en traidores, ladrones, usureros y desleales, y que faltan sin rubor a su libre promesa (De Sande, 2024: 88).

publica *Essortatione a gli huomini perché non si lascino superar dalle donne* (Fahy, 1961), texto comprendido en el mismo volumen del tratado de Vincenzo Maggi, *Un brieve trattato dell'eccellentia delle donne* (1545). *La oración en alabanza de las mujeres* comparte con Lando la técnica del sobrepujamiento y amplificación, que ha sido relacionada con la visión paradójica y misógina[23]:

> En la medida de mis posibilidades, este discurso tiene por objetivo mostrar que la bondad, la humanidad, la cortesía, la grandeza de ánimo y otras virtudes singulares, adornadas de extrema belleza y gracia divina, templadas por una parte esencial de honestidad y guiadas finalmente por la sabiduría humana.

En la Oración fúnebre estos recursos estilísticos elevan a Aurelia por encima de su condición humana: "Aurelia Petrucci en nuestro tiempo, entonces esta persona (y en consecuencia Aurelia) no es un hombre o una mujer, sino un héroe o un semidiós en vida, como dirían los peripatéticos".

Paralelamente a Maggi, Piccolomini sostiene que las mujeres actúan de forma más virtuosa que los hombres en la vida familiar y amorosa y, por ello, sus comportamientos son dignos de elogio:

> Entre sus virtudes (ya que la continencia es muy rara de encontrar, como lo es la fortaleza, que se manifiesta en la superación de uno mismo), si creemos lo que dicen todos los filósofos, que las mujeres son más inclinadas a los deseos que los hombres, cualquiera que sea la motivación,

[23] *La oración en alabanza de las mujeres* ha recibido diferentes interpretaciones. Marie-Françoise Piéjus (2011) sostiene que aunque Piccolomini defienda la dignidad de las mujeres y elogie sus virtudes, también resalta y señala explícitamente sus vicios y, por lo tanto, su orientación sería más bien misógina, también Alessandra Romagnoli (2009) concuerda con esta interpretación. De la opinión contraria se muestra Galli Stampino (2011), que señala la filoginia de la Oración, también Andrea Baldi (1992), se une a este planteamiento. Del mismo parecer son los estudios de Mercedes Arriaga (2021), con Daniele Cerrato (2022) y con Eva Moreno Lago (2023).

> igualmente debemos afirmar que son más continentes, superando esos deseos con la razón para no mancharse con lo que los hombres consideran gloria para ellos, pero falta imborrable para las mujeres.

El análisis intertextual de La *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci* y la *Oración en alabanza de las Mujeres* pone de manifiesto, una vez más, las convicciones filóginas de Alessandro Piccolomini, descartando una posición misógina por su parte. Todo lo más, en la *Oración en alabanza a las mujeres*, se da en varios pasajes una ejemplificación invertida en las relaciones entre hombres y mujeres, que forma parte de un espíritu paródico humorístico, que también caracteriza la Academia de los *Intronati*, pero que no por ello deja de poner en evidencia la posición de desventaja en la que se encuentran las mujeres y las relaciones desiguales de poder entre los sexos, tanto en el contexto familiar como en el de las relaciones amorosas. Por último, Piccolomini expresa la clara intención de extender el título de ciudadanas también a las mujeres de Siena, puesto que con sus vidas y obras contribuyen al prestigio del que goza su ciudad.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes Arriaga (2022). "Femminile e maschile nell'Orazione in lode alle donne di Alessandro Piccolomini". *Estudios románicos*, vol. 31.

ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes. & Moreno Lago, Eva María (2023). "Las dedicatarias de los *Cento Sonetti* de Alessandro Piccolomini". *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, 11(2), 183-197.

BALDI, Andrea (1991). "Alessandro Piccolomini e l'Accademia degli infiammati: Note in margine a un dibattito linguistico". *Italian culture*, 9 (1), 115-127.

BALDI, Andrea (1992), "Alessandro Piccolomini, tra impegno filogino e parodia". *Italian culture*, 1992, vol. 10, no 1, p. 53-65.

BALDI, Andrea (1992). *Sperimentazione letteraria e impegno divulgativo nell'opera di Alessandro Piccolomini*. University of California, Los Angeles.

BARGAGLI, Girolamo (1581). *Dialogo de Giuochi che nelle vegghie Sanesi si usano di fare. Del Materiale Intronato*. Venezia: Alessandro Gardano.

BARGAGLI, Scipione (1594). "Delle Lodi dell'Accademie M.D.LXIX". *Dell'Imprese di Scipion Bargagli gentil'huomo senese. Alla prima parte, la Seconda e la Terza nuovamente aggiunte* Venezia: De Franceschi, pp. 511-545.

BULIFON, Antonio, *Rime di cinquanta illustri poetesse. Di nuovo date in luce*, Napoli, Presso Antonio Bulifon, 1695.

BURCKHARDT, Jacob (1968). *La Cultura del Renacimiento en Italia*. trad. de E. Ortega. Barcelona: Ediciones Zeus.

CAPELLA (CAPRA) Galeazzo Flavio (2001). *Dell'eccellenza e dignità della donna*. Roma: Francesco Minizio Calvo, 1525. Ed. moderna de M.L. Doglio. Roma: Bulzoni.

CERRETA, Florindo (1960). Alessandro Piccolomini. *Letterato e filosofo senese del Cinquecento.* Siena: Accademia Senese degli Intronati.

COLLER, Alessandra (2006). "The Sienese Accademia degli Intronati and its female interlocutors". *The Italianist*, 26(2), pagg. 223- 246.

COSTA, Pietro (2002). “The Discourse of Citizenship in Europe: A Tentative Explanation”. *Privileges and Rights of Citizenshi* (pp. 199-225). Robbins Collection Publications.

COX, Virginia (2013). Note: Italian Dialogues Incorporating Female Speakers. MLN, 128(1), 79-83.

COX, Virginia (2016). «Members, Muses, Mascots: Women and Italian Academies», in The Italian Academies 1525-1700 Networks of Culture, Innovation and Dissent, Cambridge: Legenda, 2016, pp. 132–169.

DAVICO BONINO, Guido (1978). *La commedia del Cinquecento*. Torino: Einaudi.

DIALETI, Androniki (2004). The publisher Gabriel Giolito de'Ferrari, female readers, and the debate about women in sixteenth-century Italy. Renaissance and Reformation/Renaissance et Réforme, 5-32.

DIALETI, Androniki (2011). “Defending women, negotiating masculinity in early modern Italy”. The Historical Journal, 54(1), 1-23.

DOMENICHI, Lodovico (1549) *La nobiltà delle donne.* Venecia: Giolito.

DOMENICHI, Lodovico (2022) *Rime* diverse d'alcune nobilissime et virtuosissime donne [1559], Clara Stella (ed.). Garnier: Paris.

DURACCIO, Caterina (ed.) (2024). *Cristofano Bronzini, Dialogo della dignità e della nobiltà delle donne*. Madrid: Dykinson.

EISENBICHLER, Konrad (2012). *The Sword and the Pen: Women, Politics, and Poetry in Sixteenth-Century Siena*. París: University of Notre Dame Pess,

EISENBICHLER, Konrad (2003). “Poetesse senesi a metà Cinquecento: tra politica e passione”. *Studi rinascimentali*, 1, pp. 95-102.

FAHY, Conor (1961). “Un trattato di Vincenzo Maggi sulle donne e un'opera sconosciuta di Ortensio Lando”. *Giornale storico della letteratura italiana*, vol. 138, pp. 242-254.

FAHY, Conor (2000). “Women and Italian Cinquecento Literary Academies”. *Women and Italian Renaissance Culture and Society*. Oxford: Legenda.

FICINO, Marsilio, *De Amore. Comentario al Banquete de Platón*, trad. De la Villa Ardura. Rocío, Madrid: Tecnos, 1994.

GARCÍA FERNANDEZ, José (ed.) (2024). Aonio Paleario, A cerca de la economía o administración de la casa. Madrid: Dykinson.

GONZÁLEZ DE SANDE, Estela (ed.) (2024). *La Querella de las Mujeres en las Paradojas de Ortensio Lando*. Madrid: Dykinson.

HEBREO, Leone (1565). *Dialoghi d'amore*. Venezia: Giorgio de' Cavalli.

HERNANDEZ GONZÁLEZ, Belén, RIOS GUARDIOLA, Gloria (eds.) (2024). *Galeazzo Flavio Capra, La excelencia y dignidad de las Mujeres*. Madrid: Dykinson.

INTRONATI (Accademia degli) (1564). *Dieci paradosse degli Academici Intronati da Siena*. Milano: Gio. Antonio degli Antonij.

LANDO, Ortensio. (1543). *Paradossi, cioè sententie fuori del comun parere*. Lyon: G. Pullon da Trino.

LANDO, Ortensio (2000). *Paradossi, cioè sentenze fuori del comun parere*. Edición de Antonio Corsaro. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.

MAGGI, Vincenzo, *Un brieve trattato dell'eccellentia delle donne*, Brescia, D. Turlini, 1545.

MANETTI, Giannozzo (1975). *De Dignitate et Excellentia Hominis.* Leonard, E. R., (ed.). Padua: Antenore.

MARTÍN-CLAVIJO, Milagro e TSOLKAS, Ioannis (eds.) (2024) Ioannis, *Diez Paradojas de los Intronati*, Dikynson, Madrid.

MARTÍN-CLAVIJO, Milagro e TSOLKAS, Ioannis D. (2022). "La audaz defensa de las mujeres ingratas en el amor en Dieci paradosse degli Accademici Intronati. *LaborHistórico*, Rio de Janeiro, 8 (3), set.|dez., pp. 150-168.

MASCARELL GARCÍA, María (ed.) (2024). *Luigi Dardano, Delle donne illustri.* Madrid: Dykinson.

MAURIELLO, Adriana (1971). "Cultura e società nella Siena del Cinquecento". *Filologia e letteratura*, 1971, vol. 17, no I, p. 26-48.

MORENO LAGO Eva María (2021). "Laudomia Forteguerri y los autores de la Querella de las mujeres". *Cartaphilus*, 2021, n. 19, pp. 293-315.

MORENO LAGO Eva María (ed.) (2024). *La Rafaela. Dialogo della buena crianza de las mujeres*. Madrid: Dykinson.

PAOLI, Maria Pia (2012). “A veglia e in accademia. Le letterate senesi (secoli XVI-XVIII)”. *A. Savelli, L. Vigni (Cur.), Una città al femminile. Protagonismo e impegno di donne senesi dal medioevo a oggi*. Bolinia: Nuova immagine, pp. 87-112.

PICCOLOMINI, Alessandro (1540). «Oratione in morte di Aurelia Petrucci», *Miscellanea del XVI sec. Siena*, Biblioteca Comunale, 1540, pp. c. 29 r-37

PICCOLOMINI, Alessandro (1541). *Lettura del S. Alessandro Piccolomini infiammato fatta nell'Accademica degli infiammati*. Bolonia: Bartholomeo Bonardo & Marc'Antonio da Carpi.

PICCOLOMINI, Alessandro (1560). *L’instrumento della filosofía*. Venetia: Francesco Lorenzini da Turino.

PICCOLOMINI, Alessandro (1990). *L’amor costante*. Marina Calore e Giuseppe Vecchi (ed.) Bolonia: Teatro Italiano Antico, n.16.

PICCOLOMINI, Alessandro (2015). *I Cento Sonetti*. Franco Tomasi (ed.). Ginevra: Droz.

PICCOLOMINI, Alessandro, (1540). *De la sfera del mondo*. Venetia: Al segno del pozzo.

POMPONAZZI, Pietro (2010). *Tratado sobre la inmortalidad del alma*. Estudio preliminar, traducción y notas de José Manuel García Valverde. Madrid: Tecnos.

PIÉJUS, Marie-Françoise (1993). “L'Orazione in lode delle donne di Alessandro Piccolomini”. *Giornale storico della letteratura italiana*, n. 170, 524-549.

PIÉJUS, Marie-Françoise (1994). “Les poétesses siénnoises entre le jeu et l’écriture”. *Les femmes écrivains en Italie au Moyen-Âge et à la Renaissance*. Aix-en-Provence: Université de Provence, pagg. 315–332.

PIÉJUS, Marie-Françoise (2007). “Une lecture académique d’Alessandro Piccolomini: la poésie féminine à l’honne”. Boillet, D. e Plaisance, M. (Ed.) *Les Années Trente du XVIe Siècle Italien*. Paris: Centre Interuniversitaire de Recherches sur la Renaissance Italienne, pp. 333–348.

PIÉJUS, Marie-Françoise (2009). *Visages et paroles de femmes dans la littérature italienne de la Renaissance*. Parigi: Univ. Paris III Sorbonne Nouvelle Press.

PIÉJUS, Marie-Françoise (2011). “L’oraison funèbre d’Aurelia Petrucci (1542)”, *Alessandro Piccolomini (1508-1579). Un siennois à la croisée des genres et des savoirs*. Piéjus, Marie-Françoise et alii (ed.). Paris: Université Sorbonne Nouvelle Paris 3, pp. 127-152.

PIÉJUS, Marie-Françoise (1980). “Index chronologique des ouvrages sur la femme publiés en Italie de 1471 à 1560”. Guidi, J. e Rochon, A. (Ed.). *Images de la femme dans la littérature italienne de la Renaissance. Préjugés misogynes et aspirations nouvelles: Castiglione, Piccolomini, Bandello*. Paris: Sorbonne Nouvelle, pp. 157–165.

PLASTINA, Sandra (2006). “Politica amorosa e "governo delle donne" nella Raffaella di Alessandro Piccolomini”. *Bruniana & Campanelliana: ricerche filosofiche e materiali storico-testuali*, XII, 1, pp. 83-94.

PLASTINA, Sandra (2015). “Tra mollezza della carne e sottigliezza dell’ingegno (negato): la "natura" della donna nel dibattito cinquecentesco”. *I castelli di yale* (online), 2, pp. 1-23.

PLATÓN, ((2003). *Diálogos. Obra completa en 9 volúmenes. Volumen IV: La República*. Madrid: Editorial Gredos.

RODRÍGUEZ MESA, Jose Francisco (ed.) (2024). *Mario Equicola. Perigynaecom. A cerca de las mujeres*. Madrid: Dykinson.

RAMÍREZ ALMAZÁN, María Dolores, VARGAS MARTÍNEZ, Ana (2024). *Agostino Strozzi. En defensa de las mujeres*, Madrid: Dykinson.

ROMAGNOLI, Ana (2009). “Filoginia e Misoginia nel Cinquecento sulle tracce di Castiglione e di Alessandro Piccolomini”. *Letteratura italiana Antica*, n. 17, pp. 201-300.

ROMANO MARTÍN, Yolanda, LA MANTIA, Nadia (eds.) (2024). *Della Chiesa, Agostino. Discurso en torno a la superioridad del género femenino*. Madrid: Dykinson.

SPERONI, Sperone (1740). “Dialogo in lode delle donne”. *Opere di M. Sperone Speroni degli Alvarotti. Tratte da’ mss. Originali*. Venezia: Domenico Occhi. vol. 2, pp. 329-335.

TERRACINA, Laura (1548). *Rime della signora Laura Terracina. Domenichi*. Venezia: Giolito de Ferrari.

TOMASI, Franco (2016). "Le origini dell'Accademia degli Intronati e un componimento inedito di Marcantonio Piccolomini". *Essays in Honour of Jane E. Everson*, Stefano Jossa and Giuliana Peri (Ed.), *Cambridge: Legenda*, pp. 93-106.

TOMASI, Franco, (2006). *Le letture di poesia e il petrarchismo nell'Accademia degli Infiammati*, Roma, Bulzoni editore, 2006, pp. 1000-1022.

TOMASI, Franco, et al. (2015). "Alessandro Piccolomini". *Dizionario Biografico degli Italiani*. Istituto della Enciclopedia Italiana, pp. 203-208.

UGURGIERI AZZOLINI, Isidoro (1649) *Le pompe sanesi, o' vero Relazione delli huomini, e donne illustri di Siena, e suo Stato.* Pistoia: presso Pier'Antonio Fortunati.

VALENTINO, Gennaro. (2021). "Lettrici, interlocutrici e personaggi femminili". *Cartaphilus*, n. 19.

VALENTINO, Gennaro. (2021). *Alessandro Piccolomini (1508-1579) e la Querelle des femmes nel rinascimento senese.* Tesis doctoral, Universidad de Sevilla.

VERGILIUS MARO, Publius (2002). *I Sei primi libri dell'Eneide di Virgilio tradotte a più illustre et honorate donne*. Luciana Borsetto (ed.). Venezia: Zopino, 1540; edición anastática: Bologna: Forni.

ORAZIONE IN LODE DELLE DONNE

Alessandro PICCOLOMINI

ORAZIONE DI M. ALESSANDRO PICCOLOMINI IN LODE DELLE DONNE DETTA IN SIENA A GLI INTRONATI

Intronati, oggi la mia fatica sarebbe vana e superflua se per voi non fosse una vicenda gratificante il discutere oggi riguardo la lodevolezza delle donne per mostrarvi la vera via per ascendere al Cielo, cosa dalla quale vi considero oramai smarriti e che è riposta nel rispetto e nella venerazione che dobbiamo alle donne, da considerarsi un dono datoci da Dio a testimonianza della vera bellezza e beatitudine; e, allo stesso modo, [oggi la mia fatica sarebbe vana e superflua] se questo discorso non fosse per me, come per qualsiasi mortale, necessario ad entrare nelle loro grazie, cosa che a me viene impedita per colpa di non so chi, ma forse di qualcuno di voi, e cosa che accadrebbe per coloro i quali, illuminati da un vero raggio di ragione, conoscono l'eccellenza e la divinità delle donne, e avendone contezza, si beano di una sorta di contentezza che li rende felicissimi. Perciò, nonostante diciamo tutto quello che si possa dire o pensare sulle loro virtù e sui bei costumi (che, seppur considerato, comunque sia non basta ad elogiarvi), ciò non basterebbe a sottolineare nemmeno in minima parte la loro eccellenza, né a dire ciò che meritino sia detto. Ma dal momento che, a causa delle parole che vi ho sentito dire, credo siate privi di questa gran consolazione, ossia quella che si consegue nella contemplazione delle donne, oggi, quasi mosso da compassione, io voglio vedere se posso far sì che le mie parole, non voglio dire esse stesse poiché sono prive d'ogni eloquenza e dolcezza, ma per il nobile soggetto di cui parlano, vi possano liberare in parte la mente dai giudizi vani che ve la offuscano, in modo da poter conoscere quel non so che di divinissimo che è in loro. E contestualmente, ho pensato di proferire qui questo discorso per rendere noto al mondo intero cosa la mia mente abbia pensato e pensi di loro. Per quanto ne sia capace, questo discorso vorrebbe dimostrare che la gentilezza, l'umanità, la cortesia, la grandezza d'animo e le altre singolari virtù, adornate di estrema bellezza e divina grazia, temperate da una essenziale quota di onestà e guidate finalmente da umana saggezza, fanno sì che si crei in queste donne una virtuosa e dolce armonia, che fa diventare più bella la loro anima, e che a tutti gli

uomini che desiderano conoscerle, nulla più che l'adorarle gli potrà portar dolcezza e consolazione.

E facendo ciò, se nel mentre mi accorgerò di aver ragione, è certo che ne trarrò un piacere smisurato (poiché v'amo). E con questa consolazione lenirò in parte il fastidio provocato dall'ammonimento di coloro che mi rimproverano che in maniera troppo presuntuosa abbia proferito queste parole su un soggetto così nobile e alto, ossia le donne, le virtù delle quali sono considerate infinite da chi non si lascia accecare dalle passioni; che piuttosto sarebbe meglio tacerle, perché se no non si finirebbe mai di parlarne.

Ma prima che io inizi, affinché non mi ritrovi, come è per ogni tematica, impreparato su questo argomento così ampio e non apprezzato da chi è preparato su ogni cosa, a lui pregherò che con il suo aiuto mi escano parole degne che possano essere intese dalle donne, semmai gli verranno riferite, e che in tutte le cose che dirò si riconoscano verità ed affezione, e che le mie parole siano lontane da ogni specie di lusinga, lungi dalla necessità di adularle.

Intronati, e se io oggi cercherò di dimostrarvi che le donne sono molto più eccellenti degli uomini in ogni cosa virtuosa, non solo non vi dovete sdegnare pensando che io vi offenda, ma al contrario ve ne dovete beare considerando che io vi stia ancor di più esaltando, poiché vi metto a confronto con una cosa a cui non si può essere pari, allo stesso modo in cui si paragona un particolar gentiluomo all'Imperatore dicendo che ha minore autorità e stima. Dunque, Intronati, sommate alla vostra dignità il fatto che io oggi vi faccia sentire meno nobili delle donne.

E chiaramente potete vedere quanto le donne siano favorite dalla natura e da Dio, il quale non le creò a caso (come direbbero alcuni), ma coscientemente e per necessità, e molto più perfette dell'uomo in tutte le cose. E a dir la verità, se vogliamo considerare ciò che è più importante per la natura, ossia la conservazione della specie, converremo che né la donna né l'uomo siano perfetti di per sé, ma la donna si avvicina molto più alla perfezione in quanto si adopera maggiormente per essa. Difatti, come è chiaro, non solo si occupa di generare, ma anche di partorire, allattare e nutrire.

E se la donna non sarà tanto robusta e forte, dato che è più vicina al temperamento del freddo e non del caldo, per aver meno calore dell'uomo, è perché Dio l'ha creata bella, molle e delicata, a somiglianza della sua bellezza, in modo che, infiammati da essa, gli uomini la servissero, adorassero e le obbedissero. E per far questo essi avevano bisogno di forza, cosa che a loro [le donne] non era necessaria per essere osservate, ma che ora necessitano per difendersi dagli strazi e dalle ingiurie, dal momento che gli uomini hanno usato quella forza -che le era stata donata per obbedirle- per soggiogarle con leggi e statuti, togliendogli la libertà che fu concessa agli uomini così come a loro. Ma nonostante si trovino in questa condizione, in cui noi le abbiamo poste, esse durante il giorno non dimostrano mai quanto il loro animo sia dotato di più virtù rispetto agli uomini.

Tra le quali virtù (siccome la continenza è rarissima da trovare, come anche la fortezza d'animo, che si manifesta nel vincere se stesso), se noi crederemo ciò che tutti i filosofi dicono, ossia che le donne rispetto agli uomini siano più inclinate ai desideri, qualsiasi sia la motivazione, allora allo stesso modo dobbiamo anche affermare che esse siano più continenti, vincendo quei desideri con la ragione al fine di non macchiarsi di ciò che gli uomini considerano gloria per se stessi, mentre invece una colpa indelebile per le donne. E in più, come vi ho detto, sebbene si creda che le donne siano più inclinate alla vita immorale, con gran forza d'animo, forti ed imperturbabili come diamanti, respingono i tanti innamorati che non si staccano da loro al pari di uno scoglio, corteggiandole notte e giorno con molta insistenza. E di ciò, se fossi qui a raccontarvi storie, ve ne potrei dare esempi antichi e moderni.

Ma a che servirebbe! Intronati, stesso voi potete testimoniare in merito, se non vorrete fare come quelli che avendo corteggiato una donna per quattro giorni -Dio sa come- poiché non hanno concluso nulla e avendo creduto di meritate che loro dovessero concedersi, si impegnano ad escogitare ogni modo per offenderle, vantandosi di cose che non le hanno mai fatto. Sono certo che potete affermare che le donne che avete corteggiato siano rimaste ferme e irremovibili di fronte ad ogni vostra supplica che non sia stata onesta. Non parlo delle donne di compagnia e lascive che

non intendo associare al sacro nome di donna, anche se si potessero difendere.

Cosa diremo della loro alta saggezza e prudenza? Le consideriamo maggiori di quelle degli uomini? Difatti diremo, se vogliamo parlare ragionevolmente, che per la troppa foga gli uomini subito si lasciano sopraffare dall'ira, contrariamente a ciò che chiederebbe la prudenza, e a volte impazziscono a tal punto che non possono far alcuna cosa in modo saggio e con consiglio. Al contrario, le donne posseggono un tal temperamento che riuscirebbero a trovar soluzione per ogni cosa, grazie alla freddezza che le rende meno istintive e più ponderate nel ragionare, e per l'arguzia di spirito che si addice di più alla virtù intellettiva.

E a questa teoria corrispondono i risultati (oltre al fatto che abbiamo prova di ciò in molti esempi di donne che con gran capacità e maturità hanno governato e governano Stati e principati), che hanno riscontro [nella loro capacità] di amministrare le cose di proprietà dei mariti (cosa che rispetto all'acquistare ha bisogno di molte più virtù, come spiegò bene Augusto ad Alessandro Magno che, avendo conquistato il mondo, era preoccupato di come controllarlo serenamente), in cui si vede che valgono più le donne che gli uomini. Tanto più chiaramente si riconoscerebbe la loro prudenza e valore se si osservassero i palazzi dei signori dove non ci sono donne e le case che sono da loro amministrate. E chi non sa, che se gli uomini non sanno governare una casa, allora ancora peggio sapranno governare una repubblica? E chi dubiterà che le donne non amministrino una città o un impero con maggior giudizio e capacità? Di certo nessuno, se, una volta concessoglielo (come giusto che sia), usassero lo stesso vigore che gli fu dato per obbedire a loro.

Questa cosa me ne fa pensare un'altra, dal momento che, come le donne superano gli uomini in prudenza, così in loro in egual modo è maggiore l'amore e l'affezione; che come dice Aristotele: la natura ha dato al sesso più prudente la cura dei figli, che è un'opera di singolare amore. E ciò non lo si nota tutto il giorno da quanto, rispetto agli uomini, lodano con più amore Dio, amano con più tenerezza i loro fratelli e figli, soccorrono con più carità i deboli? Che parole troverò per esprimere l'amore che donano ai mariti? Volete vi racconti tutte le storie che mi vengono

in mente di donne che per curare i propri mariti o per non sopravvivergli, hanno affrontato infiniti pericoli e la morte, quando invece non mi sovviene alla mente alcuna dimostrazione d'amore dei mariti verso le mogli? Non lo farò, poiché non è mia intenzione. Invece, dirò che laddove di continuo vediamo che le donne rimangono irremovibili contro ogni persuasione per non violare la fede e l'amore che provano nei confronti dei loro mariti e per non farli dispiacere, nessun uomo si prende cura del dispiacere della moglie, per qualsiasi altra donna, cosa che chiaramente dimostra che lui non la ama, dacché il significato dell'amore è il compiacere in ogni cosa chi si ama.

Ma malgrado pensiamo di non poter trovare tante virtù tutte insieme poiché il vizio della superbia le offuscherebbe e vincerebbe, se noi guarderemo senza pregiudizio nella loro anima, al posto di quella [la superbia], vi troveremo tanta umanità, gentilezza e cortesia che le fa rimanere perfettissime. E perché crediamo che le donne diventino sempre più superbe? Perché la superbia nasce da un desiderio di diventare migliori e di acquisire maggiore stima. Cosa c'è di meglio da desiderare se non quello che già sono? Certo nulla. Intronati, dunque, le donne sono umanissime e gentili, non invidiose e maldicenti come la maggior parte degli uomini. Esse, che così delicatamente fanno ciò che vogliono, in tutti i loro ragionamenti ed azioni esibiscono la loro garbata e delicata tenerezza, piena di dolcezza, con molta grazia e modi di fare onesti e piacevoli, in modo che riescono ad ingraziare la lode di chiunque le osservi, o meglio, subornare tutto il mondo.

Che diciamo della bellezza fisica? Pensiamo forse di essere superiori a loro? Ah non credo, a meno che voi non abbiate conosciuto qualche uomo che fosse magnifico e che si dovesse onorare, cosa che [si deve alle donne] per il loro fascino unito ad un'attrazione piena di desiderio e di amore, all'aspetto piacevole pieno di semplicità, gentilezza e grazia, alla morbida purezza e briosità del corpo, che indubbiamente testimoniano la bellezza pura, divina e l'animo glorioso che vi dimora all'interno.

Intronati, voglio rispondere a colui che fra voi, per non aver ricevuto da qualche donna ciò che desiderava ingordamente, la odia anziché dimostrarle più sentimento, e le continue offese lo portano spesso a dire che le donne sono la rovina e addirittura la

morte di tanti giovani, i quali, amandole, sprecano a tal punto tutto il loro fruttuoso tempo per corteggiarle, pregarle, tentare di parlargli, sperperando denari per le loro richieste e per molte altre cose fugaci, che poi vivono in miseria, accorgendosi, negli anni, di aver perso tutto il loro tempo, gli averi, l'onore ed ogni altra cosa. Almeno avessero avuto qualche risultato o piacere dalle loro donne! Ma il più delle volte, invece, a causa della loro gran cattiveria, i poveretti, muoiono per disperazione o, al meglio, vivono una vita molto infelice. A questi risponderò che la causa della loro miseria sono loro stessi e non le donne. Difatti, che colpa hanno le donne per il fatto che gli altri vivono infelici solo perché desiderano ciò che è impossibile concedergli? Voi penserete forse: se la ragione di quel male è la loro bellezza, allora la colpa è tutta loro. Ora non voglio rispondere, poiché, dunque, la colpa dovrebbe essere di Dio, il quale gli ha dato cotanta bellezza. Invece dico che la causa di ciò non è la loro bellezza, ma le voglie fuori luogo degli uomini, i quali la desiderano troppo ardentemente. Nondimeno, se loro non desiderassero nient'altro che quella bellezza, non cercherebbero niente che non gli serva per fruirla, il che sarebbe possibile con gli occhi, l'udito e la mente, come sapete che vogliono i vostri Platonici.

Caso in cui, se essi si innamoreranno e desidereranno solo quella bellezza, io gli prometto che le donne che amano, dato il loro enorme senso di pietà, ricambieranno quel dolcissimo amore. E di ciò, contenti di essere gentili amanti, godranno infiammati di quella bellezza e si impegneranno in ogni virtuosa azione, in modo tale che felicemente e stimati trascorreranno i propri anni; felicità che in terra è riposta nella contemplazione delle donne, mentre in cielo è riposta nella visione di Dio.

Dunque, si affatica invano chi tenta di trovare una duratura felicità attraverso altri mezzi. Senza le donne non ci sarebbe alcuna felicità o soddisfazione in questa vita, che sarebbe rozza e priva di gentilezza. Le donne ci conducono a cose onorevoli ed alte, ci fanno aguzzare l'ingegno, ci spengono ogni vile e bassa tentazione, ci eliminano affanno e miseria e ci trasmettono diletto e felicità. Insomma, sono la ragione di ogni bene.

E il fatto che loro non siano impure, ce lo dimostrano coloro i quali, spronati dallo sdegno più che dal senno, cercano sempre di vituperarle apportando il più grande vizio che trovano, ossia che

se non fosse per il timore della vergogna e la paura dei mariti, e di altri, allora non si troverebbe donna pura. Loro stessi non si accorgono che accrescono la loro lode, aggiungendo all'onestà anche un'altra virtù rarissima e di gran pregio, ossia il timore dell'infamia. Nondimeno, sono pochi quegli uomini che per la paura della vergogna o il desiderio di gloria abbiano controllato le proprie tentazioni, e non intendo cose libidinose, dal momento che hanno ingiustamente imposto per legge ed ordinato che di questo per loro non sia da vergognarsi, ma di altre scelleratezze per loro oltraggiose. E checché ne dicano queste perfide lingue, cioè che le donne si trattengono dal peccare per paura, io rispondo che è falsissimo, dal momento che, quando vediamo una donna a cui è stata concessa libertà dal marito, quanto più può far quello che vuole tanto più si dimostra saggia, casta e perfetta.

Dunque, gli uomini non si lascino trasportare dalle inutili pene dei loro illeciti desideri e ingannare dagli istinti ingordi e sfrenati, parlando male delle donne senza avere adeguato rispetto e dovuto riguardo. E anzi, illuminati dalla ragione, sappiano quanto li superino in bellezza, in modi di fare, in ingegno, in bontà, in giudizio, in saggezza, in venustà e in tutte le altre virtuose condizioni che oggi vi ho mostrato. E riconoscendole superiori, le onorino, riveriscano ed esaltino con ogni sforzo, non perché gli convenga di essere esaltate, cosa che fanno già da sé tacendo, ma lo facciano perché è giusto così.

E quelli i quali, prima accecati, hanno parlato delle donne poco dolcemente, biasimandole, ora se ne ravvedano, e, pentendosene, non smettano di parlarne con lode. In questo modo riacquisteranno la vista, così come era accaduto al poeta Stesicoro, il quale era divenuto cieco per aver vituperato Elena nei suoi versi, ma conoscendo la ragione della propria cecità (che invece non conobbe Omero caduto nello stesso errore), scrisse la Palinodia, ossia un'opera che lodava Elena, al contrario, e in questo modo riacquistò la vista. Intronati, la stessa cosa avverrà a voi: dunque, correggete le vostre parole e così uscirete dalla cecità in cui siete stati inviluppati. Oggi, attraverso le mie parole si renda agli uomini la vera via della ragione, con la quale riveriscano le donne in ogni luogo.

E se avviene che si trovano a sentirne parlar male, quando bisogna, difendano la verità con ogni mezzo e con tutto se stessi,

e specialmente quando conoscono la donna che viene tacciata di poca onestà. O Intronati, e soprattutto facciamolo noi che viviamo continuamente fra donne, delle quali dirò soltanto, poiché altro non mi viene, che non sono inferiori a nessun'altra per nobiltà, prudenza, altezza d'animo e ogni altra virtù. Fra le quali è possibile selezionarne una schiera così nobile e perfetta che con nient'altro Dio ci poteva dimostrare la sua potenza e grandezza se non con l'aver creato un tal numero di donne, ciascuna delle quali e tutte insieme rendono gloriosa e bella questa città, come noi vediamo. E sono a tal punto convinto che sia così, che se io pensassi che ci sia in cielo qualche altra cosa così tanto bella e gentile, o per meglio dire, una cosa che bisognerebbe trovare per godersi l'immortalità-, mi sottoporrei alle più crude specie di martirio per raggiungere per sempre quella beata contemplazione, che per ora non ne posso godere perché penso alla mortalità.

Nella quale schiera di donne, tra fine oro e finissimo argento, riluce l'onorato spirito di colei a cui ciascuno si deve guardar bene dal dire cose in suo onore che non si possano dire. La cui eccellenza è tale che il premio più degno e la ricompensa più soave che si potrebbe desiderare è servirla e adorarla. Sulle virtù della quale, se io trovassi le parole per spiegare il mio concetto e ciò di cui sono a conoscenza, io mi avvicinerei così tanto a quel che si potrebbe dire che voi non vi meraviglieresteste più di tanta bellezza ed onesta della donna, e ve la descriverei con così tanta grazia, assennatezza e grandezza, che ognuno non solo la guarderebbe ammirato, ma ne proverebbe invidia. Ma dato che a parlarne in maniera contenuta si offenderebbero le proprie virtù, così come accadrebbe se le parole non corrispondessero ai fatti, limitandoli in parte, dirò soltanto che lei è talmente perfetta che desiderarla così, se non si fosse prima conosciuta, sarebbe cosa impossibile. Nella cui contemplazione e visione non mancherebbe lo stupore né diminuirebbe la felicità che si prova nel vedere un corpo tanto illustre e che si prova nel contemplare una sì gloriosa anima.

Intronati dunque, che sia per il corpo o per l'anima, consideriamo quanto sia l'eccellenza e la nobiltà delle donne e serviamole ed amiamole come se fossero simili a Dio, ponendo il fine dei nostri desideri nel godere con gli occhi quel bagliore di divinità che in esse risplende e nel contemplare con la mente

quell'armonia di virtù e di bei costumi che rendono il loro animo glorioso. E in questo modo sono certo che non mi sarà negato il vero premio e dolce frutto che si riceve in cambio nel vero amore, ossia l'essere amato. Difatti, cosa è per noi mortali più soave e gradevole se non l'essere amati da donne belle e nobili? Certamente nulla. Questo è l'amore di cui parlo: nato dal desiderio della bellezza che si può desiderare (come vi ho detto) soltanto con gli occhi, con l'udito e con la mente, e che è la ragione e radice di ogni cosa che ci arreca onore e diletto. Esso ci toglie ogni rozzezza e ci aguzza l'ingegno, ci spegne ogni viltà, ci indirizza a cose alte e magnanime, in verità originato da docilità, origine e principio di ogni bene, estirpatore di crudeltà, donatore di benevolenza e di pace, apprezzato dai più saggi, giovevole a tutti e ottimo e dolcissimo governatore del cielo e del mondo. Il quale lo dovremmo accogliere umilissimamente essendo nostro unico ed eterno custode, cosa che non possiamo fare se non amiamo ed onoriamo le donne, come quelle di estrema bellezza, da cui nasce il desiderio di possederla, che è proprio l'Amore. Onoriamole, dunque Intronati, onoriamole e scolpiamoci nell'animo la loro bella immagine a tal punto che risplenda esso come in uno specchio. E così, data la loro umanità (che è virtù propria delle donne), riconoscendosi dentro di noi, allo stesso modo non mancheranno di amarci, che è il vero premio dei cortesi innamorati. E in questo modo ci disseteremo di una contentezza e una dolcezza che sarà la ragione della nostra felice beatitudine.

ORACIÓN EN ALABANZA DE LAS MUJERES

Alessandro PICCOLOMINI

ORACIÓN DE M. ALESSANDRO PICCOLOMINI EN ALABANZA DE LAS MUJERES PRONUNCIADA EN SIENA ANTE LOS INTRONATI

Intronati, hoy sería vano y superfluo mi esfuerzo si no fuera un asunto gratificante que hoy discutamos sobre la merced de las mujeres para mostraros el verdadero camino para ascender al Cielo, que en este momento considero perdido y que se sitúa en el respeto y veneración que debemos a las mujeres, que deben ser consideradas como un don que Dios nos ha dado como testimonio de la verdadera belleza y beatitud. Asimismo, este discurso es para mí, como para cualquier mortal, necesario para entrar en sus buenas gracias, lo que me es impedido por culpa de no sé quién, pero tal vez algunos de vosotros, y sería el caso de aquellos que, iluminados por un verdadero rayo de razón, conocen la excelencia y divinidad de las mujeres, y teniendo conocimiento de ellas, son bendecidos con una especie de contento que les hace rebosar de alegría. De ahí que, aunque digamos todo lo que puede decirse o pensarse sobre sus virtudes y finos modales (lo cual, por considerado que sea, no basta para alabarlas), esto no bastaría para destacar ni en el más mínimo grado su excelencia, ni para decir lo que merecen que se diga.

Pero como, a causa de las palabras que os he oído decir, creo que estáis privados de este gran consuelo, a saber, el que se alcanza en la contemplación de las mujeres. Hoy, movido por la compasión, quiero ver si puedo hacer que mis palabras, que pronuncio aunque estén desprovistas de toda elocuencia y dulzura, sino por el noble tema del que hablan, liberen parcialmente vuestras mentes de los vanos prejuicios que las nublan, para que conozcáis ese algo de divino que hay en ellas. Al mismo tiempo, he pensado pronunciar aquí este discurso para dar a conocer a todo el mundo lo que mi mente ha pensado y piensa de ellas. En la medida de mis posibilidades, este discurso tiene por objetivo mostrar que la bondad, la humanidad, la cortesía, la grandeza de ánimo y otras virtudes singulares, adornadas de extrema belleza y gracia divina, templadas por una parte esencial de honestidad y guiadas finalmente por la sabiduría humana, componen en estas mujeres una armonía virtuosa y

dulce, que embellece sus almas, y que a todos los hombres que desean conocerlas, solo adorarlas puede aportarles dulzura y consuelo.

Haciendo tal, si en el proceso me doy cuenta de que tengo razón, es seguro que obtendré de ello un inmenso placer (pues os amo). Y con este consuelo aliviaré en parte el fastidio que me causa la crítica de quienes me reprochan haber pronunciado con demasiada presunción estas palabras sobre un tema tan noble y elevado, a saber, las mujeres, cuyas virtudes son consideradas infinitas por quienes no se dejan cegar por las pasiones; que sería mejor callar, porque de lo contrario nunca se terminaría de hablar de ellas.

Pero antes de empezar, para no encontrarme, como sucede con todos los temas, poco preparado para este argumento tan amplio y poco apreciado por los que están preparados para todo, le ruego a Dios que con su ayuda se me ocurran palabras dignas de ser entendidas por las mujeres, si es que alguna vez se las narrasen, y que en todas las cosas que diga se reconozcan la verdad y el afecto, y que mis palabras estén lejos de cualquier tipo de adulación, lejos de la necesidad de halagarlas.

Intronati, si hoy trato de demostraros que las mujeres son mucho más excelentes que los hombres en todas las cosas virtuosas, no sólo no debéis desdeñaros pensando que os ofendo, sino que, por el contrario, debéis alegraros al considerar que os exalto tanto más cuanto que os comparo con algo a lo que no podéis igualaros, del mismo modo que se podría comparar a un caballero con el Emperador, diciendo que tiene menos autoridad y estima. Así pues, Intronati, añadid a vuestra dignidad el hecho de que ahora os haga sentir menos noble que las mujeres.

Claramente podéis ver hasta qué punto las mujeres son favorecidas por la naturaleza y por Dios, que no las creó al azar (como sostienen algunos), sino conscientemente y por necesidad, y mucho más perfectas que el hombre en todas las cosas. Y a decir verdad, si tenemos en cuenta lo que es más importante para la naturaleza, es decir, la preservación de la especie, estaremos de acuerdo que ni la mujer ni el hombre son perfectos en sí mismos, pero la mujer se acerca mucho más a la perfección en el sentido de que trabaja más por ella. De hecho, como es evidente, no sólo

se ocupa de engendrar, sino también de parir, amamantar y alimentar.

Si la mujer no es tan fuerte y robusta, puesto que está más cerca del temperamento del frío y no del calor, por tener menos calor que el hombre, es porque Dios la creó bella, suave y delicada, a semejanza de su belleza, para que, embelesados con ella, los hombres la sirvieran, adoraran y obedecieran. Para hacer esto los hombres necesitan la fuerza, que no necesitan ellas, pero ahora la necesitan ellas para defenderse de las acusaciones y desmanes, ya que los hombres se han servido de esa fuerza, que les fue dada para obedecerlas, para subyugarlas con leyes y estatutos, arrebatándoles la libertad que les fue concedida tanto a los hombres como a ellas. Pero aunque se encuentren en esta condición, en la que las hemos colocado, nunca muestran durante el día cuánto más virtuosas son sus almas que las de los hombres.

Entre sus virtudes (ya que la continencia es muy rara de encontrar, como lo es la fortaleza, que se manifiesta en la superación de uno mismo), si creemos lo que dicen todos los filósofos, que las mujeres son más inclinadas a los deseos que los hombres, cualquiera que sea la motivación, igualmente debemos afirmar que son más continentes, superando esos deseos con la razón para no mancharse con lo que los hombres consideran gloria para ellos, pero falta imborrable para las mujeres. Y además, como os he dicho, aunque se crea que las mujeres son más inclinadas a la vida inmoral, con gran fortaleza de ánimo, fuertes e imperturbables como diamantes, rechazan a los muchos amantes que no se separan de ellas como de una roca, cortejándolas noche y día con gran insistencia. De esto, si estuviera aquí para contaros historias, podría daros ejemplos antiguos y modernos.

Pero, ¡de qué serviría eso! Vosotros mismos podéis dar fe de ello, si no hacéis como aquellos que, habiendo cortejado a una mujer durante cuatro días -Dios sabe cómo- sin concluir nada, y creyendo que merecían ser complacidos, se empeñan en idear todas las maneras de ofenderlas, jactándose de cosas que nunca hicieron. Estoy seguro de que podéis afirmar que las mujeres a las que habéis cortejado se han mantenido firmes e inflexibles ante cada insistencia vuestra que no ha sido honesta. No hablo de las mujeres de compañía y lascivas, a las que no pienso asociar

con el sagrado nombre de mujer, aunque también se podrían defender.

¿Qué diremos de su elevada sabiduría y prudencia? ¿Las consideraremos mayores que las de los hombres? Pues diremos, si queremos hablar razonablemente, que por un afán demasiado grande los hombres se dejan dominar pronto por la ira, en contra de lo que exige la prudencia, y a veces se vuelven tan locos que no pueden hacer nada sabia y aconsejadamente. Por el contrario, las mujeres poseen tal temperamento que pueden encontrar una solución para todo, por la frialdad que las hace menos instintivas y más reflexivas en el razonamiento, y por el ingenio que es más propio de la virtud intelectual.

A esta teoría corresponden los resultados (además de que tenemos prueba de ello en muchos ejemplos de mujeres que con gran habilidad y madurez han gobernado y gobiernan estados y principados), que se reflejan en su capacidad para administrar las propiedades de sus maridos (que en comparación con la conquista necesita mucha más virtud, como bien explicó Augusto a Alejandro Magno que, habiendo conquistado el mundo, se preocupó de cómo controlarlo serenamente), en los que vemos que las mujeres son más valiosas que los hombres. Tanto más claramente se reconocería su prudencia y valía si se observaran los palacios de los señores donde no hay mujeres y las casas que son administradas por ellas. ¿Y quién no sabe que si los hombres no saben gobernar una casa, peor aún sabrán gobernar una república? ¿Y quién dudará que las mujeres no administran una ciudad o un imperio con mayor juicio y acierto? Ciertamente nadie, si, una vez concedidas (como debe ser), empleasen el mismo vigor que se les dio para obedecer.

Esto me hace pensar en otra cosa, pues así como las mujeres superan a los hombres en prudencia, también en ellas hay en igual medida mayor amor y afecto; que como dice Aristóteles: la naturaleza ha dado al sexo más prudente el cuidado de los hijos, que es obra de singular amor. ¿Y no es esto evidente todo el día por cuánto más amorosamente alaban a Dios que los hombres, cuánto más tiernamente aman a sus hermanos e hijos, cuánto más caritativamente socorren a los débiles? ¿Qué palabras encontraré para expresar el amor que dan a sus maridos? ¿Queréis que os cuente todas las historias que me vienen a la mente de mujeres

que, para cuidar de sus maridos o para no sobrevivir a ellos, se han enfrentado a peligros sin fin y a la muerte, sin que me venga a la mente ninguna demostración de amor de sus maridos a sus mujeres? No lo haré, pues no es ésa mi intención. En cambio, diré que donde una y otra vez vemos que las mujeres permanecen inflexibles contra toda persuasión para no violar la fe y el amor que sienten por sus maridos y no disgustarlos, ningún hombre se preocupa por el disgusto de su esposa, por cualquier otra mujer, lo que demuestra claramente que no las aman, ya que el significado del amor es complacer en todo a quien uno ama.

Pero aunque pensemos que no podemos encontrar tantas virtudes a la vez, porque el vicio del orgullo las oscurecería y vencería, si miramos sin prejuicios en sus almas, en lugar de eso, encontraremos allí tanta humanidad, bondad y cortesía que las hacen permanecer perfectas. ¿Y por qué creemos que las mujeres se vuelven cada vez más soberbias? Porque el orgullo surge del deseo de ser mejores y de adquirir mayor estima. ¿Qué hay mejor que desear lo que ya son? Desde luego, nada. Por eso, las mujeres son muy humanas y amables, no envidiosas y rencorosas como la mayoría de los hombres. Ellas, que tan delicadamente hacen lo que les place, en todos sus razonamientos y acciones exhiben su ternura suave y delicada, llena de gentileza, con mucha gracia y modales honestos y agradables, de modo que logran congraciarse con las alabanzas de todos los que las observan, o mejor dicho, subyugan al mundo entero.

¿Y qué puedo decir de su belleza física? ¿Podemos decir que somos superiores con respecto a ella? Ah, no lo creo, a no ser que hayáis conocido a algún hombre magnífico y que deba ser alabado, cosa (que se debe hacer con las mujeres) por su encanto y atracción que llena de deseo y amor, por su agradable apariencia llena de sencillez, gentileza y gracia, por la suave pureza y vivacidad de sus cuerpos, que sin duda dan testimonio de la belleza pura y divina y del alma gloriosa que habita en su interior.

Intronati, quiero responder a aquel que entre vosotros, por no haber recibido de alguna mujer lo que codiciosamente deseaba, la odia en vez de mostrarle más sentimiento, y sus constantes ofensas le llevan a menudo a decir que las mujeres son la ruina y aun la muerte de tantos jóvenes que, amándolas pierden tanto de su precioso tiempo cortejándolas, rogándoles, tratando de hablar

con ellas, gastando dinero en sus peticiones y muchas otras cosas fútiles, que luego viven en la miseria, dándose cuenta con los años de que han perdido todo su tiempo, sus posesiones, su honor y todo lo demás. Al menos, sus mujeres les han dado algún logro o placer. Pero la mayoría de las veces, en cambio, debido a su gran maldad, los pobres mueren de desesperación o, en el mejor de los casos, viven vidas muy infelices. A éstos les responderé que la causa de su miseria son ellos mismos y no las mujeres. En efecto, ¿qué culpa tienen las mujeres de que otros vivan infelices porque desean lo que es imposible darles? Vosotros podéis pensar: si la razón de esa miseria es su belleza, entonces todo es culpa de ellas. Ahora bien, no quiero responder, porque, entonces, la culpa debiera ser de Dios, que les ha dado tanta belleza. En cambio, digo que la causa de esto no es su belleza, sino los deseos equivocados de los hombres, que desean a las mujeres demasiado ardientemente. Sin embargo, si no desearan más que esa belleza, no buscarían nada que no necesiten para gozar de ella, lo cual sería posible con los ojos, el oído y la mente, como sabéis que se desea de forma platónica.

Si se enamoran y sólo desean esa belleza, les prometo que las mujeres que amen, dado su enorme sentido de la piedad, corresponderán a ese dulce amor. Y a partir de esto, contentos con ser gentiles amantes, gozarán de esa belleza ardiente, y se ocuparán en toda acción virtuosa, de modo que felices y estimados pasarán sus años; felicidad que en la tierra se sitúa en la contemplación de las mujeres, mientras que en el cielo se sitúa en la visión de Dios.

Por eso, en vano se afana quien intenta encontrar la felicidad duradera por otros medios. Sin las mujeres no habría felicidad ni satisfacción en esta vida, que sería burda y carente de bondad. Las mujeres nos conducen a cosas honorables y elevadas, agudizan nuestro ingenio, apagan todas las tentaciones viles y bajas, eliminan el trabajo y la miseria, y nos transmiten deleite y felicidad. En resumen, son la razón de todo bien.

Que no son impuras nos lo demuestran quienes, espoleados por la indignación más que por el sentido común, tratan siempre de vituperarlas aportando el mayor vicio que pueden encontrar, a saber, que si no fuera por el miedo a la vergüenza y el temor a los maridos y a los demás, no se encontraría mujer pura. Ellos

mismos no se dan cuenta de que aumentan sus alabanzas, añadiendo a la honestidad otra virtud muy rara y muy apreciada, el miedo a la infamia. Sin embargo, son pocos los hombres que por miedo a la infamia o por deseo de gloria han controlado sus tentaciones, y no me refiero a cosas lascivas, ya que injustamente han impuesto por ley y ordenado que de esto ellos no deban avergonzarse, sino de otras maldades escandalosas. Y digan lo que digan esas pérfidas lenguas, que las mujeres se abstienen de pecar por miedo, respondo que es muy falso, pues cuando vemos a una mujer a la que su marido ha concedido libertad, cuanto más puede hacer lo que le plazca más sabia, casta y perfecta demuestra ser.

Por lo tanto, que los hombres no se dejen llevar por los dolores inútiles de sus deseos ilícitos y engañar por sus instintos codiciosos y desenfrenados, hablando mal de las mujeres sin el debido respeto y la debida consideración. Más bien, iluminados por la razón, sepan hasta que ellas los superan en belleza, en modales, en ingenio, en belleza venusta, en juicio, en sabiduría, en afabilidad y en muchas más virtudes que hoy os he mostrado. Y reconociéndolas como superiores, que las honren, reverencien y exalten con todo empeño, no porque les convenga ser exaltadas, que ya lo hacen callando, sino que lo hagan porque es justo que asi sea.

Y los que, cegados primero, han hablado mal de las mujeres, culpándolas, arrepiéntanse ahora y, arrepentidos, no dejen de hablar de ellas con alabanza. De este modo recobrarán la vista, tal como le había sucedido al poeta Estesícoro, que se había quedado ciego por haber vituperado a Helena en sus versos, pero conociendo la razón de su propia ceguera (cosa que Homero, que había caído en el mismo error, no sabía), escribió la *Palinodia*, es decir, una obra alabando a Helena, y de este modo recobró la vista. Intronati, lo mismo os sucederá a vosotros: por tanto, corregid vuestras palabras y así saldréis de la ceguera en la que os habéis visto envueltos. Que hoy, a través de mis palabras, se brinde a los hombres el verdadero camino de la razón, con el que se reverenciará a las mujeres en todas partes.

Si por casualidad oís hablar mal de ellas, si es necesario, defended la verdad por todos los medios y con todo vuestro ser, y especialmente cuando conozcáis a la mujer a quien se acusa de

poca honestidad. Oh Intronati, sobre todo hagámoslo nosotros, que vivimos continuamente entre mujeres, de las que sólo diré, pues no se me ocurre otra cosa, que no son inferiores a ninguna otra en nobleza, prudencia, altura de ánimo y cualquier otra virtud. De entre las cuales es posible seleccionar un grupo tan noble y perfecto que con nada más podría Dios mostrarnos su poder y grandeza que por haber creado tal número de mujeres, cada una de las cuales y todas juntas hacen que nuestra ciudad sea tan gloriosa y hermosa como la vemos. Y estoy tan convencido de que esto es así, que si pensara que en el cielo hay alguna otra cosa tan bella y amable -o mejor dicho, algo que habría que encontrar para gozar de la inmortalidad-, me sometería al más crudo martirio para alcanzar para siempre esa gozosa contemplación, que por el momento no puedo disfrutar porque estoy pensando en la mortalidad.

En ese conjunto de mujeres, entre oro fino y plata fina, brilla el espíritu honrado de aquella a quien todos deben guardarse de decir en su honor cosas que no se pueden decir. Cuya excelencia es tal que el premio más digno y la recompensa más dulce que se puede desear es servirla y adorarla. Sobre cuyas virtudes, si yo encontrara palabras para explicar mi concepto y lo que conozco, me acercaría tanto a lo que podría decirse que ya no os maravillaríais de tanta belleza y honestidad de la mujer, y os la describiría con tanta gracia, sagacidad y grandeza, que todos no sólo la mirarían con admiración, sino que sentirían envidia. Pero como hablar de ella de un modo comedido ofendería a las propias virtudes, como sucedería si las palabras no correspondieran a los hechos, limitándolos en parte, sólo diré que es tan perfecta que desearla así, si antes no se la conociera, sería cosa imposible. En cuya contemplación y visión no faltaría el asombro, ni disminuiría la felicidad que se siente al ver un cuerpo tan ilustre y que se siente al contemplar un alma tan gloriosa.

Por tanto, ya sea por el cuerpo o por el alma, consideremos cuán excelentes y nobles son las mujeres, y sirvámoslas y amémoslas como si fueran símiles a Dios, poniendo el fin de nuestros deseos en gozar con nuestros ojos de ese resplandor de divinidad que brilla en ellas y en contemplar con nuestra mente esa armonía de virtudes y bellas costumbres que hacen gloriosas sus almas. De este modo estoy seguro de que no se me negará la

verdadera recompensa y el dulce fruto que se recibe a cambio en el verdadero amor, a saber, ser amado. Porque ¿qué hay más dulce y agradable para nosotros los mortales que ser amados por mujeres bellas y nobles? Ciertamente, nada. Este es el amor del que hablo: nacido del deseo de la belleza, que sólo puede ser deseada (como os he dicho) con los ojos, con el oído y con la mente, y que es la razón y la raíz de todo lo que nos trae honor y deleite. Esto elimina toda grosería y agudiza nuestro ingenio, elimina toda cobardía, nos dirije a cosas elevadas y magnánimas, en verdad nacido de la docilidad, origen y principio de todo bien, que elimina la crueldad, concede benevolencia y paz, apreciada por los más sabios, benéfica para todos y excelente y dulcísima gobernante del cielo y del mundo y a quien debemos acoger humildemente como nuestro único y eterno guardián, lo cual no podemos hacer si no amamos y honramos a las mujeres, como las de extrema belleza, de las que surge el deseo de poseerlas, que es precisamente el Amor. Honrémoslas, pues, Intronati, honrémoslas y esculpamos su bella imagen en nuestra alma hasta tal punto que brille a través de ella como en un espejo. Y así, dada su humanidad (que es una virtud propia de las mujeres), al reconocerse en nosotros, tampoco dejarán de amarnos, que es la verdadera recompensa de los amantes bondadosos. Y así saciaremos nuestra sed con un contento y una dulzura que serán la razón de nuestra feliz beatitud.

ORAZIONE FUNEBRE NELLA MORTE DI MADONNA AURELIA PETRUCCI

Alessandro PICCOLOMINI

ORATION FUNEBRE NE LA MORTE DI MADONNA AURELIA PETRUCCI

A la molto magnifica et honorata Madonna Giulia Petrucci de' Borghesi, patrona mia osservandissima.

Io vi mando, Madonna Giulia, un'oration funebre che, dettatami dal dolore, ho fatta ne la morte di Madonna Aurelia vostra sorella, donna rarissima ne i tempi nostri. Havrei hauto per somma gratia d'essermi in quei giorni trovato costì presente poiché, quando fussi piaciuto a voi altri, mi saria paruto di far offitio degno della servitù che io tengo con la virtù della casa vostra, il recitarla io stesso in S. Austino la mattina dell'esequie publicamente; dove havrei forse fatto con l'aiuto della pronuntia più palese il mio pensiero che con la penna non si può fare. Sarammi caro che, per la reverentia che io portava e porterò sempre al valor de la felice anima di vostra sorella, non vi sdegnate di leggiere quest'oratione, et riceverla per segno di mia condolentia con esso voi: intendendo però con voi le singularissime Madonna Agnese e Madonna Pandolfina, sorelle vostre. Non dico niente dell'Illustrissima Signora vostra madre, stimandomi ch'ella sia in Roma, del cui dolore Dio sà la pietà ch'io porto nel mezzo de l'anima. State sana, et al grande. Iddio piaccia di darvi pace.

Di Bologna il 28 di Novembre 1542. Servitore di V.S.
Alisandro Piccolomini.

ORATION FUNEBRE NE LA MOORTE DI MADONNA AURELIA PETRUCCI NEL GIORNO DELL'ESEQUIE, AL POPOLO

Non senza maturissimo consiglio mi stimo io, Popol senese, che, in quelle prime ben guidate città di Grecia e ne la potentissima Roma poi, fusse solennemente instituito e per consuetudine ogni giorno più confermato che quelle persone, così uomini come donne che, o per gran fatti, o per profonda prudentia, o immensa virtù eccedessero nelle città loro, fusser ne la morte poi, non solamente di statue, d'insegne, di stendardi, di piramidi e d'altri così fatti segni di gloria honorate, ma nel giorno dell'esequie e della maggior pompa funebre, con publica oratione celebrate e lodate. Perciò che molto ben conosce vano quei sapientissimi senatori e giuditiosissimi governatori di republiche che oltra che a la virtù altro premio più a lei proportionato che il voluntario honore propriamente non si conviene.

Questo ancor da tal instituto seguiva poi che, essendo l'huomo avido di gloria per sua natura, coloro che dopo la morte di qualche persona illustre al mondo restano ancor in vita, per quelli honori che dopo morte vegghono a pochi farsi, ardentissimamente si accendon di meritarli, e la vita di quei tali che honorati vegghono si pongon come un essempio inanzi per imitarla. Furono in Athene, in Sparta, in Roma, e altre città grandissime con publica oration funebre lodate molte persone illustri, e ne' tempi nostri molti in Italia, et alcuni spetialmente in questa vostra città di Siena, che non accade di nominare. Ma questo ben poss'io dire, che se mai, per quanto può giugnere la memoria de' nostri padri, haveste persona che nel grado suo di questo honor fusse degna, Aurelia Petrucci, de la quale hoggi solennemente l'esequie fate, e la cui pompa funebre a sì magnifico concorso con la presentia vostra honorate, è quella persona, Popol senese, che degnissimamente lo merita. Questa è quella che così ampiamente ha honorata, vivendo, la città vostra; quella le cui vestigia a virtuosissima vita vi conducevano; quella che ne la maestà del volto, virtù, consiglio, religion verissima spirava sempre; quella che fin le

mura vostre parea che vivendo tenesse liete, e per la cui morte par quasi che di pianto sian bagnate hora; quella finalmente la cui presentia, poi che per divin consiglio non vi è dato effettualmente di goder più, al men per il mezzo de la memoria vostra eterna dovete farvi.

Ma ben forse convenevol cosa sarebbe stata che un offitio così importante quanto è il parlar hoggi publicamente di sì gran donna, fusse tocco a oratore più esercitato che non son io: di che lasciando la essecutione a chi ha disposto et voluto che così sia, solamente dirò che tal cosa in parte mi è stata cara (se cara però in così afflitto e infelice giorno può essermi cosa alcuna), pensando d'haver occasion, per questo, di sfogar qualche parte del mio dolore, colle parole aprendovi quel ch'io sento. Né dubito io già punto, havendo sempre conosciuto, e in questo giorno per il maraviglioso concorso di queste esequie più che mai conoscendo, voi essere amatori de la virtù degli huomini, non dubito dico che quelle cose che io debbo dire, non solo habbino in parte a pascer e dar nutrimento a la pietà vostra, ma che utilissime ancora et importantissime vi debbin essere. Io brevemente andarò scegliendo, con la elettione che il travaglio e il dolore ch'io sento concederammi, meglio ch'io posso quelle lodi di questa donna che, tra infinite che compiutamente e meritamente dir si possono, prima all'altre verammi innanzi; aggiugnendo nel secondo luogo quanto sia veramente il danno nostro, e quanto conseguentemente debba essere il travaglio, il dolore, la pietà di noi medesimi e finalmente la memoria di lei nei nostri petti; discorrendo al fin, con alcune brevi parole, donde possa venir qualche consolatione a tanto travaglio nostro, et in qual gloria, in qual beatitudine debba ella trovarsi, mentre che hor noi privi di lei infelicissimi qui piangiamo. Harò ben caro che per questo poco di tempo facciate forza di sostenere dentro i lamenti e le lagrime, ché già so ben che per altra causa non è pericolo che attention benignissima non mi porgiate.

Egli è cosa certissima, né ardirò mai di negarlo, Popol sanese, che derivando ogni lode di noi mortali da quella sola disposition che virtuosamente depende dal voler nostro, di quell'altre cose poi che, o fortunatamente o naturalmente, altronde che da noi vengono in noi, tener poca cura si debba

sempre; non dimeno perché in un mal composto animo, se la natura e la fortuna indegnamente son favorevoli, porgendo occasion di peggiormente operare, più brutto e più vituperoso lo rendon sempre, così ancora per il contrario una ben edificata anima e di virtù cinta, con l'aiuto e con gli strumenti di queste due, pigliando occasion di far risplender la virtù sua, più chiara ogn'hora e più bella si mostra al mondo. Di qui è che veggend'io con grandissima mia maraviglia esser Aurelia Petrucci vissuta tale che, oltra la felicità del suo animo invitto, non gli è mancato il favor di qualunque causa concorrer può all'honorata vita d'un huom mortale, ho pensato che, prima ch'io venga a quella eccellenza che è propria sua e che per se stessa si ha guadagnata, non sia forse fuor di proposito il fare alcune poche parole intorno a quei beni che, senza il soccorso d'altrui di fuore, non harebbe per se stessa potuto procacciar mai. Il che farò io con quella brevità che si ricerca in parlar di cose che per sé stesse poco meritano, o non meritano per sé divise: ma con la virtù congiunte di questa donna, hanno fatto apparir più honorata e più illustre la vita sua.

Et in vero si dè stimare che, non senza spetial favore e particolar providentia di chi governa tutte le cose, sia accaduto in questa divina donna quel che rarissime volte n'avvien al mondo, ciò è che la fortuna, la natura e l'intelletto, tre sole vicine cause a gli uomini di quel che fanno, dove quasi scompagnar si sogliono sempre, a questa volta unitissime si sien vedute. Dunque, tra le cose care che a la compiuta felicità concorrono di noi mortali, una minima particella che importantissima stima il volgo, e debolissima gli huomini saggi, nelle mani è riposta della fortuna, perciò che principalissimamente da lei dependono la nobiltà, le ricchezze, gli amici e la fama; delle quai cose, ben ch'io sia certo che a voi tutti palese sia quanto Aurelia Petrucci habbia, abondantemente possedendone, adorna la virtù sua, non dimeno mi giova al presente alquanto di ragionarne. Né voglio io già (quantunque importi assai alla nobiltà del huomo la chiarezza, e l'antiquità della patria sua) di ciò far parole in questo giorno. Però che, se ben con vivissime ragioni io potrei dimostrarvi esser la città vostra, se non per giro di mura,

al men per antiqua libertà, bellezza, dolcezza d'aere, disposition di sito, ornamenti così fuor come dentro, per ampiezza di territorio, fertilità di paese, amenità di ville e, quel che importa più, abbondanza di belli ingegni, non punto a qual si voglia città d'Italia proportionatamente inferiore; non di meno per esser questo ugual ornamento di tutti noi, non ne deve l'un più che l'altro venir maggiore: lasciando questo adunque, a quella nobiltà che ad Aurelia più s'appressa rivolgerommi. Ma da qual canto mi farò io per esprimer la chiarezza del sangue suo, il qual così per rivi materni come paterni, da fonti limpidissimi e vivissimi è derivato? Non trovarem noi, se lungi da i nostri tempi con la memoria de i nostri antichi voliam passare, esser stati tra gli antecessor suoi molti e molti, non solo in lettere et in armi eccellentisissimi, ma di honoratissimi gradi di dignità e de i primi honor publici della città nostra, riccamente vestiti e ampiamente adornati? Di che molte memorie che se ne vegghono, e molte che nelle vostre croniche se ne leggono, ne fanno fede. Ma appressiamoci più a la ricordanza de i nostri padri, e quanto alla linea paterna di questa donna, non ebbe ella per zio paterno chi non solo ebbe delle insegne del cardinalato ornata la sua persona, ma di prudenza e gran consiglio la mente ricca? Tal che apertamente, se ne i primi suoi anni non si fusse in Roma la morte opposta, si poteva di lui sperare grandi ornamenti alla città nostra. Non ebbe ella parimente per avo suo homo per molte e molte età rarissimo in qual si voglia città d'Italia? O! di che sapientia, di che consiglio e di che giuditio fu giudicato da chi lo conobbe, de la cui magnificenza molti ornamenti ne restano, e palazzi, e tempii fuori e dentro de la città nostra. Lascio per esser breve altri cardinali, vescovi, abbati, cavalieri, e gran gentiluomini della paterna famiglia di questa donna, et al materno sangue passando, andarò forse io le centinara e migliara d'anni a dietro, raccogliendo ne la famiglia de' Piccolomini le persone reputatissime e gravissime in questa Republica, e le dignità, i gesti e le grandezze loro? Certo questo non farò io, che non trovarei fine alle mie parole. Ma, a la nostra più vicina memoria accostandomi, chi non sa i papi, i cardinali, i vescovi, gli arcivescovi, i duchi, i marchesi, i signori, i conti, i cavalieri e gran gentiluomini, che parte sono

stati, e parte sono hoggi in questa famiglia, e per via dell'illustrissima signora Vittoria madre sua, parenti vicinissimi a questa donna? Non è essa propria signora Vittoria nipote al secondo e al terzo Pio? E al terzo nipote prossima Non è ella germana di duchi? Figlia, et sorella di gran signori? Et quel ch'importa più, sorella pur hieri del santissimo cardinale Messere Giovanni Piccolomini, homo di tal dottrina, bontà, sincerità, sapientia e consiglio, che apertissima cosa era a tutto il mondo che a lui lo scettro de la Chiesa si riserbava? Ma che vo io raccontando quelle persone illustri che già son passate di questa vita, delle quali tante memoria ad ogni passo si veggono hoggi? Non haveva Aurelia tra i parenti che vivon hora, [31 *r*] oltra gli illustrissimi il signor duca d'Amalphi [11] e il signor Anton Maria Piccolomini, due ancora molto illustri amatis- simi suoi germani, l'uno il religioso, e reverendissimo arcivescovo qua di Siena, la cui presentia honora al presente in questo luogo l'esequie di sua sorella, e l'altro il virtuoso e molto reverendo messer Lelio Tolomei, abbate meritissimo di molti luoghi, la cui bontà e dottrina, è palese a tutti. Non si può adunque negare che Aurelia Petrucci non fusse di quella vera nobiltà dotata, che in città libera e magnifica desiar puossi, come ben gli edifitii de i sepolcri, gli stendardi, i panni di velluti e broccati, et altre simili testimo- nianze di gloria de' suoi maggiori (di che son piene le chiese vostre) chiarissima fede ne posson fare. Non di meno non mi voglio hoggi di tanta grandezza punto servire ne le lodi di questa donna; faccisi conto che tai persone e tai fatti non sieno stati; fingiam che tanti edifitii, statue et altre magnifiche ricordanze de' suoi passati non sieno al mondo (guardate di gratia quanto oltre io vi concedo). Non di meno non punto per questo ella sia manco illustre, honorata e degna d'eterno nome. Per se stessa senza l'aiuto de i maggiori suoi è bastante ella, con la propria virtù e con la chiarezza de la vita ch'ha fatta al mondo, non solo a far sè per lodatissima ricordar sempre, ma ancora a far nobil tutta la stirpe che da lei vengha.

Seguono appresso a queste le richezze, tra i beni de la fortuna, le quali come vilissime tra se stesse volentieri nel silentio rivolgerei, se elle state cagion non fussero che a la virtù

che in Aurelia occulta forse sarebbe stata, con il mezzo di tal istrumento palese si è fatta poi. Fu Aurelia, com'ognun sa, di molte honorate ricchezze et sustanze di pregio accomodatissima et abbondantissima, le quali non quai fussero no, ma com'ella saggiamente se ne servisse considerar devesi. Ella tra cotai ricchezze nodrita e cresciuta, in tal guisa ne disponeva che non avara fuor di quel che conviensi restringendo et accumulando, né prodiga senza alcuna consideratione dispergendo, ma nel mezzo posta di questi estremi, in un medesimo tempo a la succession de' suoi figli et a la grandezza del suo animo rispetto havendo, insieme prudentissima conservava, e liberalissima e piena di carità, magnificamente e quanto a gentildonna appartiensi, spendeva e donava ognora. Dico donava, perché è cosa manifestissima (com'io dirò poco da poi) che, tra infinite sue belle parti, religiosissima sempre ardeva di carità verso le persone povere e calamitose, a i bisogni delle quali con tutto 'l suo sforzo soccorriva continuamente, e non solo verso di quei meschini che in palese scoprivono la lor miseria faceva questo, ma molto più ancora a quelle persone s'ingegnava di sovvenire, le quali afflitte discoprire per vergogna non osan la lor miseria; de' quai meschini hor tanto più che prima mi vien pietade, quanto ch'io veggo che per la morte di questa donna è mancato un grande alleggierimento de' loro affanni. O! quanti ci sono, et io ne conosco alcuni, che oltre la causa comune a tutti noi che li muove hoggi a piangere, l'interesse lor proprio parimente trahe lor per gli occhi le lagrime infin dal cuore. Né dubito io punto che questa divina donna, veggiendo venir la morte, quantunque magnanima non l'apprezzasse, non di meno per questo almanco non le dolessse che molti calamitosi vedeva venir manco del lor sussidio. Ma dove mi lascio trasportar sì tosto fuor de i beni che restano de la fortuna? Che direm dunque noi dell'amicitia e benivolenza di questa donna? Io ti dirò il vero, Città magnifica, io non mi ricordo, né credo che ancor voi vi ricordiate che fusse mai huomo o donna di questa città più universalmente da ogni sorte di persone amata. Ma che dico io amata? Anzi con una certa reverente affettione osservata, che gli sia stata ne' tempi nostri, non sol ne la città sua, ma in tutta Italia questa honoratissima gentildonna. Sogliono le

persone virtuose e da bene essser dai loro simili amate, e da gli scellerati, come invidiosi delle lor virtù, in odio haute. Ma ella, vincendo ogni invidia et ogni odio, era con universal benevolentia osservata, e temuta. Amavanla i buoni, ammiravanla i rei, reverivala il volgo, e fin le strade e i palazzi parea che de la sua presenza si rallegrassero. Ma che vo io prolongando in questo le mie parole? Chi vuol conoscere com'ella fusse amata vivendo, specchiandosi nel suo contrario, guardi in questo infelicissimo giorno il duolo, il pianto, i lamenti e 'l travaglio che mostran communemente gli huomini, le donne, i gioveni e vecchi, i nobili e 'l volgo, et ogni parte finalmente de la città vostra, come a questo se ne vede segno, che mai non mi ricordo d'haver veduto con sì fatto concorso di gente celebrar l'esequie di qual si voglia. E perché quantunque ella fusse da tutti amata, non di meno perché la perfetta amicitia tra poche persone si suol racchiudere, haveva ella tra una certa quantità di singolarissime gentildonne che possiede la città nostra, elettone un certo poco numero così perfetto, così eccellente e degno dell'amicitia sua, ch'io non saprei che cosa più rara m'immaginare, con le quali era con tal nodo et in amicitia perfettissima legata insieme, che parea ch'una sol anima le reggesse. O! che dolore, o ! che urla, o ! che strida, pianti e lamenti fanno, et han ragion di fare, queste strettissime amiche sue (quali non mi contento al presente di nominare) per la morte d'una così cara, amata, virtuosa e dolcissima lor compagna! O! quanto mi vien pietà di voi, honoratis- sime amiche sue, poi che la maggior parte perduto havete di voi [32 *r*] medesime. Hor con chi conferirete voi i prudentissimi concetti vostri? Con chi piglierete recreation de i fastidii che alcuna volta a chi vive ne porta il mondo? Con chi vi consiglierete de i pensieri vostri? Dove troverete un'altra compagna tale? O infortunatissime voi, ben cagion havete di pianger sempre! Fu dunque amata, Popul senese, questa singularissima donna da tutti quei che, o presenti o per fama, notitia n'hebbero.

Resta che de la fama sua brevissimamente io vi ragioni, la qual benché propriamente da la virtù dell'huomo depender debba, non di meno sotto la forza de la fortuna è riposta ancora. Io in una parola ardirò di dire ch'io non son già informato di fuor d'Italia, ma questo affermar ben posso che in Italia non è

parte alcuna che punto vaglia, dove non sia penetrata la fama di questa donna. E la fama di che ? Di donna oltra modo bella, piena di maestà, costumatissima, donna di gran consiglio, prudente, accorta, eloquente, honestissima e religiosa sopra tutto. Questo era noto di lei ne la città vostra, questo per la Toscana sapeva ognuno, questo portava la fama celebre continuamente per tutta Italia, di che io stesso ne viddi chiarissimo argumento, chè in questo maggio passato, essendosi sparsa la fama della gravissima e pericolosissima infirmità sua, conobbi et in Padova, ed in Venetia, et in Bologna, et in Fiorenza, con quanta sollicitudine, curiosità e sospensione d'animo dolendosi ognuno di tale infirmità, le orecchie tenesse tese a udire di giorno in giorno quanto ne succedesse. Onde chi dubita che, a questa volta di morte pur vero il colpo, non sia tosto conosciuto il danno e pianto per quelle parti? Potiam dunque concludere che non sia mancato in questa honestissima donna il favor di fortuna intorno a quei beni che da lei vengono. E se stimar parimente vogliamo secondo che molti pensano, che questa medesima patrona s'intermetta in qualche parte ne i legami del matrimonio e possession de i figli, potiam medesimamente affermare che in questo favorevolissima le sia stata, avendo Aurelia così il primo come il secondo marito delle prime famiglie di questa terra, e ricchi e conformi alla virtù sua; di ciascun de i quali ha ella acquistati figli, due femine del primo, et due il maschio et la femina dell'altro poi: de i quali se ben ella non ha tanto vissuto al mondo che gli habbia ne i loro anni maturi possuti veder felici, non di meno tant'oltra vissuta è pure, che le prime e più importanti educationi n'ha date loro; talché apertamente d'una parte già conoscer potea quanto honorate heredi, e a lei nel volto e nell'animo similissime, lasciava al mondo, e dell'altra parte poi, ciò è del maschio, già a mille segni conietturar potea che ogni giorno eran per venir con gli anni insiememente più degni sempre di tanta madre.

Habbiam detto de la fortuna, veggiam hora se la natura punto manco gli è stata amica. Tra i ben di natura la bellezza in prima mi si fa inanzi; intorno a che quai parole troverò mai, che possino esprimere il mio concetto? Questo è pur vero, ch'egli si può tenere per certo che tutte le cause così universali come

spetiali, che possono concorrere alla perfettione compiutissima d'un mortal corpo, radunò la natura in ogni parte per far suo sforzo nella bellezza di questa rarissima gentildonna: la qual bellezza, accioché più maravigliosa apparisse al mondo, accompagnò quella maestra dottissima di tutta quella sana e valida donnesca dispositione, di tutta quella gratia, leggiadria, vaghezza, venustà, di tutti quegli atti, gesti, movimenti et altri così fatti doni, che soglion con la lor presentia render molto maggior il bello. O! che divinità, Dio grandissimo, si gustava in veder così fatta donna! O! che andar celeste, che disposition di persona, che mani, che occhi, che volto! Volto certamente divino, angelico e più che mortale. Era la beltà di quel viso, Popol sanese, non languida e morta, ma piena di spirito, non molle o caduca, ma d'un non so che d'aer virile e magnanimo circondata, non vile o plebea, ma signorile e reale; perciò che dal volto suo, e dagli occhi principalmente (de' quali non mi ricordo d'haver i più belli giammai veduti) uscir vedeasi continuamente un non so che non d'altiero, ma di grande; non di superbo o fastoso, ma di cortese e magnanimo; e finalmente una certa maestà tale che era forza che in un medesimo tempo l'amasse, temesse e riverisse chiunche presente la riguardasse.

Ma non però punto manco che si fusse cotal bellezza, era l'eloquentia di questa donna; la qual eloquentia sì ben con l'arte e con l'ingegno dell'huomo si fa maggiore, non di meno il primo importante suo fondamento da la natura si piglia in dono. Fu Aurelia Petrucci naturalmente eloquentissima, com'ognun sa, essendo cosa molto palese che ella con tanta veementia, dolcezza, espressione e disposition delle sue parole parlar soleva, che era a odirla gran maraviglia: nè io mi ricordo d'haver conosciuto chi seco parlando le resistesse; e quel ch'importa più, non sempre e senza distintione in ogni sorte d'occasione spendeva ugualmente le sue parole; ma a i tempi, a i luoghi, a le persone et alle cause, e simili altre circunstantie tenendo l'occhio, a quelle, parlando, s'accomodava. Ne le cure domestiche familiarmente, negli honesti sollazzi e ricreation d'animo dolce- mente e argutamente, ne le occasioni importanti gravemente, e in somma secondo il suggetto accomodatamente parlava sempre. Né crediate già che, di così

perfetto istrumento quanto era la sua favella, si servisse ella indarno il più delle volte, anzi hora in composition di nuovi parentadi intermettendosi, hor tra gli sdegni et dissensioni, o di parenti, o dell'amiche sue, o d'altri, dove commoda occasion le venisse per restrin- gerli in benivolentia interponendosi; et hor non le bastando aiutare con le sustantie le persone afflitte da povertà, quelle ancor ponendosi a consolare et a persuaderle a sopportar patientemente per amor di Dio le fortune loro, faceva prova de le potentissime sue parole, le quali allor pigliavano maggior valore quando di cose che più importassero, con persone di maggior pregio la ragionasse. Quante volte, com'ognun sa, essendo occorso passar per Siena principi, marchesi, duchi, duchesse e gran signori nelle occasion che venivano, secondo il decoro che s'apparteneva, parlò seco lungamente questa donna, con stupore e maraviglia di chi si voglia.

Et acciò ch'una tanta eloquentia fusse compiuta in tutto, accompagnolla la maestra natura con ingegno solertissimo e gran giuditio, le quali parti, se ben son dell'animo, nondimeno per il bisogno che l' hanno nel loro offitio d'istrumento corporeo ben accomodato al discorrere che si ha da fare, alla natura quanto a questo si sottopongono, rimanendo sol proprio all'animo il volere che da lui depende Hebber dunque la natura amica l'ingegno e 'l giuditio di questa donna, come s'io volessi discorrere tutta la vita sua agevolmente vi mostrerei: ma chi è di voi che, al manco in qualche parte, non sia informato di quanti offitii pieni d'affetto e di gravità facess' ella continuamente, con amici, parenti et altre persone che honesta occasion le ponesse innanzi? Discorrendo loro giuditiosissimamente di molte cose che n'importassero, et ingegnosissimamente prevedendo da lungi molte cose, che accadute sarieno da poi, ella col suo giuditio riparava che non accadessero. Lasciarò di dirvi quanto accortamente alla qualità dell'occorrentie accommodava ogni parola, ogni gesto et ogni attion sua ; con quanto giuditio et amore si conservasse sempre la benivolenza di suo marito; con quanta sapientia et avvedutezza ponesse innanzi a i suoi figli esempio chiarissimo del viver loro; con quanta acutezza d'ingegno conoscesse sempre la mente di chi parlava seco prima che egli stesso la

discoprisse; et finalmente con quanto consiglio, accortezza e giuditio rendesse quelli anni che visse limpidissimi specchi di degna vita. Questo solamente dir voglio ancora che, considerando io il discorso e la prudentia di questa donna, non so giudicare se quella institution, che le donne ne i negotii publici non s'intermettino, era, vivendo Aurelia, cagion di maggior utile o danno a la città vostra; essendo questa Pepublica, per causa di questa legge, priva nei maneggi che più importassero de la bontà e giuditio di tanta donna. Però che si può in una parola affermare che se parte alcuna ha di non buono la donna, tal parte non fu già in lei, e tutte quelle parti importanti che stan bene a l'huomo, furono in essa sì compiutamente che, mancando lei dell'imperfettion de la donna et abbondando de la perfettion dell'huomo, singularissima, qual noi la vedemmo, si rese al mondo.

Hai hora in parte veduto, Città magnifica, quanto Aurelia habbia hauto la fortuna e la natura unitissime in suo favore, salvo però quanto appartiensi alla lunga vita, il qual danno, di quel tempo ciò è che naturalmente vissuta sarebbe, per esser dal grande Dio a molti doppi in miglior patria ricompensato, non danno a lei, ma utile inestimabile si dee stimare. Veggiamo hora s'ella stessa alla felicità di se medesima, mentre che visse, mancasse punto; perciò che da quelle parti, e da quei beni che sono nell'arbitrio di noi medesimi, deriva propriamente la gloria di noi mortali. La nobiltà, le ricchezze, i figli, gli amici, la fama, la bellezza, la sanità, l'eloquentia, il giuditio, l'ingegno et altri così fatti beni, son certamente di grande ornamento e di gran commodo alla vita nostra. Ma stando essi sotto il volere e governo d'altri che di noi stessi, et misurandosi dal voler nostro l'honor dell'huomo, che honore o biasimo ne apportin, non si può dire : quantun- que queste tai cose, se col favor di natura e di fortuna si congiungon con la virtù nostra, più illustre e più splendida la rendon poi. Da noi, da noi, Città antiquissima, derivar può la gloria de gli animi nostri, la qual nè da altri ci si può torre, nè d'altronde ci può venire, mentre che per comandamento et ordini della voluntà nostra, stando in guardia della rocca dell'anima la ragion di sopra, e l'insidie e gli assalti de i nimicissimi nostri affetti spingendo indietro, fa che temperati, magnifici, forti, liberali, magnanimi, giusti e

finalmente prudenti, meniamo gli anni di tempo in tempo, le qual tutte virtù quantunque in un certo modo sien tutte congiunte insieme, non di meno più o manco per quelle si merta lode, secondo che magior o minor parte d'esse apertamente operando, palese si rende altrui. Ma se ugualmente con manifestissime operationi in alcun bell'animo, benché di rado, si congiungono alcuna volta, come in Aurelia Petrucci è accaduto ne i tempi nostri, allor questo tale (et conseguentemente essa Aurelia) non homo o donna no, ma heroe o semideo, secondo che vogliono i peripatetici, vivendo si dè stimare. O Dio grandissimo! Qual virtù intentissima era quella di questa donna? Quanti testimoni, argumenti e chiarissimi segni potriansi addurre de la fortezza e della constanza di quel bell'animo ? Ne i piaceri, e delitie, e prosperi accidenti della fortuna, non molto effemminata, ma con mente sì ben composta in guisa gli dava luogo, come che potessero agevolmente fuggirsi tosto; ne i travagli e aversità, che a chi si voglia che viva alcuna volta ne porta il mondo, non vile, abbietta o pusillanima, ma con animo forte e generoso gli andava incontro; né questo tanto le aveniva ne i casi avversi di se medesima, che per la morte di persone importantissime a lei strettamente congiunte in sangue molte volte n'accadder, come ognun sa, ma ancor per le male fortune de' suoi o parenti o amici, sì come amorevolissima si conturbava nel primo aspetto, così fortissima non sol con patientia le sopportava, ma era buon mezzo ancora che coloro, a chi propriamente toccavano, constantissimi e patientissimi le sofferissero. O Dio! con qual generosità d'animo poneva freno al dolore, che con ogni sforzo cercava di serrarle il cuore ogni volta che alcune fortune avverse occoressero o all'esser o a la fama de la città sua, che non poche così esterne come civili n'accaddero al tempo suo : però che non si potria mai dire con quanta carità e affettione riguardassi col desiderio l'honore, l'utile e la grandezza de la sua patria: onde non posso far che in mezzo di tanto dolore ch'io sento hoggi de la sua morte, non habbia questo contento che ella, innanzi alla morte sua, habbia chiaramente veduto così bella, così miracolosa et così nuova, e ben fondata felicità de la città sua, per la conservation del qual

felice stato non è dubbio che ella, essendo hora fatta un angel del cielo, sarà procuratrice vostra appresso di Dio grandissimo.

Fu oltra questo Aurelia temperatissima e moderatissima in ogni attion sua, come i digiuni, l'astinentie e la modestia d'ogni suo atto ne pon far segno: ne i sollazzi e recreationi dell'animo (che a chi vuol vivere son necessarii) non si versava ella, come molte fanno, ma la via del mezzo tenendo sempre, tant'oltra ne i piaceri e ne i diletti passava appunto quanto a gran gentildonna propriamente s'apparteneva. Gli sdegni, l'ire et l'offensioni non più oltre la conturbavano, né più delle sue accortissime parole trahevano fuore, che a ben temperato e modesto animo si convenisse: e per dire in breve, in qualsivoglia gesto, movimento, parola et attione non traboccando da alcuna parte, ma ne la mediocrità stando, moderatissima si mostrò sempre.

Che direm de la magnificentia e liberalità sua ? Chi è così nuovo ne la città nostra, che non possa far fede di quanto ella magnificamente secondo il grado d'ogni gran gentildonna vestisse, vivesse, andasse fuora, si stesse in casa, cavalcasse, dimorasse in villa, facesse (occorrendo) banchetti, et operasse in somma tutto quel che di fare le s'appartenesse, liberalissima, cortesissima et benignissima dimostrandosi? Come ben fra gli altri lo sanno le parenti, l'amiche e le compagne sue. Non vo' dir nulla (che non me ne basta l'animo) dell'ardentissima carità che regnava in lei verso de le persone afflitte da povertà, e massimamente perché già di sopra n'ho detto, et è cosa notissima a tutto il mondo.

Ma dove lasciavo io la magnanimità di tanta donna propriissima et peculiarissima sua virtù? O animo augusto, inclito, illustre, cesareo et invitto! Questo è pur vero, che nessun può veramente affermare che cosa alcuna quanto si voglia grande e preclara vedesse o odisse Aurelia mai che punto si accendesse di maraviglia, come quella che, con la grandezza dell'animo suo misurando il valore e lo spatio dell'altre cose, non trovava grandezza che l'arrivasse; perciò che un'idea et un esempio di bello e di grande haveva dinanzi la mente sua, che cosa non vedeva nè odiva che la somigliasse. Ma quel che m'empie di maraviglia è che non per questo ella punto fastosa o superba o arrogante ne diveniva, in guisa che dimostrasse di

disprezzare qualunque cosa le fusse davanti: ma per il contrario in questo stava la grandezza del suo animo, che tutta benigna, humana e gentile, tutte quelle cose che punto meritassero, apprezzava et honorava secondo il merito.

L'una cosa dall'altra mi sovviene, però che se ben la giustitia par in prima fronte che propriamente sia virtù che più all'homo che alla donna appartenga, non di meno ella non solo nelle attioni sue particolari faceva sempre conoscere e trasparere quanto amica del giusto fusse, ma de le publiche attioni ancora, se ben ella con danno della città vostra non intervenisse, non di meno a questo si conosceva la giustissima mente sua che con gran sua noia odiva quelle cose che ingiustamente si fussero fatte, e non senza infinito contento d'animo godeva di tutto quel che giustamente intendeva che si operasse. Hor tutte queste et altre virtù legava ella strettamente con il vincolo de la prudentia regina e capo d'ogni operation virtuosa, di maniera che cosa alcuna (quantunque minima) non faceva mai, che con la ragion superiore non si consigliasse, menando felicemente con sincera elettione, ottimo consiglio e schiettissimo giuditio l'operation sue virtuose di tempo in tempo, le quali tanto più chiare e limpide n'apparivano, quanto che dal pretiosissimo fonte del honestà erano adorne sempre ; essendo cosa palese al mondo, senza che io più ne dica, esser Aurelia stata specchio di pudicitia, tempio d'integrità, vaso d'honestà et esempio di casta vita.

E poiché tutto questo, che habbiam già detto, niente stimar si puote senza l'amor di Dio, e senza il timor christiano, di che tutta la vita nostra condire si debba, di qui che Aurelia, che benissimo il conoscea, s'era di tanta religion d'animo circondata e fortificata, che era meraviglia a considerarlo. Sannolo i poveri, sannolo i tempii, sannolo le persone religiose, sannolo l'orationi, i digiuni, le messe, gli offitii pii, e simili altre operationi piene d'amore, piene di spirito, et piene di quella carità ardentissima e sincerissima, con la quale al presente tra i serafini, tutta di fuoco, debba contemplare e godere la faccia del suo signore.

Hor s'ella era dunque, che era veramente Aurelia, tal qual io t'ho detto, Popol senese, nobile, ricca, amata, famosa, bella, eloquente, di grande ingegno e di divin giuditio, magnifica,

liberale, temperata, giusta, magnanima, prudente e castissima, e religiosissima sopratutto, havendola noi perduta in un punto non piangerem noi, non darem la briglia a le lagrime? Chi è quel di voi a chi a questa volta non tocchi del danno la parte sua? Pianghino i begli ingegni, affligghinsi gli ignoranti, lamentinsi i poveri, conturbinsi donne, huomini, gioveni e vecchi comunemente, e dia luogo insomma al pianto la città vostra. Percioche chi era principale oggetto a la virtù et a gli ingegni de' bei spiriti? Aurelia. Chi, e con le sustantie e col consiglio a le persone povere sovveniva? Aurelia. Chi mostrava co la sua virtù a' gioveni essempio di bella vita? Aurelia. Chi con la maestà e venustà de la sua presentia faceva lieto chiunche la riguardava? Aurelia. E chi finalmente era grandissima parte della felicità de la città vostra? Non altri veramente che Aurelia stessa.

O morte, morte, quanto in un sol giorno hai portato al mondo a questa volta maggior il danno, che non hai fatto in molti anni innanzi, né sei per fare! Quanto più giustamente potevi sfogare la tua ira con levar dal mondo un'infinità di coloro che, a guisa di fuci, non per altro prodotti sono che per accrescer numero, occupar luogo e far ombra in terra. Questi, questi potevi tu levare, morte invidiosa, et Aurelia che ancor al mondo non era di giusta vita, per ancor molt'anni lasciar a noi. Ma a che teco morte m'adiro indarno? Noi pur perduta l'habbiamo: ella ci ha pur lasciati, ella non è più fra noi. O! honoratissime compagne sue, dov'è hor la vostra Aurelia, dov'è hor la dolce amica vostra tanto da voi amata, e che tanto anco voi amava? Con chi conferirete i pensieri vostri, che con tanto amor vi ascolti e vi consigli con tanta fede? D'onde havrann hor recreatione e solazzo gli affanni vostri ? Come potran più vivere i vostri corpi, essendo partita da voi quell'anima ch'era parte de lo spirito che gli reggeva? Com'è possibil che i vostri animi non gisser seco, come ben di ciò si meraviglia una di voi, in un sonetto ch'ella ha fatto, spinta dal dolore de la morte di così cara amica, quando dice: *Maravigliomi ben, che se'l cor mio / Tenevi in petto, al tuo sì reo partire, / Si sia riscosso et teco non sia morto*. Certamente virtuosissima donna, hai ben causa di maravigliarti avendoti Aurelia sì cara tra l'altre sue compagne, come l'haveva.

Ma che dirò io del honoratissime sue sorelle, sorelle nel sangue, ma molto più nel valore, ne la bellezza, ne la virtù e nella vera religione, che quasi da salde radici in quattro rami ugualmente partita s'era? O! virtuosissima Giulia, prudentissima Agnese, singularissima Pandolfina, dov'è l'amorevolissima vostra quarta sorella, porto de i vostri affanni, ultimo termine de i pensier vostri, quiete e refugio de le vostre anime ? Come vi basta l'animo più di vivere? O! che duolo, o! che tormento, o! che travaglio so io che debb'essere al presente ne' vostri cuori, i quali son certo che per tal causa soffocariensi, se la prudentia e la sapientia vostra, che sempre maravigliosa si è conosciuta in voi, non riparasse. Ma debol non di meno serà il riparo per lungo tempo; troppo acerba percossa, troppo gran colpo, troppo alta ruina vi è a questa volta venuta a dosso. Dhe che pietà mi vien di voi; o! che compassione parimente sento del nobilissimo e meritissimo suo consorte, poiché in un punto da un felicissimo stato d'homo a un molto dolente si è trasferito. Qual parte più di beata vita in questo mondo si dè stimare che 'l possedere una consorte bellissima, castissima e prudentissima, com'egli fortunatissimo possedeva? La qual non solo affetuosissimamente l'amava, ma con gran giuditio, e bontà, e saviezza, guidava e reggeva la casa sua. Non parlo dell'educatione e reggimento, con qual ella dei dolcissimi figli teneva cura, che ciascun se 'l può pensare, tra quai figli il maschio e la femina, sì come in questo hanno avuto più nemica la fortuna, che per tenera età maggior bisogno haveano ancor dell'esempio di tanta madre, così parimente può giudicarsi che in questo manco acerba sia stata loro, che per la tenera età non conoscevan ben il danno e la perdita che essi han fatto. Ma le due femine, come vere heredi de la virtù de la madre loro, ben in parte doviam credere che sentin la gran percossa. O! Girolama, vera imago della corporea bellezza e della virtù dell'animo di vostra madre, perciocché nel volto vostro si conosce scolpita quella maestà e grandezza ch'era in lei, che strida, che duolo, che conturbamento debbe esser nel vostro petto? Queste son le nozze lietissime ch'ella sperava tosto veder di voi ? Quantunque ella habbia cambiatole a più divine nozze nel paradiso, non è per questo ch'ella che tanto v'amava,

non ne dovesse (essendo ella di carne) sentir malagevolezza passando di questa vita. Haimé che pur di nuovo mi vien ne la mente l'afflittione et il travaglio dell'illustrissima madre, la signora Vittoria Piccolomini, la qual pur in silentio passar volevo, non sapendo io da che parte trovar parole che faccin pur segno del mio concetto. O afflittissima signora Vittoria, com'è possibile che non mi si spezzi il cuore in considerare che animo debba esser hora il vostro, veggiendovi da morte tolta la figlia vostra! E che figlia, Dio grandissimo, figlia certamente da non pareggiarsi mai per fin che attorno si muove il sole. Sono in vero tutti i figli a le madre cari, ma quando oltra il vincolo filiale vi si aggiungon tale e sì fatte parti, quante di rado avvenir sogliono (e pure in Aurelia avvenute erano), che ardore d'affettione, che vincolo di benivolenza crediam noi che sia in chi di così perfettissima figlia si vede madre? Ah Dio, pur dovea bastare a la fortuna che voi, signora Vittoria, havesse ne' passati vostri anni vedute in volto tante infelicità, tante morti importantissime de' vostri cari, e lassarvi al meno fino all'estremo del viver vostro questo ultimo sollazzo, questa sola recreatione et questo singular ristoro de vostri danni? Il quale essendo hor mancato, che vita sarà la vostra! Haimé, che pur mi ricordo che questo maggio passato, havendo voi nuove in Roma della grave infirmità di questa amatissima vostra figlia, subito lasciato ogni importante negotio vostro, non molto sana, grave dagli anni, vi metteste a cavallo, et in brevissimo tempo presente qua fuste poi; dove dal piacer ch'ella hebbe della presentia vostra, prendendo vigore dalle mani de la morte si fuggì pure. Ma miseri a noi, pochi mesi durò poi tanto bene.

Hai pur, morte, hor fatto davvero: venne pur due dì sono quello infelicissimo giorno che per tutti attristarci venir potea: nel qual più che mai la costantia, la carità, la religione e la prudentia si conobbe di questa donna. Era 'l giorno (o acerbissima ricordanza) il qual dovea esser l'ultimo di tutti i suoi: adunato ne la sua camera, oltra la madre, il marito, i figli, le sorelle, e i cognati, molti ancor de i parenti e dell'amiche sue, quanti ne la camera capir poteano, con che animo pensatel voi, et ella sentendo appressar quel fine che noi tutti, o tardi o per tempo, doviam vedere, quantunque già fusse in lei grandemente mancato il senso, non di meno havendo

l'intelletto ancor parte del suo vigore, guardando hor questo hor quello de' suoi più cari, e conoscendo il duol potentissimo ch'havean nel cuore, che ben sapeva ella quanto n'havean cagione, mossa a pietà di loro, come quella che d'affetto amorevole ardeva sempre, con quelle parole che debolissime restate gli erano, con mille belle ragioni caritevolmente et christianamente s'ingegnava di confortargli, facendo dottamente e santamente palese altrui la viltà de la fortuna, e miseria di questo mondo respetto alla perpetua beatitudine del paradiso; et hora alla madre, hora al marito, hor a' suo' figli, hor all'una, hor all'altra de le sorelle, e molto sovente alla figlia sua dolcissima Girolama rivolgendosi, a ciaschedun secondo che conveniva dicea parole, che ne passavan per mezzo il cuore; et a le volte a gli altri parenti et amici, et alle suavissime sue compagne, benignissima volgendo gli occhi, con santissimi consigli e religiosissimi ammaestramenti facea lor vedere le caduche speranze di noi mortali. Nè io già, Città magnifica, le sue parole proprie racconterotti, che in sol pensarle dividendomisi il cuor di duolo, son certo che sprimerle il pianto non lascierebbemi, et se ben mi lasciasse, voi interrotti dalle lagrime non l'udireste, che già in quel giorno istesso se ne vide segno, ché, mentre ch'ella parlava, alcun non era di tanti che almeno alla sua presentia le lagrime non sostenesse. O! che magnanimità, o! che virilità e santità si conobbe il giorno in questa donna per fin all'ultimo momento del viver suo, o! qual reverenzia parimente, e che universal amore di quei che privi restar di lei più che per altro tempo inanzi fu conosciuto; perciò che io non mi ricordo mai che alcuna persona più universalmente et amorevolmente fusse in sua infirmità così honorata e visitata, quanto questa rarissima gentildonna, non sol ne gli ultimi giorni della sua vita, ma per tutto 'l tempo che stesse inferma. Coloro che qualche occasione potevon torre, essi stessi la visitavano. Molti altri poi, che temevan per la troppa confusione di non dar disturbo, ad ogni hora con diligentia cercavan d'haverne nuova: ciascun vivea sospeso di quel che seguir dovesse. Per i luoghi pii continuamente si faceva oratione a Dio grandissimo per la sua salute, le persone divote porgevon voti. Per tutta la città si tenevon l'orecchie intese a quel che di lei seguisse: altro non si udiva, se non *che fa hoggi*

Madonna Aurelia ? Come sta? Come si riposa? Che speranza ne danno i medici? Se buona nuova s'udiva, ricrearsi ciascun si vedeva in fronte; se poco ben se ne intendeva, vedevate altrui subito turbarsi il volto, per fin che pur udita l'infelicissima estrema nuova, sentissi qual si voglia cadersi il cuore.

Fingete, honoratissimi auditori, che se questa città havesse potuto in quel punto trarre spirito e far parole, che pensate voi ch'ella già detto havesse? Altro, credetemi, detto non harebbe ella, se non: *Dunque, misera me, non [ho] io ad esser più quella a pien fortunata Siena che io potevo tenermi da hoggi indietro ? Dunque ho da restar io pur priva di quel principalissimo ornamento che honorata mi rendeva fra le prime città d'Italia ? La libertà, l'antiquità, la giustitia, la bontà dell'aria, i begli ingegni, le ricchezze, il territorio, gli edifitii et altri così fatti beni, di che io ampiamente fra tutte l'altre poss'ir superba, son cose certo da stimar molto. Ma troppo (haimè) troppo gran splendore uscìa da così pretiosa gioia, quanto era questa mia singularissima gentildonna, a voler ch'io non giudichi d'esser in gran parte rimasta oscura. Quelle rare eccellenze, che in gran donne in varie città in diversi tempi sono state sparse divisamente, tutte erano in me (vivendo Aurelia) raccolte insieme. Hebbe la Grecia ne gli antichi secoli la bellezza di Helena, la costanza e la fede di Penelope, la eloquentia e dottrina di Saffo. Hebbe Roma la pudicitia di Lucretia, la prudenza di Cornelia. Hanno i nostri tempi in Italia la santità e la divinità de la marchese de la Pescara, et io più felice di tutte l'altre havevo Aurelia, che insiememente era bellissima, eloquentissima, castissima, prudentissima et religiosissima quanto esser mortal donna potesse mai. Di questa, di questa dovranno i miei cittadini tener perpetua ricordanza, per render più virtuosa la vita loro; di questa s'apparterrà loro con publico ordinamento edificar colossi e porre statue, non indorate no, ma di vero e profondo oro, ne primi tempi della città; di questa dovranno i più dotti e preclari ingegni con prose e rime fabricar saldissima ricordanza e testimonianza a' posteri che verranno*. Con tali, e così fatte voci, s'ella potesse, esclamerebbe la città vostra.

Ma se alcun domandasse dond'è che essendo stata la morte di questa donna cagion di così universal dolore e comun danno, non di meno Iddio grandissimo l'ha consentita. A questa tal

domanda (quantunche a così prosuntuose dubitationi, e simili a le sciocchis- sime et arrogantissime domande del destino, dar risposta non dovrebbesi) non dimeno arditamente risponderei: che molto maggior inconveniente si dee stimare che Iddio faccia alcuna cosa che non stia bene, che il dubitar noi che non le faccia: perciò che, questo mercè de la nostra ignoranza, può facilmente accadere, et quello impossibil cosa è che l'avenga mai. Troppo, troppo gran disagguaglianza, Popol sanese, è tra la gran- dezza del grande Iddio, e la bassissima meschinezza di noi mortali; con altro intelletto intende che noi non facciamo, con troppo più eccellente dispositione e voler, produce e governa tutte le cose che noi infimi non comprendiamo; di troppo ci avanza la sua potenza; egli è produttore dell'universo, noi minima parte di quello; egli creatore, noi creati; egli cagion universalissima, noi effettti vilissimi; egli in somma tale che noi, vilissimi vermi rispetto a lui, ad un suo minimo volger d'occhi, in polvere, in nebbia, in fumo, in vento, in ombra, in niente ridur potrebbe. Non senza ragion adunque un sì potente Monarca ha voluto così bell'anima tanto per tempo, privendone il mondo, tirarsi in cielo: per ciò che crederem noi che egli il qual non lascia muovere una foglia d'arbore senza che vi consenta, da una cosa poi così di pregio, quanto mai ne fusse fra noi mortali, havesse l'occhio de la sua providentia già mai levato? Non lo crediate, pietosissimi auditori, et siate certi che non solo il meglio di lei è stato che così sia, ma ancora, ben che noi no 'l conosciamo, il meglio parimente è stato di tutti noi.

Veggio che questo a credere vi pare strano, ma non siate in dubbio, che gli è così, e da questa certezza venga a poco a poco a germogliare, secondo che meglio il senso vincer potrete, la semenza del remedio del dolor vostro. Confermate le voglie vostre col voler di Dio ottimo e potentissimo, il qual molto meglio ci guida che non faria se a nostro modo ci governasse. Intiepidite la caldezza delle vostre lagrime con la contentezza che dovete havere de la beatitudine che quella donna, che voi piangete, si gode al presente nel paradiso. Non vogliate mostrar segno d'alcuna invidia con dolervi e rammaricarvi di quello che in tanta gloria ritorna a lei. O! Aurelia poco fa ornamento dell'età nostra, et hor anima elettissima e

preclarissima ne la corte del re del cielo, la qual, mentre che qui piangiamo, contempli con nuova dolcezza la faccia del tuo signore. Tu pur hai lasciato la bassezza di questo mondo per salire sopra l'altezza di tutti i cieli; hai lasciato la presenza degli huomini per goder quella lassù degli angeli; ti sei spogliata de la vita di così pochi anni per vestirti secura dal tempo il manto dell'eternità; hai cangiate le sustanze terrene colle ricchezze celesti; il freddo, il caldo, la pioggia et i venti, con quella securissima primavera, de' cui fiori beatissimi incoronata, tenendo fissi gli occhi nel fonte de la luce, ti nutrisci di quel bello che tu innocentissima fin di quaggiù vedesti, anima purgatissima, manifestissimi raggi di quella prima bellezza di cui participano tutte le cose belle, poi che con tanta carità, con tanta religione e santità trapassasti quegli anni che al tuo Iddio piacque che tu vivesse. Nessuna macchia regnava in te, tutta pura, tutta sincera, e finalmente tale che honoratissima fama e caldissimo desiderio hai lasciato al mondo de la virtù tua. Hai dunque, drittamente caminando per la strada di questa vita, meritamente trovato l'albergo quietissimo che ampiamente ne ristora la piacevol fatiga del tuo viaggio. Teco dunque in questo giorno, tra tanta pietà di noi, ci sforziamo di rallegrarci del tuo guadagno; e se ben la pietà di noi stesssi ci spinge a piangere la malagevolezza di noi medesimi, per esser noi di carne, e per haver hauta così gran percossa, non è però che de la tua beatitudine non sentiamo gioia ne' nostri cuori. Datti dunque pace, Città magnifica, et se poco fa t'invitavo a piangere, riconosco l'error mio, al quale il senso mi conducea. Confortati dunque, non è morta la tua Aurelia no, ma meglio vive che non fai tu. Del suo felice stato rallegriamoci, e de la perdita che di lei habbiamo fatto, noi dandoci pace meglio che noi possiamo, ingegnamoci, con l'andare per le vestigia de i piedi suoi, di viver sì che habbiamo un giorno a ritrovarla e goder seco.

Più direi se le forze non mi mancassero: questo solo replicar voglio, che se mai persona alcuna nel grado suo meritò ne la città vostra che dopo la sua vita restasse per ordin publico qualche salda memoria del valor suo, questa è quella che amplissimamente l'ha meritato. Onde se, come dovete, procurerete che questo sia, quanto più generosa e durabil [37

v] cosa farete, tanto più lungo tempo per amatori di tante belle e sì divine parti ricordati sarete, e quei che verranno, accesi di tal memoria, si faranno con la imitatione di tal donna cittadini preclarissimi ne la città vostra.

ORACIÓN FÚNEBRE POR LA MUERTE DE AURELIA PETRUCCI

Alessandro PICCOLOMINI

ORACIÓN FÚNEBRE POR LA MUERTE DE AURELIA PETRUCCI

A la muy magnífica y honrada Madonna Giulia Petrucci de' Borghesi, mi reverenciada dueña.

Os envío, Madonna Giulia, una oración fúnebre que, dictada por el dolor, hice a la muerte de vuestra hermana Madonna Aurelia, mujer muy excepcional en nuestros tiempos. Habría tenido la mayor gratitud de haber estado presente en aquellos días, ya que, si os hubiera agradado a vos otras, habría considerado una digna ofrenda a la servidumbre que mantengo con la virtud de vuestra casa, recitarla yo mismo en S. Austino la mañana del funeral público; donde tal vez habría hecho más evidentes mis pensamientos con la ayuda de la *pronuntia* de lo que es posible con la pluma. Me será muy grato que, por la reverencia que tuve y tendré siempre por el valor del alma feliz de vuestra hermana, no desdeñéis leer esta oración, y la recibáis como muestra de mi condolencia hacia vos: comprendiendo con vos a las singularísimas Madonna Agnese y Madonna Pandolfina, vuestras hermanas. Nada digo de la Ilustrísima Señora vuestra madre, estimando que está en Roma, de cuyo dolor sabe Dios que me apiado en el alma. Tened salud, y grandeza. Quiera Dios daros paz.

Bolonia a 28 de noviembre de 1542. Servidor de V.S.
Alessandro Piccolomini.

ORACIÓN FÚNEBRE EN LA MUERTE DE LA SEÑORA AURELIA PETRUCCI EN EL DÍA DE LAS ESEQUIAS, AL PUEBLO

Pueblo de Siena, considero no sin meditado consejo que, en aquellas primeras bien guiadas ciudades de Grecia y luego en la más poderosa Roma, se instituyó solemnemente y se confirmó por costumbre que aquellas personas, tanto hombres como mujeres que, bien por grandes hazañas, profunda prudencia o inmensa virtud sobresalían en sus ciudades, debían ser honrados en la muerte no sólo con estatuas, insignias, estandartes, pirámides y otros signos semejantes de gloria, sino que el día del funeral y con la mayor pompa fúnebre, debían ser celebrados y alabados con Oraciones públicas. Por esta razón, aquellos muy sabios senadores y juiciosos gobernadores de repúblicas saben muy bien en vano que, aparte de la virtud, no hay otra recompensa más proporcionada a ella que el honor que cada uno se procura.

De esta institución se siguió también que, como el hombre es ávido de gloria por naturaleza, los que quedan vivos después de la muerte de alguna persona ilustre en el mundo, por esos honores que ven que se conceden a unos pocos después de la muerte, se esfuerzan ardientemente por merecerlos, y la vida de esas personas honradas que ven es para ellos un ejemplo a imitar. En Atenas, Esparta, Roma y otras grandes ciudades, muchas personas ilustres fueron alabadas en Oraciones fúnebres públicas, y en nuestros tiempos muchas en Italia, y algunas especialmente en esta ciudad vuestra, Siena, que no puedo nombrar. Pero lo que sí puedo decir es que, si alguna vez, hasta donde alcanza la memoria de nuestros padres, tuvisteis una persona digna de este honor esa es Aurelia Petrucci, cuyo funeral celebráis solemnemente hoy, y cuya pompa fúnebre honráis en tan magnífico cortejo con vuestra presencia, es esa persona, pueblo de SIena, quien más dignamente lo merece.

Se trata de aquella que tan ampliamente honró vuestra ciudad mientras vivió; aquella cuyos vestigios os condujeron a una vida virtuosísima; aquella que siempre respiró en la majestad de su semblante virtud, consejo y la más verdadera religión; aquella que pareció mantener alegres vuestros muros mientras vivió, y

cuya muerte ahora parece casi bañada en lágrimas; aquella cuya presencia, ahora que por consejo divino ya no podéis disfrutar de ella, debéis al menos hacerlo a través del recuerdo eterno de vosotros mismos. Pero tal vez hubiera sido oportuno que un oficio tan importante como el de hablar hoy públicamente de tan gran señora hubiera sido confiado a un orador más experimentado que yo: así que confiándome la declamación, a quienes así lo han dispuesto y querido, sólo diré que me ha producido placer (si es que algo en este día tan afligido e infeliz puede producir placer), pensando que podría tener la oportunidad, a través de mi dicurso de desahogar en parte mi pena, compartiendo lo que siento con palabras. Ni dudo en este punto, habiendo sabido siempre, y en este día sabiendo más que nunca, por la maravillosa reunión de estas exequias, que sois amantes de las virtudes humanas, no dudo que lo que tengo que decir, no sólo tienen en parte que alimentar y nutrir vuestra piedad, sino que deben seros muy útiles y muy importantes. Elegiré brevemente, lo mejor que pueda, aquellos elogios de esta mujer que, del infinito número que pueden decirse plena y merecidamente, antepondré a los demás. Añiré en segundo lugar, cuán verdaderamente perjudicial es para nosotros, y cuán consecuentemente debe ser en nuestros corazones nuestro sufrimiento, dolor, lástima de nosotros mismos, y finalmente el recuerdo de ella; discurriendo finalmente, en unas breves palabras, de dónde puede venir algún consuelo de tal sufrimiento por nuestra parte, y en qué gloria, en qué beatidud debe estar, mientras nosotros, privados de ella, estamos llorando aquí. Me alegro mucho de que por este poco tiempo podamos suspender nuestros lamentos y nuestras lágrimas, pues ya sé que no hay peligro por ninguna otra causa que no me traigan vuestras benignísimas atenciones.

Es cosa muy cierta, ni jamás me atreveré a negarla, Pueblo de Siena, que como toda alabanza de nosotros los mortales se deriva de aquella sola disposición que depende virtuosamente de nuestra voluntad, debemos siempre tener poco cuidado de aquellas otras cosas que, por buena fortuna o naturalmente, también nos vienen dadas; Sin embargo, si la naturaleza y la fortuna son indignamente favorables en un alma mal compuesta, y dan ocasión para que actúe peor, siempre la hacen más fea y vituperable; así, por el contrario, un alma bien compuesta, ceñida

de virtud, con la ayuda y los instrumentos de estas dos, aprovechando la ocasión para hacer brillar su virtud, es siempre más clara y hermosa para el mundo. De aquí que, viendo, con gran asombro mío, que Aurelia Petrucci vivía una vida tal que, además de la beatitud de su alma invicta, no le faltaba el favor de cualquier causa que pueda contribuir a la vida honorable de un mortal, pensé que antes de llegar a esa excelencia que le es propia y que se ha ganado por sí misma, no estaría de más decir unas palabras sobre aquellas pertenencias que, sin la ayuda de otros, nunca habría podido procurarse. Lo cual haré con esa brevedad que uno busca al hablar de cosas que en sí mismas merecen poco, o no merecen por sí mismas dividirse: pero con la virtud combinada de esta mujer, han hecho que su vida parezca más honorable y más ilustre. Y, en efecto, es de estimar que, no sin especial favor y especial providencia por parte de quienes gobiernan todas las cosas, haya sucedido en esta divina mujer lo que muy raras veces sucede en el mundo, a saber, que la fortuna, la naturaleza y el intelecto, las tres únicas causas próximas de lo que hacen los humanos, donde casi siempre están separadas, se hayan visto unidas en el tiempo presente. Por lo tanto, entre las cosas queridas que contribuyen a la felicidad de nosotros los mortales, hay una parte muy pequeña que el vulgo estima más importante, y los sabios menos, que se pone en manos de la fortuna, ya que la nobleza, las riquezas, los amigos y la fama dependen principalmente de la fortuna; Aunque estoy seguro de que es evidente para todos vosotros lo mucho que Aurelia Petrucci ha adornado su virtud poseyendo abundancia de estas cosas, me gustaría, sin embargo, hablar de ellas aquí y ahora. Tampoco deseo hablar de ello en este día (aunque la claridad y antigüedad de su patria es de gran importancia para la nobleza de la humanidad).

Por tanto, si pudiera probaros, con las más vivas razones, que vuestra ciudad, si no por sus murallas, al menos por su antigua libertad, belleza, dulzura del aire, disposición del sitio, ornamentos tanto interiores como exteriores, por la amplitud del territorio, fertilidad del país, amenidad de las villas y, lo que es más importante, abundancia de bellas mentes, no es inferior a ninguna ciudad de Italia, proporcionalmente; no menos por ser este ornamento igual de todos nosotros, el uno no debe ser mayor

que el otro: Dejando esto, pues, a aquella nobleza que a Aurelia más se acerca me volveré. Pero ¿de qué lado expresaré la claridad de su sangre, que, por las corrientes materna y paterna, procede de las fuentes más claras y vivas? ¿No encontramos, si queremos retroceder en el tiempo con la memoria de nuestros antiguos, que muchos y muchas de sus antepasados, no sólo excelentes en letras y armas, sino también ricamente revestidos y ampliamente adornados con los más honrosos grados de dignidad y los primeros honores públicos de nuestra ciudad? De lo cual dan testimonio muchos recuerdos que vemos y muchos que leemos en vuestras crónicas. Pero volvamos más a la memoria de nuestros padres, y en cuanto a la línea paterna de esta mujer, ¿no tuvo por tío paterno a uno que no sólo adornaba su persona con las insignias de cardenal, sino cuya mente era rica en prudencia y grandes consejos? Tan abiertamente que, si en sus primeros años no se hubiera producido en Roma su muerte, cabría esperar de él grandes ornamentos para nuestra ciudad. ¿Acaso no tuvo también por antepasado a un hombre de tantas y tantas edades, muy raro en cualquier ciudad de Italia? ¡Oh! de qué sabiduría, de qué consejo y de qué juicio le juzgaron los que le conocieron, de cuya magnificencia quedan muchos ornamentos, y palacios, y templos fuera y dentro de nuestra ciudad. Para ser breve, dejaré otros cardenales, obispos, abades, caballeros y grandes señores de la familia paterna de esta mujer, y al pasar a su sangre materna, ¿me remontaré acaso cientos y miles de años, recogiendo de la familia Piccolomini las personas más acreditadas y serias de esta República, y sus dignidades, gestos y grandezas? Ciertamente esto no lo haré, pues no encontraría fin a mis palabras. Pero, viniendo a nuestra memoria más cercana, ¿quién no conoce a los papas, cardenales, obispos, arzobispos, duques, marqueses, señores, condes, caballeros y grandes caballeros, que han sido y son hoy de esta familia, y a través de la ilustre Signora Vittoria, su madre, parientes muy cercanos de esta mujer? ¿No es la misma Signora Vittoria sobrina del segundo y tercer Pío? Y del tercer sobrino siguiente, ¿no es ella la germana de duques? ¿Hija y hermana de grandes señores? Y lo más importante, hermana también del santo cardinal Meser Giovanni Piccolomini, hombre de tal doctrina, bondad, sinceridad, sapiencia y consejo, que era del dominio público que el cetro de la Iglesia le estaba destinado?

Pero, ¿qué quiero decir al relatar esas personas ilustres que ya han dejado esta vida, de las que hoy se ven tantos recuerdos a cada paso? Aurelia tiene entre sus parientes que viven ahora, además de los más ilustres el duque de Amalfi y el señor Anton Maria Piccolomini, dos todavía muy ilustres amigos suyos, uno el religioso y reverendísimo arzobispo de Siena, cuyo presente honra los funerales de su hermana en este lugar, y el otro el virtuoso y muy reverendo Meser Lelio Tolomei, abad de gran mérito y de muchos lugares, cuya bondad y doctrina es evidente a todos. No se puede, pues, negar que Aurelia Petrucci no estuviera dotada de esa verdadera nobleza que se puede desear en una ciudad libre y magnífica, como prueban muy claramente los edificios de las tumbas, los estandartes, los paños de terciopelo y brocados y otros testimonios similares de la gloria de sus mayores (de los que están llenas vuestras iglesias). Sin embargo, no quiero hoy hacer uso de tanta grandeza en el elogio de esta mujer; pretendamos que tales personas y tales hechos no fueron así; pretendamos que tantos edificios, estatuas y otros magníficos recuerdos de su pasado no están en el mundo (mirad con gratitud cuánto más os concedo). No es el menor de ellos que ella no sea ilustre, honrada y digna de nombre eterno. Por sí misma, sin la ayuda de sus mayores, se basta, por su propia virtud y por la claridad de la vida que ha llevado en el mundo, no sólo para hacerse eternamente digna de alabanza, sino también para hacer noble a toda la raza que de ella procede. Siguen a éstas las riquezas, entre los bienes de fortuna, que con gusto pasaría bajo silencio, si no fueran causa de la virtud que pudo estar oculta en Aurelia pero que, por medio de tal instrumento, se hizo manifiesta. Aurelia era, como todo el mundo sabe, de muchas y honrosas riquezas y sustancias de la más alta y abundante calidad, que debemos considerar, no cuáles eran, sino cómo las usaba sabiamente. Entre todas estas riquezas, nutrida y crecida, dispuso de ellas de tal manera que no fue avara reteniéndolas y acumulándolas, ni pródiga sin ninguna consideración, dispersándolas, sino que en medio de estos extremos, al mismo tiempo, con respeto a la sucesión de sus hijos y a la grandeza de su alma, fue prudentísima, liberalísima y llena de caridad, gastando y donando cuanto podía una mujer gentil, y donando siempre magníficamente. Digo generosa, porque es muy evidente

(como diré poco después) que, entre su infinito número de buenas acciones, fue siempre la más religiosa en su caridad hacia los pobres y calamitosos, cuyas necesidades aliviaba continuamente con todo su esfuerzo, y no sólo hacia aquellos miserables cuya miseria hacía a la *vista de* todos, sino aún más hacia aquellas personas a quienes se esforzaba por ayudar que, afligidas, no se atreven a revelar su miseria por vergüenza; Los compadezco tanto más que antes, cuanto veo que a causa de la muerte de esta mujer les ha venido a faltar un gran alivio a sus angustias. Oh, cuántos hay, y conozco a algunos, que además de la causa común a todos nosotros que hoy les mueve a llorar, su propio interés les arranca también sin cesar lágrimas de los ojos que provienen de sus corazones.

Ni dudo en absoluto que esta divina mujer, viendo llegar su muerte, aunque magnánima, no lamentara el hecho de que muchos calamitosos se verían carentes de su ayuda. Pero ¿a dónde me dejo transportar tan pronto de los bienes que quedan de fortuna? ¿Qué diremos, pues, de la amistad y benevolencia de esta mujer? Te diré la verdad, Ciudad Magnífica, que no recuerdo, ni creo que tú recuerdes quién fue jamás en esta ciudad hombre o mujer más universalmente amada por toda clase de gentes. Pero, ¿qué digo amada? En efecto, con cierto reverente afecto observo, que en nuestros tiempos, no sólo en su ciudad, sino en toda Italia, se encuentra honradísima esta gentil dama. Las personas virtuosas y buenas suelen ser amadas por sus semejantes, y por los malvados, al ser envidiosos de sus virtudes. Pero ella, superando toda envidia y odio, era observada y tenida con benevolencia universal. Los buenos la amaban, los culpables la admiraban, el pueblo la reverenciaba, y hasta las calles y los palacios parecían regocijarse en su presencia.

Pero ¿para qué alargo mis palabras en esto? Quien quiera saber cómo fue amada mientras vivió, mirándose en el espejo contrario, mire en este día tan infeliz la pena, el llanto, las lamentaciones y la angustia que muestran tanto los hombres, las mujeres, los jóvenes y los viejos, los nobles y el pueblo, y cada parte de vuestra ciudad, y finalmente cada parte de ella, como es evidente por esto, pues nunca recuerdo haber visto una multitud tan grande de gente celebrando el funeral de nadie. Y porque, aunque era amada por todos, y no menos porque la amistad perfecta suele

limitarse a unas pocas personas tenía, entre cierto número de las más singulares damas de nuestra ciudad, un cierto pequeño número tan perfecto, tan excelente y digno de su amistad, que no podía imaginar nada más raro, con quien se encontraba tan íntima y perfectamente unida en amistad, que parecía como si una sola alma las mantuviera a todas juntas. ¡Oh, qué dolor, qué gritos, qué llantos, lágrimas y lamentaciones están expresando y tienen razón de hacer estos íntimos amigos suyos (a quienes no me complazco en nombrar ahora) por la muerte de tan querida, amada, virtuosa y dulce compañera suya! Oh, cómo os compadezco, sus honorables amigos, ya que habéis perdido la mayor parte de vosotros mismos. ¿Con quién conferiréis ahora vuestros más prudentes conceptos? ¿Con quién os recrearéis de los disgustos que el mundo proporciona a veces a los que viven? ¿Con quién tomaréis consejo de vuestros pensamientos? ¿Dónde encontraréis tal amiga? Oh vosotros, los heridos, ¡buena razón tenéis para llorar siempre! Esta singular mujer fue amada, Pueblo de Siena por todos los que, presentes o por fama, oyeron hablar de ella.

Sólo me resta daros un breve relato de su fama que, aunque depende de la virtud de la persona, sigue estando bajo el poder de la fortuna. En una palabra, me atreveré a decir que no estoy informado fuera de Italia, pero bien puedo afirmar que no hay parte de Italia que se precie donde no haya llegado la fama de esta mujer. ¿Y la fama de qué? De una mujer que era, ante todo, hermosa, llena de majestad, con buenos modales, mujer de gran consejo, prudente, sagaz, elocuente, honradísima y religiosa por encima de todo. Esto se sabía de ella en vuestra ciudad, esto lo sabía todo el mundo en Toscana, ésta era la fama que se celebraba continuamente en toda Italia, de la que Esto se sabía de ella en vuestra ciudad, esto lo sabían todos en Toscana, ésta era la fama que continuamente se celebraba en toda Italia, de lo cual yo mismo vi la prueba más clara, porque en el pasado mes de mayo, al extenderse la noticia de su gravísima y peligrosísima dolencia, supe que en Padua, Venecia, Bolonia y Florencia, con qué solicitud, curiosidad y suspensión de ánimo los ciudadanos padecían por su dolencia, y sus oídos se afanaban por oír de día en día lo que sucedía. Por tanto, ¿quién duda de que, a esta hora de la muerte, aunque el golpe es duro, no se conoció pronto el

daño y se lloró por aquellas partes? Podemos, pues, concluir que a esta honorabilísima mujer no le faltó el favor de la fortuna en aquellas virtudes que de ella procedían. Y si igualmente pensamos, como muchos piensan, que ella misma se vio impedida de algún modo por los lazos del matrimonio y la generación de hijos, podemos igualmente afirmar que en esto fue muy favorecida, ya que tanto su primer como su segundo marido pertenecían a las primeras familias de esta tierra, ricas y acordes con su virtud; de cada uno de los cuales ha tenido hijos, dos niñas del primero, y dos niños y niñas del segundo. Si no ha vivido tanto en el mundo como para poder verlos felices en su madurez, ha vivido lo suficiente como para darles su primera y más importante educación; De modo que abiertamente por una parte ya podía saber cuán honrados herederos dejaba al mundo, y cuán semejantes a ella en rostro y alma, y por otra, sobre su hijo varón ya podía conjurar mil señales de que cada día había de devenir con los años más y más digno de tal madre. Hemos dicho de la fortuna, veamos ahora si la naturaleza no ha sido su amiga. Entre las bendiciones de la naturaleza, la belleza ocupa el primer lugar; ¿sobre qué palabras encontraré jamás que puedan expresar mi concepto? Es cierto, sin embargo, que puede tenerse por cierto que todas las causas, tanto universales como particulares, que pueden contribuir a la más completa perfección de un cuerpo mortal reunió la naturaleza en todas sus partes para hacer su esfuerzo en la belleza de esta rarísima dama. Esta hermosura, para que apareciese más maravillosa al mundo, acompañó a esta doctísima maestra de toda esa sana y válida disposición femenina, de toda esa gracia, donosura, indeterminación, su forma de Venus, de todos esos actos, gestos, movimientos y otros dones semejantes, que con su presencia engrandecen tanto la hermosura. ¡Oh! ¡qué divinidad, gran Dios, se gozaba en ver una mujer tan bien hecha! ¡Qué andar celestial, qué disposición de persona, qué manos, qué ojos, qué rostro! Un rostro ciertamente divino, angélico y más que mortal. Era la belleza de aquel rostro, Pueblo de Siena, no lánguida o apagada, sino llena de espíritu, no blanda ni caduca, sino con algo imperceptible de viril y magnánimo, no vil ni plebeya, sino noble y real, de modo que de su rostro, y de sus ojos en especial (de los cuales no recuerdo haber visto nunca el más hermoso), surgía continuamente algo

que no era altivo, sino grande; no orgulloso ni pomposo, sino cortés y magnánimo; y finalmente una cierta majestad que era tal que era necesario al mismo tiempo amar, temer y reverenciar por todos los que la miraban.

La elocuencia de esta mujer no carecía, sin embargo de tal belleza; y tanto como aumenta el arte y el ingenio humano, así el primer fundamento importante de esta elocuencia procede de la naturaleza. Aurelia Petrucci era naturalmente muy elocuente, como todo el mundo sabe, pues es muy evidente que hablaba con tal vehemencia, dulzura, expresión y disposición de sus palabras, que era una gran maravilla oírla: ni recuerdo haber conocido a nadie que se le resistiera al escucharla y lo que es más importante, no siempre y sin distinción gastó sus palabras en toda clase de ocasiones, sino que teniendo en cuenta tiempos, lugares, personas y causas, y otras circunstancias semejantes, se acomodaba a ellas al hablar. En los ambientes domésticos hablaba familiarmente, en las diversiones honorables y recreaciones de la mente, de forma dulce e ingeniosamente, en las ocasiones importantes seriamente, y en suma, según su inclinación, siempre se adaptaba a la hora de hablar. Tampoco creáis que, con una educación tan perfecta como era su habla, hacía uso de ella en vano la mayor parte del tiempo, unas veces interviniendo en las cuestiones de nuevos parientes, otras en medio de desdenes y discusiones, ya de parientes, ya de sus amigos, ya de otros, dondequiera que encontraba ocasión conveniente para reconducirlos a buena voluntad; Y ya no le bastaba socorrer con su sustento a las personas afligidas por la pobreza, sino que, cuando se dedicaba a consolarlas y persuadirlas a sufrir pacientemente por amor de Dios, daba pruebas de sus palabras más poderosas, que cobraban mayor valor cuando hablaba a personas de mayor valía sobre cosas de mayor importancia. Cuántas veces, como todos saben, cuando príncipes, marqueses, duques, duquesas y grandes señores tenían que pasar por Siena en las ocasiones que venían, según el decoro que les pertenecía, esta mujer hablaba con ellos largamente, para asombro y maravilla de todos los presentes.

Y para que tal elocuencia se cumpliese en todo, el maestro de la naturaleza la acompañaba con muy diligente ingenio y gran juicio, dones que, si son de la mente, lo son sin embargo por la necesidad que tienen en su oficio de un instrumento corporal bien

adecuado al discurso que se ha de tener, tanto a la naturaleza como a ésta se someten, quedando sólo la voluntad propia de la mente que de Dios depende por tanto el ingenio y juicio de esta mujer amiga de la naturaleza, de la que si yo pudiera discurrir toda mi vida os mostraría fácilmente. Pero, ¿quién hay entre vosotros que, en alguna parte, no esté informado de cuántas acciones llenas de afecto y gravedad hacía continuamente, con amigos, parientes y otras personas que honrosamente la solicitaban? Discutiendo con ellos muy juiciosamente muchas cosas que les importaban, y previendo muy ingeniosamente con anterioridad muchas cosas que sucederían después, usaba su juicio para que no sucediesen. Dejaré que seáis vosotros los que contéis con qué cuidado adaptaba cada palabra, cada gesto y cada acción al tipo de necesidad; con cuánto juicio y amor conservó siempre la buena voluntad de su marido; con cuánta sabiduría y prudencia puso ante sus hijos el ejemplo más claro de su vida; con cuánta agudeza conoció siempre el pensamiento de sus interlocutores antes de descubrirlo el suyo propio; y, en fin, con cuántos consejos, sagacidad y juicio hizo de los años que vivió claros espejos de una vida digna. Sólo quiero decir que, considerando el discurso y la prudencia de esta mujer, no puedo juzgar si aquella institución de que las mujeres no debían inmiscuirse en los asuntos públicos fue, mientras vivió Aurelia, causa de mayor provecho o perjuicio para vuestra ciudad; ya que esta República, a causa de esta ley, se vio privada de la bondad y el juicio de tal mujer. Por tanto, en una palabra, puede decirse que si hay alguna parte de la mujer que no sea buena, esa parte no estaba en ella, y todas aquellas partes importantes que son buenas para el hombre estaban tan completamente en ella que, careciendo de la imperfección de la mujer y abundando en la perfección del hombre, llegó a ser tan singular como la hemos visto, y se hizo a sí misma muy especial en el mundo.

Ya has visto en parte, magnífica ciudad, cuánto Aurelia ha tenido la fortuna y la naturaleza unidas a su favor, salvo, el daño que el tiempo pudo acarrearle privándola de una larga vida, que había de ser recompensado por el gran Dios concediéndole la vida eterna, no daño para ella, sino inestimable provecho. Veamos ahora si mientras vivió, le faltó la felicidad; puesto que de aquellas partes, y de aquellos bienes que están en nuestra propia

voluntad, deriva propiamente la gloria de nosotros los mortales. La nobleza, las riquezas, los hijos, los amigos, la fama, la belleza, la salud, la elocuencia, el juicio, el ingenio y otros bienes semejantes son ciertamente de gran ornato y consuelo para nuestra vida. Pero como no están bajo la voluntad de nosotros mismos, sino del gobierno de otros, y como el honor del hombre se mide por nuestra voluntad, qué honra o qué culpa procuran no se sabe: estas cosas, si por el favor de la naturaleza y fortuna se unen a nuestra virtud, la hacen más ilustre y más espléndida. De nosotros, ciudad antiquísima, puede derivar la gloria de nuestras almas, que ni de otros puede obtenerse, ni por otra parte puede venirnos, mientras por mandato y órdenes de nuestra voluntad, guarda la fortaleza de nuestra alma, la razón mencionada, y las insidias y asaltos de los afectos de nuestros enemigos aleja, nos hace templados, magníficos, fuertes, liberales, magnánimos, justos y, finalmente, prudentes, para que, de tiempo en tiempo, vayamos de fortaleza en fortaleza, virtudes que, aunque en cierto modo están todas unidas entre sí, merecen, sin embargo, alabanza por cuanto esas virtudes, más o menos, según la mayor o menor parte de ellas actúan abiertamente y se manifiestan a los demás. Pero si también se unen a veces en acciones manifiestas, aunque rara vez, como en Aurelia Petrucci en nuestro tiempo, entonces esta persona (y en consecuencia Aurelia) no es un hombre o una mujer, sino un héroe o un semidiós en vida, como dirían los peripatéticos. ¡Oh gran Dios! ¿Qué virtud intencionada era la de esta mujer? ¿Cuántos testigos, argumentos y señales clarísimas se podrían dar de la fortaleza y constancia de aquella hermosa alma? En los placeres y deleites y prósperos accidentes de la fortuna, no era muy femenina, sino con ánimo tan bien compuesto, que les daba lugar, como si de ellos se pudiese escapar fácilmente; en las privaciones y adversidades que el mundo trae a veces a los que viven, no era cobarde, mansa o débil, sino de espíritu fuerte y generoso. Esto le sucedió tanto en las circunstancias adversas de su propia vida, como todos saben, por la muerte de personas importantes y estrechamente relacionadas con ella por la sangre, pero también por la mala fortuna de sus parientes o amigos, así como en el primer caso fue muy cariñosa, por lo que las soportó no sólo con la mayor paciencia, sino también con la mayor fortaleza, de modo que quienes se veían afectados por ellas

sufrían con la mayor constancia y paciencia. Oh Dios! con qué generosidad de espíritu ponía coto al dolor, que con todo esfuerzo procuraba cerrar su corazón cada vez que acontecimientos adversos a su vida o a la fama de su ciudad, que no pocos, tanto externos como civiles, ocurrieron en su tiempo: de manera que nunca se podrá decir con cuánta caridad y afecto desease el honor, la utilidad y la grandeza de su patria. Por tanto, no puedo menos de sentir que en medio de tanta pena que hoy siento por su muerte, no me alegre de que ella, antes de morir, viese claramente tan hermosa, tan milagrosa y tan nueva y bien fundada felicidad de su ciudad, para la conservación de cuyo feliz estado no hay duda de que ella, convertida ahora un ángel del cielo, será vuestra intercesora a los ojos de Dios grandísimo.

Aurelia fue muy templada y comedida en todas sus acciones, como se ve por su ayuno, abstinencia y modestia en todos sus actos: no se volcó en las diversiones y recreaciones del alma (que son necesarias para quien quiere vivir), como hacen muchos, sino que se mantuvo siempre en el camino de medio, no se sobrepasaba ni en los placeres ni en los deleites como es propio de una gran dama. No la turbaban ni los desdenes, enojos y ofensas, ni llamaba la atención con sus sabias palabras más de lo que convenía a un alma bien templada y modesta: en suma, era siempre muy comedida en todos sus gestos, movimientos, palabras y acciones, sin exageraciones de ninguna clase, mostrándose siempre humilde. ¿Qué podemos decir de su magnificencia y liberalidad? ¿Quién es tan nuevo en nuestra ciudad que no puede creer lo magníficamente que vestía según el rango de toda gran dama, vivía, salía, se quedaba en casa, montaba, vivía en una villa, organizaba (si era necesario) banquetes y, en definitiva, Hizo todo lo que le correspondía, demostrando ser muy liberal, muy cortés y muy benévola, como saben sus familiares, amigos y compañeros entre otros. No quiero decir nada (porque no tengo suficiente corazón para ello) de la ardiente caridad que reinaba en ella hacia las personas afligidas por la pobreza, y sobre todo porque ya lo mencioné anteriormente, y es algo muy conocido al mundo entero. ¿Pero dónde dejé la magnanimidad de una mujer así, su virtud propia y peculiar? ¡Oh alma augusta, distinguida, ilustre, cesárea e invicta! Esto también es cierto, que nadie puede afirmar verdaderamente

que Aurelia se iluminara de asombro de algo, por grande e ilustre que fuera, como quien, con la grandeza de su alma, hubiera medido el valor y el espacio de las demás cosas, sin encontrar grandeza que la alcanzara; Por lo tanto, como tenía en su mente una idea y un ejemplo de lo bello y grande, no vio ni oyó nada que se le pareciera. Pero lo que me asombra es que no por eso se volvió en absoluto pomposa ni orgullosa, ni arrogante, de tal manera que demostraba que despreciaba todo lo que tenía delante: sino al contrario, en esto residía la grandeza de su alma, que era enteramente benigna, humana y bondadosa, apreciaba y honrraba todo lo que merecía según su criterio.

Una cosa viene a la mente, sin embargo, si bien la justicia parece a primera vista una virtud más propia de los hombres que de las mujeres, sin embargo, ella no sólo en sus acciones particulares, siempre hizo saber y hacer visible lo amiga que era de lo justo, sino también en las acciones públicas, aunque ella interviniera con daño para su ciudad, sin embargo se sabía que su mente muy justa, con gran enfado, odiaba lo que se hacían injustamente, y no sin infinito contento del alma disfrutaba de todo lo que con razón pretendía que sucediera. Ahora bien, unió estrechamente todas estas y otras virtudes con el vínculo de la prudencia, reina y cabeza de toda operación virtuosa, de modo que nunca hizo nada (por mínimo que fuera) que no fuera aconsejado por la razón superior, conduciendo felizmente con elección sincera, consejos excelentes y juicio muy franco sus operaciones virtuosas de vez en cuando, que parecían mucho más claras y límpidas, puesto que siempre estaban adornadas por la fuente más preciosa de la honestidad. Quede claro para el mundo, sin que yo hable más, que Aurelia era un espejo de modestia, un templo de integridad, un vaso de honestidad y ejemplo de vida casta.

Y como todo esto que ya hemos dicho no se puede estimar sin el amor de Dios, y sin el temor cristiano, con el que toda nuestra vida debe estar sazonada, por eso Aurelia, que todo ello conocía muy bien, se vio rodeada y fortalecida de ello que era una maravilla pensarlo. Lo saben los pobres, lo saben los templos, lo saben los religiosos, las oraciones, los ayunos, las misas, los piadosos servicios y otras acciones semejantes llenas de amor, llenas de espíritu y llenas de esa caridad más ardiente y sincera,

en la actualidad entre los serafines, toda ella llena de luz, debe contemplar y gozar el rostro de su señor.

Ahora bien, si realmente era Aurelia, como os he dicho, Pueblo de Siena noble, rica, amada, famosa, hermosa, elocuente, de gran intelecto y juicio divino, magnífica, liberal, templada, justa, magnánima, prudente y castísima, y sobre todo religiosa, habiéndola perdido en este momento, ¿no lloraremos, no daremos rienda suelta a nuestras lágrimas? ¿A Quién de vosotros no le toca su parte de dolor? Lloren las bellas mentes, aflíjanse los ignorantes, quéjense los pobres, alborótense las mujeres, los hombres, los jóvenes y los viejos y, en suma, llore su ciudad. Entonces, ¿quién era el objeto principal de la virtud y el ingenio de los espíritus bellos? Aurelia. ¿A quién, y con sustento y consejo a los pobres, ayudaba? Aurelia. ¿Quién con su virtud mostraba a la juventud ejemplo de la buena vida? Aurelia. ¿Quién con su presencia de Venus majestuosa hizo felices a los que la miraban? Aurelia. ¿Y quién al fin constituía gran parte de la felicidad de su ciudad? Nada menos que la propia Aurelia.

Oh muerte, muerte, ¡cuánto más daño has traído al mundo en un solo día, del que hiciste en muchos años antes, ni estás por hacer! Cuánto más justamente podrías haber desahogado tu ira apartando del mundo una infinidad de aquellos que, como zánganos, no se reproducen para otra cosa que para aumentar su número, ocupar su lugar y ensombrecer la tierra. A ellos, a ellos podías haber eliminado, envidiosa muerte, y a Aurelia, que aún no había cumplido su vida en el mundo, dejarnosla por muchos años todavía viva. Pero ¿por qué muerte contigo me indigno? La hemos perdido: nos ha dejado, ya no está entre nosotros. Oh honradísimos conciudadanos, ¿dónde está ahora vuestra Aurelia, dónde está la dulce amiga tan querida por vosotros, y a quien tanto amasteis? ¿Con quién consultaréis vuestros pensamientos, que con tanto amor os escuchaba y os aconsejaba con tanta fe? ¿De dónde tendrán recreo y solaz vuestras angustias? ¿Cómo podrán vivir ya vuestros cuerpos, habiéndose apartado de vosotros aquella alma que formaba parte del espíritu que los sustentaba? ¿Cómo es posible que vuestras almas no se deshagan con vosotras, como se pregunta una de vosotras, en un soneto que escribió, conmovida por el dolor de la muerte de esta amiga tan querida, cuando dice: ' *Maravigliomi ben, che se'l cor mio /*

Tenevi in petto, al tuo così reo partire, / Si sia riscuotere et teo non sia morto. Ciertamente mujer virtuosísima, tienes buen motivo para maravillarte, ya que Aurelia te era la más querida entre todas tus compañeras.

Pero ¿qué diré de vuestras honradísimas hermanas de sangre, pero mucho más en el valor, en la belleza, en la virtud y en la verdadera religión, que, casi desde firmes raíces en cuatro ramas, estaban igualmente divididas? Oh virtuosísima Giulia, prudentísima Agnese, sincerísima Pandolfina, ¿dónde está vuestra amadísima cuarta hermana, puerto de vuestras aflicciones, último término de vuestros pensamientos, quietud y refugio de vuestras almas? ¿Cómo os basta vuestra alma para vivir? Oh, qué pena, qué tormento, qué dolor imagino deben estar pasando vuestros corazones en este presente, que estoy seguro se sofocarían por tal causa, si vuestra prudencia y sabiduría, que siempre ha sido maravillosa en vosotras, no reparase. Pero no menos débil será el abrigo por mucho tiempo; golpe demasiado amargo, golpe demasiado grande, ruina demasiado grande os ha sobrevenido esta vez. Qué lástima siento por vos; oh, qué compasión siento también por tu nobilísimo y benemérito esposo, puesto que en un momento ha pasado de un estado muy feliz de hombre a otro muy triste. ¿Qué parte más bendita de la vida en este mundo puede estimarse que la posesión de una esposa hermosa, castísima y prudentísima, como la que él poseyó tan afortunadamente? No sólo lo amaba con el mayor afecto, sino que guiaba y gobernaba su casa con gran acierto, bondad y sabiduría. No hablo de la educación y reglamento con que cuidaba de sus dulcísimos hijos, porque todos pueden imaginar, que así como en este caso la fortuna les era más hostil, y tenían mayor necesidad del ejemplo de tal madre, así puede juzgarse que en esto les era menos amarga, porque no sabían el daño y pérdida que habían sufrido.

Pero las dos hijas, como verdaderas herederas de la virtud de su madre, bien debemos creer que sienten el gran golpe. ¡O! Girolama, verdadera imagen de la belleza corporal y de la virtud del alma de tu madre, pues en tu rostro se sabe esculpida aquella majestad y grandeza que había en ella, ¿qué gritos, qué pena, qué turbación debe haber en tu pecho? ¿Son éstas las alegres nupcias que ella esperaba tan pronto ver de vos? Aunque os haya

cambiado por unas bodas más divinas en el paraíso, no por eso ella, que tanto os amaba, no ha de sentir (siendo de vuestra misma carne) molestia al pasar de esta vida. Ay, aflicción y tormento de mi ilustrísima madre, Signora Vittoria Piccolomini[24], que quise pasar en silencio, no sabiendo en dónde podría encontrar palabras que pudiran reflejar mi sentimiento. Oh afligidísima Signora Vittoria, ¿cómo es posible que no se me rompa el corazón al considerar lo que debe ser ahora tu espíritu, viéndote Oh afligidísima dama Victoria, ¡cómo es posible que mi corazón no se rompa al considerar cómo debe estar ahora el tuyo, al ver que la muerte te arrebata a tu hija! Y qué hija, gran Dios, una hija ciertamente jamás igualada mientras el sol se mueva alrededor. En verdad, todos los hijos son queridos por sus madres, pero cuando al vínculo filial se añaden tales y tantas cualidades, como rara vez sucede (y sucedió en Aurelia), ¿qué gran afecto, qué vínculo de buena voluntad creemos que hay en quien se ve madre de una hija tan perfecta? Ah Dios, ¿ha bastado a la fortuna que vos, Dama Victoria, halláis visto tanta desdicha, tantas muertes importantes de vuestros seres queridos en los últimos años, y que os halla quedado este último consuelo, este único recreo y este singular alivio de vuestras pérdidas? Que faltando ahora, ¡qué vida será la vuestra! Ay, recuerdo que el pasado mes de mayo, cuando tuvisteis noticias en Roma de la grave enfermedad de vuestra amada hija, dejasteis inmediatamente todos vuestros importantes negocios; no muy sana, lastrada por los años, partisteis a caballo, y en muy poco tiempo aquí habéis llegado: de donde del placer que le causaba vuestra presencia, tomando fuerzas de manos de la muerte, mejoró también. Pero miserables de nosotros, pocos meses duró entonces de esa suerte.

Ahora en verdad, muerte, has actuado, sin embargo, hace dos días llegó aquel día más infeliz que a todos pudo llegarnos, en el que más que nunca se conoció la constancia, caridad, religión y

[24] Victoria Picolomini Petrucci, nieta del papa Pio III, que se había casado en 1508 con Borghese Petrucci, hijo de Pandolfo Petrucci y Aurelia Borghese, que tras la muerte de su padre, en 1512, se convierte en gobernador de Siena. Durante su mandato intenta mantener la independencia de la ciudad, aliándose con el Reino de España en 1511. En 1516 es desterrado de Siena y se trasla a Nápoles, dejando a Victoria sola con sus cuatro hijas: Aurelia, Giulia, Pandolfina y Agnese.

prudencia de esta mujer. Fue el día (o el recuerdo más amargo) que había de ser el último de todos los suyos: Reunidos en su aposento, además de su madre, marido, hijos, hermanas y cuñados, muchos de sus parientes y amigos, cuantos en la sala podían entrar, con qué ánimo se piensa, y ella sentía acercarse aquel fin, que todos hemos de ver tarde o temprano, aunque su sentido estaba ya muy afectado, su intelecto tenía aún parte de su vigor, mirando ahora a unos y a otros sus seres más queridos, y conociendo la poderosísima pena que llevaban en el corazón, de la cual ella bien sabía la causa, movida a compasión por ellos, como quien siempre ardía en amoroso afecto, con aquellas palabras que le quedaban tan débiles, caritativa y cristianamente procuraba consolarlos con mil hermosas razones, haciendo ver a los demás, sabia y santamente, la cobardía de la fortuna y la miseria de este mundo, comparadas con la perpetua beatitud del paraíso. Y ora a su madre, ora a su marido, ora a sus hijos, ora a una u otra de sus hermanas, y muy a menudo a su dulcísima hija Girolama, dirigiéndose a cada una según le convenía, decía palabras que salían de su corazón; Y a veces a otros parientes y amigos, y a sus compañeros más queridos, volviendo bondadosamente los ojos, con santísimos consejos y religiosísimas enseñanzas, les hacía ver las transitorias esperanzas de nosotros los mortales. Magnífica Ciudad, no os hablaré de sus propias palabras, porque en solo pensar en ellas mi corazón se parte de dolor, y estoy cierto que no dejaría brotar lágrimas de ella, y si me dejara, no la oiríais interrumpir con lágrimas, pues aquel mismo día vimos señal de ello, pues mientras ella hablaba, no había muchos que al menos no derramaran lágrimas en su presencia. Oh, qué magnanimidad, qué virilidad y santidad se conoció en esta mujer hasta el último momento de su vida, o qué reverencia, y qué amor universal de los que se vieron privados de ella se conoció más que en ningún otro momento anterior; pues no recuerdo que ninguna persona fuera más universal y amorosamente honrada y visitada en su enfermedad que esta rarísima señora, no sólo en los últimos días de su vida, sino durante todo el tiempo que estuvo enferma. Los que tenían alguna ocasión, ellos mismos la visitaban. Muchos otros, que temían por la confusión molestar, buscaban diligentemente nueva información a cada hora: cada uno vivía en

suspenso en cuanto a lo que seguiría. En los lugares piadosos se rezaba continuamente a Dios por su salud, y los devotos rezaban. En toda la ciudad sus oídos estaban atentos a lo que debía seguir de ella: no se oía otra cosa, excepto *¿qué hace hoy Nuestra Señora Aurelia? ¿Cómo está? ¿Cómo descansa? ¿Qué esperanzas le dan los médicos?* Si oían buenas noticias, veían reanimarse los rostros de unos y otros; si no las entendían bien, veían turbarse en seguida los rostros de los demás, hasta que, oídas noticias más infelices, sentían que se les rompía el corazón. Fingid, honorabilísimo auditorio, que si esta ciudad hubiera podido en aquel momento levantar el ánimo y pronunciar palabras, ¿qué creéis que hubiera dicho? Creedme, no habría dicho otra cosa, excepto: *"Por lo tanto, desdichada de mí, ¿no seré yo la Siena más desafortunada que me pueda considerar desde hoy?¿voy a estar privada de ese adorno principesco que me hizo honorable entre las primeras ciudades de Italia? La libertad, la antigüedad, la justicia, la pureza del aire, el bello genio, las riquezas, el territorio, los edificios y otros bienes semejantes, de los que yo, entre todos las demás, puedo estar tan orgullosa, son ciertamente cosas que hay que estimar mucho. Pero demasiado (ay) gran esplendor salió de tan preciosa dicha, como fue esta singularísima señora mía, para que no juzgue que ha quedado en gran parte oscura. Esas raras excelencias, que en las grandes mujeres de diversas ciudades en diferentes épocas han estado muy dispersas, estaban todas en mí (Aurelia viviente) reunidas. Grecia tuvo en los siglos antiguos la belleza de Helena, la constancia y la fe de Penélope, la elocuencia y la doctrina de Safo. Roma tuvo la modestia de Lucrecia, la prudencia de Cornelia. Nuestros tiempos en Italia tienen la santidad y divinidad de la marquesa de Pescara: y yo fui más feliz que todas las demás con Aurelia, que fue tan bella, elocuente, casta, prudente y religiosa como mujer mortal pueda serlo jamás. De esto, de esto han de guardar perpetua memoria mis ciudadanos, para hacer más virtuosa su vida; de esto les pertenecerá por orden pública edificar colosos y colocar estatuas, no doradas no, sino de oro verdadero y profundo, en los primeros tiempos de la ciudad; de esto han de edificar las mentes más doctas y preclaras con prosa y rima el más sólido recuerdo y testimonio para la*

posteridad venidera. Con tales y tan hechas voces, si pudiera, exclamaría vuestra ciudad.

Pero si alguien preguntase por qué la muerte de esta mujer fue causa de tan universal dolor y común daño, no menos lo ha permitido Dios. A esta pregunta (aunque no tendríamos que responder a dudas tan presuntuosas, que se asemejan a las necias y arrogantes preguntas del destino) respondería no menos audazmente que es mucho más inconveniente que Dios haga algo que no está bien, que dudar nosotros de que no lo haga: porque esto, por nuestra ignorancia, puede suceder fácilmente, y que es imposible que suceda jamás. Demasiado, demasiado grande desajuste, Pueblo de San Francisco, él está entre la grandeza del gran Dios y la bajeza de nosotros los mortales; con otro intelecto entiende lo que nosotros no, con una disposición y voluntad más excelentes, produce y gobierna todas las cosas que nosotros, en nuestra bajeza, no comprendemos; su poder es demasiado grande para nosotros; Él es el productor del universo, nosotros la menor parte de él; Él es el creador, nosotros somos creados; Él es la causa más universal, nosotros somos los efectos más viles; en resumen, él es tal que nosotros, los gusanos más viles comparados con él, al menor giro de sus ojos, podríamos ser reducidos a polvo, niebla, humo, viento, sombra, nada. No sin razón, pues, un monarca tan poderoso quiso que un alma tan hermosa, privando al mundo de ella, fuese llevada al cielo por tan largo tiempo: pues ¿qué pensamos que él, que no deja moverse una hoja de un árbol sin permitirlo, hubiese levantado jamás la vista de su providencia de algo tan valioso, como era entre nosotros los mortales?

No lo creáis, lamentabilísimo auditorio, y tened la certeza de que no sólo lo mejor de ella ha sido así, sino también, aunque no lo sepamos, lo mejor de todos nosotros.

Veo que creer esto os parece extraño, pero no dudéis de que es así, y de esta certeza dejad brotar poco a poco la semilla del remedio para vuestro dolor, como mejor puede vencerlo el sentido. Confirma tus deseos con la voluntad del excelentísimo y poderoso Dios, que nos guía mucho mejor que si nos gobernara a nuestra manera. Calienta el calor de tus lágrimas con el contento que debes tener de la bienaventuranza que esa mujer, a quien lloras, goza actualmente en el paraíso. No quieras dar muestras de envidia afligiéndote y lamentando lo que en tanta gloria vuelve

a ella. ¡O! Aurelia fue pequeño ornamento de nuestra edad, y ahora alma escogidísima y preeminente en la corte del Rey del cielo que, mientras aquí lloramos, contemplas con nueva dulzura el rostro de tu señor. Dejaste la bajeza de este mundo para ascender a las alturas de todos los cielos; dejaste la presencia de los hombres para gozar de la de arriba de los ángeles; te despojaste de la vida de tan pocos años para revestirte, a salvo del tiempo, con el manto de la eternidad; cambiaste las sustancias terrenas por las riquezas celestiales; El frío, el calor, la lluvia y los vientos, con esa primavera segurísima, con cuyas benditas flores te coronaste, teniendo los ojos fijos en la fuente de la luz, te nutriste de esa belleza que tú, inocentísima, veías desde abajo, alma purísima, manifestaste los rayos de esa belleza primera de la que participan todas las cosas bellas, cuando con tanta caridad, religión y santidad atravesaste esos años que agradó a tu Dios que vivieras. Ninguna mancha reinó en ti, toda pura, toda sincera, y al fin tal fue esa honrosa fama y cálido deseo que dejaste al mundo de tu virtud. Por eso, andando recta por el camino de esta vida, has hallado merecidamente la más tranquila posada que repone ampliamente el grato trabajo de tu viaje. Por eso en este día, en medio de tanta piedad por nosotros, nos esforzamos por alegrarnos de vuestra ganancia; y si la piedad por nosotros mismos nos impulsa a llorar por nuestra propia desdicha, porque somos de carne y hemos sufrido un golpe tan grande, no es que no sintamos alegría en el corazón por vuestra bienaventuranza. Concédete, pues, paz, ciudad magnífica, y si hace poco te invité a llorar, reconozco mi error, al que me condujo el sentido. Consuélate, pues, tu Aurelia no ha muerto, no, pero vive mejor que tú. Alegrémonos de su feliz estado, y en la pérdida que hemos hecho de ella, nosotros, dándonos paz lo mejor que podemos, procuremos, recorriendo las huellas de sus pasos, vivir para que un día podamos encontrarla de nuevo y disfrutarla con nosotros. Diría más si no me faltasen las fuerzas: sólo quiero repetir esto, que si alguna vez alguna persona mereció en vuestra ciudad que después de su vida quedase para el orden público sólida memoria de su valor, ella es la que más ampliamente lo ha merecido. Por tanto si, como debéis, procuráis que así sea, cuanto más generosa y duradera sea lo que hagáis, tanto más tiempo seréis recordados como amantes de cosas hermosas y divinas, y los que vengan,

encendidos por este recuerdo, se convertirán, por la imitación de esta mujer, en distinguidos ciudadanos de vuestra ciudad.